

LECCION LXIII.

1.ª REGENCIA DE FERNANDO.—FELIPE I EN CASTILLA.

REGENCIA DE D. FERNANDO. — PROCLAMACION DE DOÑA JUANA.—AMBICION DEL ARCHIDUQUE.—TRIPLE ALIANZA CONTRA D. FERNANDO: SEGUNDO MATRIMONIO DE ÉSTE.—LUIS XII SE APARTA DE LA TRIPLE ALIANZA.—CONCORDIA ENTRE EL ARCHIDUQUE Y FERNANDO.—DEJA D. FERNANDO EL GOBIERNO DE CASTILLA.—**REINADO DE D. FELIPE I EN CASTILLA.**—INTRUSION DE FELIPE EN EL GOBIERNO.—DESCONCIERTO EN LA ADMINISTRACION: MUERTE DE FELIPE I.—REGENCIA PROVISIONAL.—ESTADO DEL REINO.—DON FERNANDO Y EL GRAN CAPITAN.—DON FERNANDO EN NÁPOLES.—REGRESO DE D. FERNANDO.—SE ENCARGA DEL GOBIERNO DE CASTILLA.—FIN DEL GRAN CAPITAN.

Proclamacion de doña Juana. — En el mismo dia en que falleció Isabel, D. Fernando hizo proclamar reina de Castilla y de Leon á su hija doña Juana, con su esposo el archiduque D. Felipe, y dejando él el título de rey de Castilla, tomó el de *regente ó gobernador*, segun el testamento de su esposa. Ac-to continuo convocó Córtes generales (11 de Enero de 1505), en las cuales juraron todos á la Reina como propietaria, y á D. Felipe como marido suyo. Y como aquélla se hallára ausente, y fuera reconocida su incapacidad, tambien se prestó á Don Fernando juramento de fidelidad como regente.

Ambicion del Archiduque. — A pesar de la legalidad con que obraba D. Fernando, como existieran muchos descontentos (algunos agraviados y perjudicados por la reversion de sus rentas y mercedes á la Corona, ordenada por Isabel en su testamento), éstos habian excitado al Archiduque á que no consintiera que otro, fuera de él, se encargase de la regencia; y como aquél les oyera, escribió á D. Fernando que le dejára la regencia y se retirára á Aragon. Desdeñada tan arbitraria propuesta por D. Fernando, y ademas ofendido de su esposa el Archiduque, porque habia escrito á su padre que su deseo era continuára en la regencia, recluyó á aquélla, contribuyendo así á que se trastornára más su juicio.

Triple alianza contra D. Fernando: segundo matrimonio de éste. — Así las cosas, cuando D. Fernando tuvo noticia de que el Archiduque y el Rey de Romanos, juntamente con el

rey de Francia, Luis XII, trataban de apartar de su fidelidad al Gran Capitan, y de que Luis XII hacia preparativos como para recobrar el reino de Nápoles (á pesar de la tregua). Al mismo tiempo veia por sí mismo que los magnates castellanos, á fin de recobrar sus antiguas regalías, optaban más por el novel D. Felipe que por él, á quien ya conocian. Para conjurar la triple alianza y apartar de ella á Luis XII, D. Fernando propuso á éste el casarse con su sobrina Germana de Foix, hija de una hermana suya y de Juan de Foix, señor de Narbona; y viniendo en ello Luis XII, se estipuló el matrimonio, bajo los pactos de que D. Fernando cederia á su esposa y á los hijos que tuviera de ella la parte que le correspondia en el reino de Nápoles, conforme al tratado de particion, debiendo, si no tenia sucesion, volver ésta al Rey de Francia, con otras ventajas no pequeñas para Luis (Octubre 1505).

Luis XII se aparta de la triple alianza.—Este proyecto de matrimonio, tan impolítico, pues tendia á deshacer la grande obra de la unidad española, y que tan sólo se concibe en un momento de despecho, tratándose de un hombre como D. Fernando, produjo por el pronto, como éste se proponia, apartar de la triple alianza á Luis XII, quien al momento prohibió al Archiduque el pasar por sus estados á España, mientras no arreglára sus diferencias con su suegro.

Concordia entre el Archiduque y D. Fernando.—En vista de ello, el Archiduque, convidado no obstante por D. Fernando á que viniera para abrazarle, y fingiendo aceptar la reconciliación (pero sólo con ánimo de obtener el mando), decidió venir á España, ajustando por medio de sus embajadores una concordia, firmada en Salamanca, en cuya virtud, D. Fernando, doña Juana y él gobernarian juntos; siendo éstos jurados en Córtes reyes de Castilla, y D. Fernando, gobernador perpétuo (24 de Noviembre).

Deja D. Fernando el gobierno de Castilla.—D. Fernando efectuó su proyectado matrimonio mientras llegaba el Archiduque, quien, reuniéndose algunos nobles, manifestó bien pronto su intencion de no estar á lo convenido en Salamanca, y que queria gobernar solo. Vista por D. Fernando la conducta de su yerno, á quien casi todos los nobles de Castilla se adherian (especialmente desde su segundo matrimonio), celebró con él una entrevista en la Puebla de Sanabria (Junio 1506). Mas comprendiendo D. Fernando que no era posible reconciliación alguna con su yerno y que no gozaba de autoridad en

Castilla, mientras por otra parte llamaban su atención los asuntos de Nápoles, creyó prudente acomodarse á las circunstancias, y cedió, ó aparentó ceder, en otra nueva concordia, el gobierno de Castilla á doña Juana y D. Felipe, quien, reconocida entónces mismo la incapacidad de doña Juana, quedó único gobernador del Reino. Don Fernando, dando un manifiesto á éste acerca de lo que acababa de hacer, para tranquilizar así á los castellanos y hacerlos creer su armonía con D. Felipe, se dirigió á Aragon, esperando mejor ocasion para volver á Castilla.

REINADO DE FELIPE I EN CASTILLA.—Intrusion de Felipe en el gobierno.—Desembarazado de su suegro don Fernando, todo el cuidado del rey D. Felipe se dirigió á hacer que su esposa fuera declarada demente, y por lo tanto, en reclusion. Mas tales pretensiones hallaron una oposicion fuerte en los procuradores, reunidos entónces en Córtes en Valladolid, las cuales juraron solamente á doña Juana (12 de Julio 1506) reina propietaria de Castilla, á D. Felipe nada más que por su legítimo marido, y á D. Carlos, príncipe heredero. Mas, á pesar de todo, D. Felipe comenzó á despachar por sí solo en los negocios, y, no contento con esto, conferia todos los principales cargos del reino á flamencos, sin consideracion alguna á los más fieles y antiguos poseedores.

Desconcierto en la administracion: muerte de Felipe.—A este despótico proceder acompañaba un espantoso desórden en la administracion, acudiendo, para suplir las rentas despilfarradas, á la venta de los oficios y destinos. Mas, como se conservára fresca la memoria del paternal reinado de Isabel, comenzaron luégo los pueblos, especialmente en Andalucía, á manifestar su descontento, cuando la muerte arrebató á don Felipe el dia 25 de Noviembre de 1506, á los veinte y ocho años de edad, y despues de algunos meses de reinado.

Regencia provisional.—La inesperada muerte de Felipe y las parcialidades que comenzaban á dividir el reino hubieran producido una verdadera anarquía, á no existir el virtuoso y patriótico Cisneros, quien, nombrada una regencia provisional de seis individuos presididos por él mismo, escribió á D. Fernando excitándole á que volviera pronto. Mas, como este político rey, á la sazón camino de Nápoles, dilatára su vuelta, á fin de que, abandonados á sí solos los castellanos, conocieran mejor la necesidad de su regreso, confirmada la expresada regencia, se trató de convocar Córtes que sancionáran estos actos y determináran el gobierno para lo sucesivo.

Estado del reino.—Entre tanto se iban agitando los grandes señores, divididos en varios partidos, temiendo unos la llegada de D. Fernando, y abogando otros por su regreso. Mas el ascendiente de Cisneros sobre los turbulentos nobles contenía toda manifestacion; y como la Reina (fuera de su juicio) se negára abiertamente á firmar una convocatoria de Córtes, las convocaron en su nombre, como en caso necesario y justificado por las circunstancias, el mismo Cisneros y el Consejo de Regencia.

Don Fernando y el Gran Capitan.—Así las cosas, y cuando todas las personas de órden suspiraban por la vuelta de don Fernando, éste se embarcaba en Nápoles (4 de Junio 1507) para España. Pero ántes de acompañarle en este viaje tan necesario, debemos decir algo acerca de sus sospechas sobre la fidelidad del Gran Capitan. Este hombre extraordinario, sin mancha alguna, ni como particular, ni como súbdito de sus reyes, habia sido, como Cristóbal Colon, calumniado por los envidiosos de sus merecidas glorias, los cuales, si bien mientras vivió Isabel no habian podido hacer valer sus pérfidos ataques, no sucedió así desde que faltó aquella magnánima y prudente Princesa. Efectivamente, ya hemos visto las amargas que acibararon los últimos dias del descubridor del Nuevo Mundo; ahora vamos á ver, siquiera sea brevísimamente, los disgustos y término de la carrera del conquistador de Nápoles: que la ingratitud, forzoso es confesarlo, es falta que por desgracia vemos más de alguna vez en los reyes, con las personas á quienes más servicios suelen deber. Entre las acusaciones de que Gonzalo era objeto acerca de Fernando, sobresalia más la de que, sugestionado por Maximiliano, el papa Julio II y el archiduque Felipe, trataba de hacerse al partido de éstos contra D. Fernando. Este, á pesar de que Gonzalo le daba parte de cómo trataban de ganarle, y del modo digno con que les desoia ó se les habia negado, resolvió retirarle de Nápoles, y sustituirle con el Arzobispo de Zaragoza, so pretexto de ocuparle en graves negocios en España, ofreciéndole al mismo tiempo el gran maestrazgo de Santiago.

Don Fernando en Nápoles.—Mas, desengañado Fernando por una carta del mismo Gonzalo, desistió de mandar al Arzobispo de Zaragoza; y como en este tiempo ocurrieran en Castilla los sucesos referidos, en cuya virtud Fernando se retiró de la regencia, determinando pasar en persona á Nápoles (4 Septiembre 1506), (durante cuyo viaje recibió el aviso de Cisne-

ros de la muerte de su yerno, y de que convenia volviera á Castilla) siguió su viaje y llegó á Nápoles, donde, tanto por su parte como de la de Gonzalo, se le dieron las mayores muestras de aprecio y de confianza. Fué uno de sus primeros actos hacer reconocer en Cortes, por sucesores á aquel reino, á su hija doña Juana y sus sucesores, contra lo pactado, como arrepentido de ello, con Luis de Francia, al contraer su segundo matrimonio con doña Germana. Tomadas otras disposiciones, D. Fernando trató de apartar de Italia al Gran Capitan, y lo verificó, trayéndosele él mismo á España.

Regreso de D. Fernando.—Creyendo ya en sazón las cosas de Castilla para su venida, D. Fernando se embarcó (4 Junio 1507) para España. Despues de parar en el puerto de Saona, donde viéndose con Luis XII, se dieron ambos monarcas las mayores pruebas de aprecio y armonía (siendo muy atendido Gonzalo por Luis XII), y tratando entre sí acerca de Italia como en otro tiempo, siendo ahora la victima Venecia, como veremos), arribó á Valencia el 20 de Julio.

Se encarga del gobierno de Castilla.—Siguiendo hácia Castilla, fué recibido en Tórtolas por la Reina, su hija, quien le resignó la gobernacion del reino, facultándole para obrar como verdadero soberano. Luégo, llegando á Santa Medina del Campo, el arzobispo Cisneros fué investido del capelo, cuya dignidad le traía Fernando. Encargado éste nuevamente de la regencia de Castilla, sujetó con mano fuerte á los varios magnates que se mantenian en rebelion, siendo inexorable con el Marqués de Priego, sobrino del Gran Capitan, cuyo ejemplo de severidad hizo que con facilidad se fueran sometiendo los demas rebeldes que todavía se mantenian armados en varios puntos.

Fin del Gran Capitan.—Desde entónces se dejó bien conocer lo decaído que Gonzalo se hallaba en la gracia de Fernando, quien mostrando despues hácia él cierta tibieza y desden, ni siquiera le habló del prometido maestrazgo de Santiago, con cuyo pretexto le habia sacado de Italia. Estos y otros desaires llegaron á producir en Gonzalo aquel melancólico disgusto que del mundo causan en los hombres honrados los grandes desengaños é ingraticudes con que generalmente son correspondidos los grandes favores. Y pidiendo su retiro para vivir privadamente en Loja, pasó aquí el resto de sus dias, siempre admirado de todos cuantos le trataron en aquel asilo. Todavía tuvo ocasion de sentir nuevas ingraticudes de D. Fer-

nando, cuya suspicacia le hizo sospechar de él hasta su muerte, ocurrida en el año 1515.

LECCION LXIV.

PROYECTOS SOBRE LA CONQUISTA DE AFRICA.—EXPEDICIONES CONTRA ÉSTA.—CONQUISTAS EN EL NORTE DE AFRICA.—LIGA DE CAMBRAY.—NUEVA LIGA CONTRA EL REY DE FRANCIA.—DESAVENENCIAS: POLÍTICA DE DON FERNANDO.—SANTA LIGA.—DERROTA DE LA LIGA EN RAVENA.—PROYECTOS DE JULIO II CONTRA LOS ESPAÑOLES.—TREGUA ENTRE LUIS XII Y DON FERNANDO: DERROTA DE LOS FRANCESES EN NOVARA.—ÚLTIMOS RESULTADOS DE LA LIGA DE CAMBRAY.

Proyectos sobre la conquista de Africa. — Pensamiento habia sido digno de la grande Isabel llevar las armas cristianas á la costa de Africa y atacar aquí á los que, expulsados de nuestro suelo, se habian convertido en corsarios que infestaban el Mediterráneo. Así lo expresó en su testamento, ya que no pudo en vida verlo realizado. ¡Ojalá que la nueva dinastía lo hubiera así comprendido, y los ejércitos españoles, aunque vencedores en Pavía y en San Quintin, hubieran derramado su sangre en los campos mauritanos: que aquí estaba nuestra misión, nunca en el interior del continente europeo!

Expediciones contra ésta. — Pero, aunque la muerte de Isabel retardó la primera expedición al Africa, Cisneros, intérprete ó realizador de sus planes, la aconsejó, y aún adelantó para sus gastos á Fernando, y dirigida por D. Diego Fernandez de Cardona, tomó á Mazalquivir (Setiembre 1505). Tres años despues, y quitada ya á los moros la fortaleza del Peñon de la Gomera, excitado Fernando por el mismo cardenal Cisneros, quien adelantó tambien los gastos de ella, salió otra expedición, dirigida en persona por el mismo Cisneros, acompañado de D. Pedro Navarro, la cual tomó la importante plaza de Orán (1509). Pero aunque el Cardenal meditaba seguir dirigiendo en persona la expedición y extender por allá sus conquistas, las intrigas de Fernando y Francisco Navarro le obligaron á resignar en éste el mando de aquélla, y volverse á España á sentir la acostumbrada ingratitude de Fernando, quien, si bien, despues de haber rehuido verificarlo, le satisfizo al fin los gastos que para la expedición habia adelantado, le hizo su-

frir ciertas manifestaciones de sospechas, las más infundadas, sobre reservas que en el botín de Orán hubiera podido hacer para sí el Prelado.

Conquistas en el Norte de Africa.—Continuando adelante la expedición á las órdenes de Pedro Navarro, tomó á Bugia (Enero 1510), á que se siguió la rendición y vasallaje que prestaron al Rey Católico la ciudad de Argel y los reyes de Túnez y Tremecen. También la fuerte ciudad de Trípoli, aunque despues de una desesperada resistencia, cayó en poder de los españoles (Julio 1510). Pero la confianza con que éstos desembarcaron en la *isla de Gelbes* les costó un fuerte descalabro.

Liga de Cambray.—Al referir la vuelta de Fernando de Nápoles á España, hemos hecho mencion de una entrevista con Luis XII en Saona, y hemos también indicado su nuevo convenio, base de la liga de Cambray, respecto á la Italia. Miéntras tenían lugar en Africa los hechos que acabamos de referir, el papa Julio II, deseosó de recobrar las tierras que los venecianos le habian ocupado en las anteriores guerras, promovía contra éstos la famosa liga de Cambray, ajustada en esta ciudad (Diciembre 1508) por todos los soberanos que contra aquella república tuvieran alguna queja. Eran los principales de éstos, el Emperador, el Rey de Francia y Fernando de España, con el mismo papa Julio II. La manera con que este tratado se habia hecho y la variedad de miras que á todos guiaba, producian otras ligas y tratados secretos, ya de los confederados entre sí, ya entre alguno de ellos y la misma Venecia.

Nueva liga contra el Rey de Francia.—Así fué que, posesionados los franceses de las ciudades que creian corresponderles por el Milanésado, recobrados por el Papa los territorios que se habia propuesto, y enseñoreados también de su parte los españoles, el mismo Papa, receloso de que el Frances tratára de apoderarse de toda Italia, promovió contra éste una nueva liga con el Emperador y Fernando, á fin de arrojarle de Italia.

Desavenencias: política de D. Fernando.—Siguiéronse otras y otras ligas y contra ligas, durante las cuales el político Fernando procuraba siempre sacar partido, como lo consiguió, acabando con el Emperador sus diferencias acerca del gobierno de Castilla, en virtud de un convenio (que despues (1509) se firmó en Blois), por el cual D. Fernando conservaria el gobierno de ésta hasta que su nieto, el príncipe Cárlos, cumpliera los veinte años. También consiguió Fernando del Papa la investi-

dura del reino de Nápoles, así como la relevacion del tributo que le venía pagando como feudatario, y la dispensa de la obligacion que tenía contraída con el Rey de Francia, de dejar el reino de Nápoles á ésta, si no tenía hijos de la Germana de Foix (que fué lo convenido en el tratado de 1505).

Santa Liga.—Así las cosas, cuando, continuando la guerra el papa Julio II con Luis XII, á quien se había empeñado en sacar de Italia, lo cual produjo un cisma en la Iglesia, se concluyó otra alianza, llamada la *Santa Liga*, entre el Papa, Fernando y la república de Venecia, con el fin de acabar con el cisma, echar á los franceses de Italia, restituir al Papa sus territorios perdidos (condado de Bolonia) y dar libertad y unidad á la Iglesia y silla romana. Vino en ello D. Fernando, quien, acabadas sus diferencias con el Emperador, aliado con el Rey de Inglaterra, y desembarazado ya de la guerra de Africa, aprestó un ejército, el cual y el de los demas ligados fué dirigido por D. Ramon de Cardona, virey de Nápoles.

Derrota de la liga en Rávena.—Puestos en campaña los aliados y el Frances, cuyas tropas dirigia el jóven Duque de Nemurs, despues de hacerles éste levantar el sitio de Bolonia y batir á los venecianos en Brescia, apartándose Cardona de los consejos del rey Fernando, la Liga sufrió la más completa derrota cerca de los muros de Rávena (1512). Pero fué ésta de peores consecuencias para los franceses que para los aliados, pues al paso que aquéllos quedaron desconcertados con la muerte de su general, entrando abiertamente en la liga el Rey de Inglaterra, y hecha la paz entre el Emperador y los venecianos, fueron perdiendo sus ciudades de la Lombardia, y Luis XII volvió su atencion á la guerra de Navarra, que sostenia Fernando.

Proyectos de Julio II contra los españoles.—Mas Julio II, atento siempre á su fin de apartar de Italia á todo extranjero que quisiera ó pudiera dominarla, viendo ya á los franceses en decadencia, despues que Fernando le había salvado en sus apuros, trató de volver contra los españoles. Al efecto se valia de toda clase de medios, promoviendo ligas, tratos, etc., con quien más le convenia, y hasta con el mismo Rey de Francia, que en esto no se paraba Julio II.

Tregua entre Luis XII y D. Fernando: derrota de los franceses en Novara.—Así las cosas, cuando la muerte de Julio II (1513), reemplazado por Juan de Médicis ó Leon X, les hicieron tomar otro giro, pues confederándose Venecia con

la Francia (Marzo 1513), Fernando, á la sazón en guerra con ésta y con Navarra, hizo tregua con Luis XII (Abril). Mas siguiendo la guerra con Italia, derrotados los franceses cerca de Novara por un cuerpo de suizos, éstos vinieron en un tratado con los franceses, en cuya virtud el rey de Francia declaró que renunciaria al Concilio de Pisa, no se entrometeria más en los Estados de la Iglesia, ni se apartaria de la obediencia del Papa y retiraria las guarniciones de Cremona y Milan.

Ultimos resultados de la liga de Cambray.— Libres los españoles en el Milanesado, talaron las tierras de Venecia, bombardeando la capital, lo que exasperó á los venecianos, quienes volvieron contra los españoles, hasta que, derrotados completamente cerca de Vienza (1513), sufrieron el merecido castigo por su política siempre rastrera é interesada. De resultas de esta victoria, los franceses abandonaron completamente la Italia (1513). Tal fué el remate de aquellas guerras, en las cuales la única nacion que salió ventajosa fué España.

LECCION LXV.

ÚLTIMOS REYES DE NAVARRA.—DOÑA LEONOR.—FRANCISCO FEBO.—CATALINA.—DON JUAN III Y DOÑA CATALINA.—CONQUISTA DEL REINO DE NAVARRA.—ESTADO DEL REINO:—SE ALÍA CON FRANCIA.—EXCOMUNION DE LOS REYES.—SUMISION DE LA NAVARRA POR EL DUQUE DE ALBA.—PENETRA EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN FRANCIA.—ENTRAN LOS FRANCESES EN NAVARRA.—INCORPORACION DE ÉSTA Á CASTILLA.—NUEVA TENTATIVA DE LA DINASTÍA DESTRONADA.—LA NAVARRA FRANCESA.—ÚLTIMOS HECHOS DE DON FERNANDO: LIGA CONTRA FRANCISCO I.—LOS FRANCESES SE HACEN DUEÑOS DEL MILANESADO.—TESTAMENTO Y FIN DE DON FERNANDO.

Doña Leonor (1479).— Hemos visto que sucedió á su padre D. Juan II en el reino de Navarra su hija doña Leonor, viuda de Gaston, conde de Foix. Sabemos que, desde la muerte de la reina doña Blanca, doña Leonor y D. Gaston siguieron gobernando el reino como lugartenientes de D. Juan, quien vivia muy ocupado en las guerras con los catalanes. Mas apenas doña Leonor entró á regir como reina la Navarra, siendo

jurada en Córtes, prévio tambien el juramento acostumbrado de guardar sus fueros á los navarros, cuando le sorprendió la muerte á los quince dias (12 de Febrero). Su hijo Gaston habia ya muerto ántes, por lo que le sucedió su nieto

Francisco Febo (1479), muy jóven, bajo la tutela de su madre Magdalena. No pudo ésta acallar los bandos de los bea-monteses y agramonteses, que, sin embargo, cesaron con la venida y coronacion del Rey, quien se ganaba el afecto de todos con sus liberalidades. Mas trasladado otra vez á Francia por su madre, que queria apartarlo de los proyectos de D. Fernando de Aragon y Castilla, murió envenenado en Pau. Sucedióle su hermana

Catalina (1483), de trece años de edad, bajo la misma tutela de doña Magdalena su madre. Como la Navarra seguia siendo un estado tan pequeño, situado á uno y otro lado del Pirineo, miéntras sus vecinos Francia, Castilla y Aragon se habian engrandecido tanto, era muy difícil se escapára á la influencia de éstos y de que conservára su independenciam. De aquí el que D. Fernando é Isabel propusieran á doña Magdalena el matrimonio de la reina Catalina con el príncipe D. Juan su primogénito, y el que Luis XI de Francia se opusiera tenazmente á este proyecto. Al mismo tiempo el infante D. Juan, señor de Narbona, tio mayor de doña Catalina, como hijo mayor de su abuela doña Leonor, en virtud de la ley sálica alegaba derechos al reino de Navarra. Apurada la tutora doña Magdalena con tanta exigencia, que Castilla y D. Juan apoyaban ya con las armas, aunque éste limitára sus pretensiones á los estados de Fox y Bearne, se apresuró á casar á la reina con *D. Juan de Albret ó Labrit*, hijo y heredero de Aman de Labrid, señor el más poderoso de Guiena, lindante con Navarra.

Don Juan III y Doña Catalina, últimos reyes de Navarra (1486). — Aunque en un principio se atrajeron á los bea-monteses y al Conde de Lerin, condestable del reino, sin embargo, éste, siempre inquieto y suspicaz, y soberano de hecho de Pamplona, comenzó á ocupar pueblos y luégo (protegido secretamente por su cuñado D. Fernando de Castilla) á hacer abiertamente la guerra á los Reyes, quienes hubieran anadado al Condestable á no mediar su cuñado D. Fernando, quien les hizo ajustar una tregua. Durante ésta fueron expulsados de Navarra todos los judíos que no quisieron convertirse. Pocos momentos respiraron en paz estos desgraciados reyes.

Pues el Conde de Lerin volvió á hacerles la guerra, siempre protegido por D. Fernando, cuyas miras sobre Navarra se iban descubriendo cada vez más. Así fué que este reino continuó una existencia lánguida bajo los apuros en que lo ponian unos y otros vecinos, hasta que el más poderoso acabó con él, como veremos en el reinado de D. Fernando.

CONQUISTA DEL REINO DE NAVARRA.—Situacion de este reino.—Se concibe muy bien que, á medida que la union de Aragon y Castilla se iba verificando, la existencia del reino de Navarra caminára tambien á su término. En efecto, si bien los Reyes Católicos, unificadores de España, por decirlo así, habian respetado su independencia, no obstante, D. Fernando no dejaba de ver gustoso las sublevaciones que entre sus reyes promovian los condes de Lerin, condestables de aquel reino. Por otra parte, la política de D. Fernando no podia nunca permitir que este reino, á la sazón regido por los reyes Juan Albrit y Catalina de Foix, llegára á ser absorbido por la Francia, como amenazaba suceder.

Se alia con Francia.—Amenazada así la Navarra por dos vecinos poderosos, y no pudiendo por sí sola hacer frente á ninguno de ellos, no tenía, para conservarse, otro medio que aliarse á uno de los dos, en cuya eleccion se inclinó á la Francia, á la sazón en guerra contra la *Santa Liga*, como ya hemos visto.

Excomunion de sus reyes.—Hallándose entónces la Francia declarada cismática por el papa Julio II, y no pudiendo éste apartar de ella á los reyes de Navarra, les declaró tambien cismáticos y concedió sus estados al primero que los ocupára en guerra justa.

Sumision de la Navarra por el Duque de Alba.—Así las cosas, y provisto el Rey Católico de la bula de excomunion (1), de la cual estaban ignorantes los reyes de Navarra, concluido secretamente por éstos con Luis XII un tratado (17 Julio 1512) de alianza contra los españoles y los ingleses, que acababan de entrar tambien en la liga, D. Fernando, que se hallaba de todo enterado, y habia ántes apurado los medios para atraerlos

(1) Yanguas niega la existencia de esta bula que, sin embargo, existe en el Archivo general de Aragon, en Barcelona, cuyo digno Director, nuestro amigo D. Manuel Boffarul, con aquella amabilidad de todos conocida, nos la ha exhibido.

hacia sí, mandó al Duque de Alba con un ejército, que sin resistencia se apoderó de Pamplona, previa la promesa de conservarles sus fueros y libertades. Sucesivamente se fueron sometiendo todas las demás poblaciones. Los Reyes se retiraron hacia Francia.

Penetra el ejército español en Francia.—Subyugada la Navarra y asegurada así la espalda por el ejército de Fernando, trató éste, en combinación con el Inglés (que estaba con su escuadra en Pasajes), de seguir adelante, como tenían concertado, por la Guiena, contra Luis XII; pero el Inglés, pretextando ó quejándose de que Fernando no hubiera acometido la Guiena ántes que la Navarra (dejando enemigos á la espalda, como era ésta!), desistió de sus planes y se retiró á Inglaterra. Entonces, aunque el Duque de Alba habia llegado y tomado á San Juan de Pié de Puerto, hubo de desistir Fernando de pasar adelante, por los refuerzos que los franceses iban recibiendo, al paso que estaban más animados desde que se habian ausentado los ingleses.

Entran los franceses en Navarra.—No fué esto sólo, sino que, tratando los franceses de reparar á D. Juan Labrit, penetraron en Navarra, cuyas ciudades querian volver por su rey; pero la actitud de las tropas españolas y la marcha del mismo Fernando en persona hicieron á los franceses repasar los Pirineos, quedando frustradas las esperanzas de Juan Labrit, que vió enteramente desvanecidas desde la tregua que despues, como hemos visto, ajustaron D. Fernando (1513), y Luis XII.

Incorporacion de la Navarra á Castilla.—Don Fernando, ganadas las voluntades de los navarros, dejóles por entonces un virey, y más adelante (tal vez cuando perdió la esperanza de tener sucesion de Germana de Foix), declaró en Córtes de Búrgos la Navarra incorporada á Castilla (Junio 1515), y conservando sus fueros siguió gobernada por vireyes.

Nueva tentativa de la dinastía destronada.—Los reyes don Juan y Catalina se retiraron á sus estados de Francia, en donde murió el primero en 1516 (Junio) agobiado por sus desgracias. Continuó gobernando sus estados de Francia la reina doña Catalina, que le sobrevivió hasta el año 1518 (Febrero). Sucedióles su hijo D. Enrique de Labrit, quien hizo un esfuerzo para recobrar sus estados, y por un momento, apoyado por un ejército frances y el buen estado de los navarros, se vió dueño de todo el reino. En esta guerra al tomar el Castillo de Pamplona fué herido Ignacio de Loyola, el fundador de la Com-

pañía de Jesus. Pero derrotado su general Asperrot por el ejército castellano, que acababa de vencer á los Comuneros, la Navarra volvió á la obediencia de Castilla. Las demas tentativas de D. Enrique fueron inútiles.

La Navarra francesa.—La Navarra allende el Pirineo ó francesa, siguió la misma suerte que la española, hasta que fué abandonada por Carlos I (1530). Siguióse rigiendo como república independiente, hasta que el príncipe de Bearne, D. Enrique, que seguía titulándose rey de Navarra, se apoderó de ella, como parte de la monarquía de sus padres. Este mismo D. Enrique Labrit casó con Margarita, hermana de Francisco I de Francia, de cuyo matrimonio nació doña Juana Labrit, que casó con Antonio de Borbon, duque de Vendome, y de este matrimonio nació Enrique IV, tronco de los Borbones. Este príncipe agregó á Francia el reino de Navarra, cuyo título han seguido llevando sus sucesores.

ÚLTIMOS HECHOS DE DON FERNANDO. Liga contra Francisco I.—Aunque la salud de D. Fernando iba decayendo notablemente, sin embargo seguía tomando una parte activa en todas las cuestiones que se agitaban en Europa, dejando, sobre todo, emprendidas con Francia aquellas tan célebres guerras, que han de llenar todo el reinado de su sucesor Carlos I. En efecto, aunque contra lo convenido con su yerno Enrique VIII de Inglaterra, prorogó las treguas con Luis XII, como, muerto éste (1515), su sucesor Francisco I, enemigo de la casa de Austria y de España, pretendiera nada ménos que reponer en Navarra á los reyes destronados, enseñorearse del ducado de Milan y toda la Italia, y la soberanía de Flándes, D. Fernando promovió con la mayor actividad contra el nuevo monarca frances una liga, compuesta de él, el Emperador, el Duque de Milan, los Suizos y el Papa.

Los franceses se hacen dueños del Milanesado. — Renovada la guerra en la Lombardía, los franceses se apoderaron de Novara, y aunque D. Fernando, en medio de sus dolencias, enviaba á Italia las disposiciones oportunas para atajar los pasos de Francisco I, entorpecidas las combinaciones de la liga por la desconfianza y recelos que existian entre sus jefes, se dió, por último, entre los suizos solos por una parte y los franceses y venecianos por otra, la célebre batalla de Marignano (1515), que valió á los franceses la posesion del Milanesado. Entónces Leon X, calculando que convenia más á la casa de Médicis aliarse con Francisco I que seguir con el rey Cató-

tólico, cuya muerte veía próxima, promovió otra confederación entre él, el Rey de Francia y la república de Venecia, la cual fué origen de las grandes y largas guerras que despues tuvieron lugar. Mas, aunque en los últimos dias de su vida, todavía Fernando respondió á aquella nueva coalición, confederándose más formalmente, al parecer, que otras veces con Enrique VIII de Inglaterra.

Testamento y fin de D. Fernando.—Pero por más que su espíritu, inalterable, conservaba aquella energía que siempre le habia distinguido, eran muy contados los dias que le restaban de vida. Y, concertado con Adriano, dean de Lovaina, enviado de Carlos, para tratar por última vez acerca del gobierno de Castilla y sucesion de sus reinos; viendo luégo agravársele las dolencias y que llegaba su último dia, despues de prepararse para morir como verdadero cristiano, otorgó su testamento, en que dejaba á su hija doña Juana y sus descendientes los estados de Castilla y Aragon, con los de Nápoles y Sicilia y sus posesiones de África y de Indias. Y como á la sazón, imposibilitada doña Juan para el gobierno, D. Carlos se hallára ausente, nombró por regente del reino de Castilla, hasta la venida de éste, al cardenal D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros, y de Aragon, al Arzobispo de Zaragoza. Despues de dictadas estas disposiciones, entregó su alma á Dios, el dia 23 de Enero de 1516.

Ligero juicio sobre este rey.—Si la reina Isabel habia sido tan justamente llorada de sus castellanos, no lo fué ménos su esposo por los aragoneses, quienes ¡no sin fundamento! le llamaron *el último rey de Aragon*. Y si no fué tan sentida su muerte por muchos grandes de Castilla, á quienes *habia enseñado á obedecer*, no tardaron tampoco los Castellanos en conocer el soberano que habian perdido. Su muerte ocurrió en Madrigalejo, pequeño lugar de Extremadura, donde se hallaba alojado en una casa rústica tan pobremente, que apenas se le halló lo necesario para sus funerales. Y no es extraño, pues, aunque se le tache de algo económico, nunca habia sido amigo de atesorar para sí, sino para las necesidades de su reino. Sus restos descansan en Granada junto á los de su esposa Isabel.

REGENCIA DE CISNEROS. Su ocupacion ántes de ésta.—Hemos dejado á este hombre extraordinario dedicado á su diócesis desde que se retiró de África, resignando el mando de su expedición en D. Pedro Navarro. Pero no porque abandonára la guerra dejaba de atender á las artes de la paz; que

á todo acudia con incansable celo este religioso, militar, hombre de Estado, reformador de las órdenes religiosas y protector de las letras. Su principal obra en este último sentido fué la fundacion de la universidad de Alcalá, que fué bien pronto rival de la célebre de Salamanca. Tambien es otra de sus obras maestras la redaccion y famosa edicion de la *Biblia poliglota*, impresa en Alcalá, de cuya poblacion lleva el nombre de *Complutense*; obra, por sus dificultades tipográficas y literarias, sólo digna de aquel extraordinario genio.

Cómo asegura la regencia.—Encargado nuevamente de la gobernacion del reino, Cisneros se trasladó á Madrid, que desde ahora se fué haciendo residencia de la córte. Su primer acto fué arreglarse con el dean de Lovaina, Adriano, mandado por Cárlos para que se encargara del gobierno de Castilla; conviniendo, con el beneplácito de Cárlos, en que gobernarían juntos, siquiera fuera sólo nominalmente, pues el ascendiente de Cisneros sobre el extranjero Adriano apenas permitia á éste otra parte que firmar.

Sus primeras disposiciones.—Asegurado así en la regencia, Cisneros hizo proclamar por rey de Castilla á D. Cárlos, cediendo á las exigencias de éste por evitar disturbios; pues no debia ser proclamado viviendo doña Juana, y sin anuencia de las Córtes, como no le quisieron proclamar los aragoneses sin que viniera y jurara sus fueros. Despues, con el fin, sin duda, de robustecer y centralizar el poder real y tener á raya la nobleza, creó una milicia, especie de ejército permanente, pagado por el Estado; medida á que se opusieron los nobles, promoviendo sublevaciones en varias ciudades, como Valladolid, Búrgos y otras, que no comprendian lo que ellas ganaban perdiendo la nobleza. Seguro contra los magnates, tomó y llevó á cabo varias medidas económicas, robusteciendo así la hacienda, aunque gran parte de aquellas economías fueran extraidas á Flándes.

Asuntos exteriores.—Tambien Cisneros venció al destronado Rey de Navarra, que trató de restituirse en este reino, aunque, por otra parte, fuera ménos afortunado contra el corsario Barbaroja, que se habia hecho proclamar rey de Argel y Túnez. Igualmente alcanzó su vista á la naciente colonia de la isla Española, donde se opuso con vigor á la introduccion de esclavos, consejo que desgraciadamente no fué oido por los inhumanos flamencos.

Humoralidad de la córte de Flándes.—Pero miéntras el

Cardenal Regente se esforzaba tanto por atender á todos los ramos, los tesoros de España salian para saciar á los ambiciosos cortesanos de Flándes, donde todos los empleos de España se vendian al mejor postor. Nada valian las representaciones que el desinteresado Regente hacia á Cárlos, pintándole el peligro que amenazaba por aquel proceder de los suyos, y exhortándole á que viniera cuanto ántes á poner remedio á la tormenta, pues su venida no estaba en el interes de sus cortesanos.

Venida de Cárlos.— Así es que, por grandes que fueran los talentos y energía de Cisneros para el gobierno, al fin no pudo ménos de rendirse, ya á las intrigas de los flamencos, ya á los ambiciosos magnates y al exasperado pueblo, á quien no podia acallar por falta de medios; y agobiado por los años y los achaques, deseaba el primero la pronta presencia de Cárlos, quien al fin decidió su venida, desembarcando en Villaviciosa (1517, 10 Setiembre), donde pronto se agruparon los magnates á recibirle y ganarlo para sí.

Ingratitud de Cárlos: fin de Cisneros.— Creyendo el Cardenal conveniente informarle del estado de las cosas y de lo que más le convenia hacer al encargarse de las riendas del Estado, le pidió una entrevista, que, al fin, á traves de los obstáculos que á su realizacion oponian los intrigantes magnates, le fué otorgada. Mas cuando el anciano y enfermo Prelado se dirigia al punto designado, recibió en Roa una carta de Cárlos, en la cual, despues de darle las gracias por sus anteriores servicios, y otros cumplimientos de estilo, le indicaba que, realizada la entrevista, le daria su real licencia para que se retirára á su diócesis á descansar de las fatigas de su laboriosa vida, y á aguardar del cielo la digna remuneracion de los servicios, que sólo el cielo podia darle cual él la merecia. Dicen que esta carta afectó tan profundamente al anciano Regente, que, agravándosele la fiebre, murió el 8 de Noviembre 1517.

Juicio sobre Cisneros.— Así acabó su larga carrera este hombre singular. Sus talentos, y virtudes practicadas incesantemente, así en la vida retirada como en todos los cargos tan diversos que ejerció, han hecho pasar su nombre, de todos conocido, á traves de los tiempos y generaciones, y lo harán pasar indudablemente por entre todas las futuras edades. Modelo de sus compañeros en el claustro, austero penitente en su celda, consolador de todos en el confesonario, sólo á sus singulares virtudes debió el tránsito á los elevados cargos, donde tan-

to habian de sobresalir su desinterés, su rectitud, su energía y su actividad. Director espiritual de la primera princesa de la historia como simple religioso; reformador de las órdenes monásticas como prelado de la Iglesia; económico administrador como regente del reino; valiente militar al frente del ejército; promovedor siempre de las ciencias y letras, su figura se elevó tanto, que descuella y descollará siempre sobre todos los hombres pasados y venideros.

CASA DE AUSTRIA.

LECCION LXVI.

REINADO DE CÁRLOS I (1).

CÓRTEES EN VALLADOLID: CÁRLOS RECONOCIDO REY.—PETICIONES QUE SE LE DIRIGEN.—ES RECONOCIDO TAMBIEN EN ARAGON Y CATALUÑA.—ASUNTOS EXTERIORES.—CÁRLOS ELECTO EMPERADOR.—FUNESTOS PRESENTIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES.—CONVOCACION DE CÓRTEES EN SANTIAGO.—SESIONES EN SANTIAGO Y LA CORUÑA.—SUBLEVACION DE LAS COMUNIDADES.—CAUSAS Y CARÁCTER DE LA SUBLEVACION.—SE ARMAN LOS SEGOVIANOS: DERROTA DE LOS REALISTAS.—LEVANTAMIENTO GENERAL: JUNTA EN ÁVILA.—DISPOSICIONES DE LA JUNTA.—ERRORES DE LOS COMUNEROS.—MEMORIAL DE LA JUNTA AL REY.—DISPOSICIONES QUE TOMA EL REY.—EXASPERACION DE LOS COMUNEROS.—ESTADO DE LOS COMUNEROS.—NUEVO ERROR DE LOS COMUNEROS.—BATALLA DE VILLALAR.—EJECUCION DE LOS JEFES DE LOS COMUNEROS.

Córtes en Valladolid: Carlos reconocido rey. — Verificada la entrada de Carlos en Valladolid (Noviembre 1517), y convocadas Córtes en la misma ciudad (Enero 1518), como asistieran á éstas algunos extranjeros de los allegados á Carlos, comenzaron pronto á manifestar su disgusto los diputados, hablando por todos, con gran energía, Juan Zumel, que lo era por Búrgos. Y aunque los enemigos de Carlos se resistieran, hasta con amenazas, á las peticiones que se les hacian, al fin el

(1) V. ROBERTSON.—D. Antonio CÁNOVAS, *España Austriaca*.—El obispo Prudencio de Sandoval.

nuevo rey prestó su juramento, como se le habia pedido, prometiendo explícitamente guardar y mantener los fueros, usos y libertades de Castilla, y que no daría empleos ni oficios á extranjeros. Previos estos juramentos por parte de Carlos, fué éste solemnemente reconocido por rey, si bien con la condicion de que habian de ir firmadas todas sus provisiones en nombre de doña Juana y el suyo, mientras aquella no recobrase su razon, pues en este caso debería gobernar por sí sola.

Peticiones que se le dirigen.— Recibidos ya los juramentos, y otorgado al Rey un servicio de doscientos cuentos de maravedís, le fueron dirigidas por los diputados de las ciudades ochenta y ocho peticiones, encaminadas en general al afianzamiento de sus libertades y franquicias y de la integridad del reino, y á apartar del servicio del Rey y los empleos á los extranjeros, al afianzamiento de la riqueza pública, etc., con otras referentes al gobierno interior. Mas, á pesar de todo, dejábase notar entre los castellanos un general descontento, promovido por la presencia de tantos ambiciosos extranjeros, traídos por Carlos, y entre quienes habia ido distribuyendo los primeros cargos eclesiásticos y civiles.

Es reconocido tambien en Aragon y Cataluña.— En medio de este descontento, D. Carlos pasó sucesivamente á ser reconocido en Aragon y en Cataluña, cuyos reconocimientos consiguió al fin, no sin mayores dificultades todavía que en Castilla, por no quererle jurar en vida de su madre, tanto en Zaragoza, donde á su vez hubo de jurar ámpliamente guardar sus libertades, usos y privilegios, como en Barcelona, en donde, á fuerza de intriga y soborno, fué tambien, aunque de mala gana, jurado.

Asuntos exteriores.— Entre los reconocimientos de los aragoneses y catalanes, tuvo lugar la renovacion de la paz entre Carlos y el Rey de Francia, y la partida de una expedicion desde Sicilia á la costa de África contra el corsario Barbaroja, la cual se apoderó de la isla de Gélves.

Carlos electo emperador.— Así las cosas, cuando ocurrió la muerte de Maximiliano de Austria, emperador de Alemania. Electiva esta corona, D. Carlos, que se consideraba con algun derecho á ella, aunque en competencia con Francisco I de Francia, que no omitía medio para ser preferido, fué elegido por la dieta; cuya noticia, recibida por el electo en el mismo Barcelona, aceptó al momento la corona imperial, prometiendo pasar luégo á recibirla en la misma Alemania.

Funestos presentimientos de los españoles. — Mas tanto como estos sucesos engreían al joven rey y emperador, contristaban á los españoles, quienes no podían menos de prever las funestas consecuencias que habia de traerles el gobierno de un rey que, ademas de ser por naturaleza extranjero, tenia fuera de España la parte principal de sus dominios. Así sucedia en efecto, y tanto más desde que D. Carlos lo anunció, no sólo que iba á ausentarse, sino que convocaba Córtes en Santiago de Galicia, á fin de que le concedieran un nuevo subsidio para gastos de viaje y coronacion.

Convocacion de Córtes en Santiago. — Sin embargo, Don Carlos, á pesar del descontento que en todas partes cundia y de las manifestaciones que continuamente se le dirigian, siguió adelante en su propósito, y mandó reunir las Córtes en el mismo Santiago, adonde casi todas las ciudades mandaron sus diputados, con poderes más ó ménos amplios.

Sesiones en Santiago y la Coruña. — Mas como algunos diputados se negáran á conceder el nuevo subsidio, y la corte previera que, á pesar de sus manejos é intrigas, no iba á obtener mayoría, mientras, por otra parte se manifestaba cada dia más el descontento en las ciudades y hasta en el mismo Santiago, determinó trasladar la reunion de las mismas Córtes á la Coruña, tanto por tener seguro el embarque, como para ganar en el intermedio mayor número de diputados, como lo logró en efecto. Pues, abiertas las sesiones en la Coruña, le fué votado un subsidio, y nombrado regente el cardenal Adriano, varon, si bien por una parte de relevantes cualidades, por otra un extranjero. Despues de esto fueron presentadas sesenta y una peticiones al Rey, quien concedió unas, se reservó sobre otras y dejó algunas encomendadas al Consejo.

Sublevacion de las comunidades (1). — Despedidas las Córtes, se embarcó el Rey (20 Mayo), dejando al reino tan descontento, que ya habian comenzado á manifestarse algunos aiborotos, especialmente en Toledo, de donde pronto se fueron propagando á las demas ciudades, como Segovia, cuyo poblacho arrastró por las calles á su diputado Tordesillas; Toro, Madrid, Guadalajara, Alcalá, Soria, Ávila, Cuenca, Búrgos, y otras, tomando el nombre de *comunidades*.

(1) *Monografía*, por D. Antonio Ferrer del Rio.—Eugenio de Tapia.—*Pero Mejía*, t. xxiv de Rivadeneyra.

Causas y carácter de la sublevación. — Causados todos estos movimientos por la irritación y encono contra la invasión de tantos extranjeros que, ansiosos de enriquecerse, tiranizaban al pueblo y se repartían los mejores empleos y altas dignidades eclesiásticas, estallaron, como no podía ménos de suceder, cuando el Rey, también extranjero, sordo á toda reclamación, no sólo los abandonaba, sino que los recargaba con nuevos impuestos, que los procuradores tuvieron la debilidad ó venalidad de votar, extralimitándose de los poderes que sus ciudades les habían otorgado. Por eso, en medio de aquellos alzamientos, se oía siempre el grito de *¡Viva el Rey!* tratándose sólo de echar sus malos ministros, y que se restituyeran al reino sus libertades y privilegios, aunque algunos, pero pocos, de los más exaltados volvieron la vista al gobierno de las repúblicas italianas.

Se arman los segovianos: derrota de los realistas. — Aunque el alzamiento de estas ciudades no presentara un carácter precisamente hostil y guerrero, bien pronto las desaceretadas medidas de la corte lo convirtieron en tal, pues habiendo mandado contra Segovia al alcalde Ronquillo, hombre de todos conocido por sus tiranías y crueldades, irritados los segovianos con esta nueva se armaron, capitaneados por D. Juan Bravo, y auxiliados por D. Juan Padilla y D. Juan Zapata, que, acudiendo aquél desde Toledo y éste desde Madrid con algunas gentes armadas, derrotaron á los realistas.

Levantamiento general: junta en Ávila. — Este paso y derrota de la corte, y el incendio que luego se verificó en la ciudad de Medina por negarse ésta á entregar su artillería para volver á atacar á Segovia, fueron como la señal de un general levantamiento de casi todas las ciudades de Castilla, las cuales, invitadas por la de Toledo, mandaron para organizarse sus diputados á la Junta que se constituyó en Avila con el nombre de *Junta Santa*, en la cual habia representantes de todas las clases.

Disposiciones de la Junta. — Instalada la Junta bajo la presidencia de D. Pedro Laso de la Vega y nombrado capitán general del ejército D. Juan Padilla, hombre muy popular, acordóse lo primero la deposición del Regente y su consejo, y adelantándose éstos en ganar á la reina doña Juana, retirada en Tordesillas, acudieron aquí los comuneros, que fueron recibidos con la mayor cordialidad por esta señora, quien, como si providencialmente hubiera recobrado sus facultades intelect-

tuales, firmó cuanto aquéllos la presentaron, como extrañándose no hubieran dado ántes aquel paso. Trasladada la Junta Santa al mismo Tordesillas con autorizacion de la Reina y tomando Padilla la ofensiva, obligó á todos los de la corte á ocultarse ó huir, con lo cual el triunfo de los comuneros pareció asegurado.

Errores de los comuneros. — Pero los comuneros carecian de un hombre que supiera organizar la Nacion, que tenían por suya, pues si bien sus cabezas eran verdaderos campeones en el campo de batalla, carecian de la energía y talento necesarios para organizar y gobernar, sobre todo en circunstancias como aquellas. Por cuya razon, una empresa tan popular no quedó más que comenzada, por los errores de sus jefes, de los cuales fué el mayor el haberse enajenado la nobleza (hasta entónces adicta ó inactiva) con ciertas tendencias inoportunas á despojarla de sus privilegios, de los cuales, prescindiendo de su legitimidad, se hallaba en posesion.

Memorial de la Junta al Rey. — Desacierto fué éste de que el Rey-Emperador supo sacar tanto partido, que le valió su salvacion. Pues miéntras los comuneros, tan fieles á la autoridad real como cándidos en esperar de Carlos que á tan larga distancia accediera por simples súplicas á poner remedio á los males que tantas veces, presenciándolos por sí mismo, no había tratado de evitar por más exposiciones que se le habian elevado, se contentaron ahora, soberanos de la nacion (y esto prueba una vez más su buena fe) con mandarle un simple memorial que contenia las mismas peticiones que tantas veces se le habian hecho (1).

(1) Las principales peticiones contenidas en dicho memorial eran: que el Rey volviera pronto á residir en el reino como sus antecesores; que no trajera á él flamencos ni otros extranjeros para ningún cargo; que los gobernadores puestos en su ausencia fueran naturales de Castilla; que no se cobrara el servicio prestado por las Cortes de la Coruña; que se enviáran á las Cortes tres diputados por cada ciudad, uno por el clero, otro por la nobleza y otro por el estado llano; que los procuradores enviados á Cortes no recibieran merced alguna del Rey en el tiempo en que estuvieran en ellas, ni ántes ni despues, ni para sí ni para sus parientes; que no se sacara del reino oro ni plata en ninguna forma; que separára los consejeros extranjeros y los tomára del reino; que se proveyeran las magistraturas en hombres maduros, y no en jóvenes recién salidos de los estudios; que se residenciára á los alcaldes, así como á los contadores y oficiales de las órdenes y maestrazgos; que

Disposiciones que toma el Rey. — Léjos D. Carlos de oír estas súplicas, hizo preso al portador que se le presentó, y procurando apoyarse en la nobleza, asoció en el gobierno al cardenal Adriano otros dos nobles castellanos, el condestable D. Íñigo de Velasco y el almirante D. Fadrique Enriquez, tan poderosos como acreditados en el pueblo, con instrucciones en parte conciliatorias, pero encaminadas á no permitir que la autoridad real fuera en lo más mínimo menoscabada.

Exasperacion de los comuneros. — Aceptados estos nombramientos y habiendo vuelto Búrgos á la causa del Rey, por quien tambien se habia declarado la nobleza, aunque el almirante D. Fadrique Enriquez, hombre muy popular y sostenedor de las libertades, se esforzó cuanto pudo por dar á la cuestion una solucion pacífica, comprometiéndose á que el Rey firmaria casi todo lo que las comunidades pedian, sin embargo, algunos excesos de los realistas y la noticia que llegó de haber sido preso el portador que con el memorial llegó á D. Carlos, agriaron tanto los ánimos que ya no podia haber otra solucion que la de las armas.

Estado de los comuneros. — Aunque el número y la popularidad de los comuneros parecian darles la ventaja sobre los realistas, sin embargo, la apatía de aquéllos, las divisiones que se comenzaban á suscitar, y las traiciones que se siguieron contra ellos, fueron preparando las cosas á medida que las deseáran los realistas. Retirado Padilla con muchos de los suyos á Toledo por haber sido postergado en la direccion de las tropas á D. Pedro Giron, en quien, por su cualidad de noble influyente confiaban muchos, léjos éste de corresponder á esta confianza fué vendiéndolos secretamente, dando lugar á que los enemigos se apoderáran de Tordesillas, hasta que, haciéndose sospechoso, se vió obligado á ausentarse. Nombrado otra vez Padilla capitan general, quedó ahora desairado Laso de la Vega, presidente de la Junta, quien, aunque sin hacer traicion

se revocáran toda clase de mercedes concedidas á ciudades, jurisdicciones, hidalguías, etc., desde Isabel la Católica; que no se vendieran los empleos y dignidades; que todos los funcionarios públicos desde el Rey Católico dieran cuenta de sus cargos; que los obispados y dignidades eclesiásticas se dieran á españoles de virtud y ciencia; que se anulára la provision del arzobispo de Toledo, hecha en un extranjero sin ciencia ni edad; que los señores pecháran en el repartimiento y en las cargas varoniles lo mismo que los plebeyos, etc., etc.

á su causa, se fué apartando de los suyos, concluyendo por hacerse al bando real.

Nuevo error de los comuneros. — Mas á pesar de estos desaciertos, los triunfos de Padilla y el obispo Acuña hacían prever un desenlace favorable á los comuneros, cuando éstos, dueños de Torrelobaton, en lugar de dar el último golpe á la corte, que se hallaba en Tordesillas, y dar la paz como vencedores, tuvieron la candidez de admitir una tregua y entrar en conferencias que, léjos de dar resultados, sólo sirvieron para dar tiempo á los realistas á reponerse. Este fué el mayor error de los comuneros, puesto que en su mano estuvo la eleccion de tratar como vencedores ó como beligerantes. Y como si este error les hubiera ofuscado, ya no vemos en ellos más que desaciertos que, desacreditando cada vez más su causa, concluyen por su aniquilamiento.

Batalla de Villalar. — Efectivamente, mientras el obispo Acuña, tan intrépido guerrero como indigno sacerdote, desacreditaba su causa con los escándalos y sacrilegios á que daba ocasion ó consentía en la catedral de Toledo, adormecido Padilla con su victoria en Torrelobaton, no veía cómo mientras esperaba por negociaciones de otros una paz en que nunca debiera haber pensado hasta despues de su última victoria, sus soldados abandonaban las filas, ni que los imperiales, reponiéndose de sus derrotas se preparaban á tomar la ofensiva, combinándose para caer juntos sobre él. Fué necesario que el ruido de las armas viniera á despertarle de su letargo; pero ya era tarde, y por más actividad que desplegó el capitán de las Comunidades sólo pudo reunir sus tropas para que, siéndoles contraria la suerte de las armas, viera su completa dispersion en los campos de Villalar, sepulcro de las libertades castellanas (1521).

Ejecucion de los jefes de los comuneros. — Los jefes Padilla, Bravo y Maldonado, únicos que puede decirse pelearon, deseosos de escribir con su sangre el epitafio de aquel sepulcro, hechos prisioneros, acompañaron al siguiente dia en un cadalso la muerte de los fueros de Castilla. Este suceso ha sido vulgarizado por el pincel de nuestro célebre Gisbert, quien con tanta felicidad lo ha trasladado al lienzo.

Las Germanias. — Movimiento en parte parecido al de las comunidades fué el de las Germanias de Valencia. Pero aquí el levantamiento tuvo el aspecto de una guerra social, sobre todo contra la nobleza. Cometiéronse horrores inauditos, y

escandalosas profanaciones religiosas. Tres años duró esta guerra, cuyos jefes principales fueron Guillen de Castelvi, tejedor de paños; Juan Caro y Vicente Peris. El pretexto para armarse fué el de que los moros argelinos iban á hacer un desembarque en las costas valencianas en favor de los moriscos; y su grito de combate, ¡mueran los caballeros! Ya en el campo de batalla obtuvieron algunas aunque insignificantes victorias, hasta que, derrotados completamente en Almenara, Orihuela y Ballús, triunfó la causa de la nobleza. También alcanzaron las Germanias á las islas Baleares.

LECCION LXVII.

CAUSAS DE LA RIVALIDAD ENTRE CÁRLOS Y FRANCISCO I.—PRIMERA GUERRA.—LIGA CONTRA FRANCISCO I.—CONTINÚA LA GUERRA.—PRISION DE FRANCISCO I.—SITUACION DE CÁRLOS.—TRATADO DE MADRID.—MALA FE DE FRANCISCO I.—LIGA CLEMENTINA.—ACTITUD CONTRA EL EMPERADOR.—ASALTO Y SAQUEO DE ROMA.—SITUACION DEL EMPERADOR.—TRATADO DE AMIENS.—DECLARACION DE LA GUERRA Á CÁRLOS.—SUCEOS.—PAZ DE CAMBRAY.—SUCEOS INTERIORES.—SUBLEVACIONES DE LOS MORISCOS.—CÓRTEZ EN VALLADOLID.—CÓRTEZ EN MONZON.—PARTE CÁRLOS PARA ITALIA.

Hemos dejado al regio navegante en rumbo para Alemania, cuya corona imperial iba á ceñirse, y en donde tan grande papel le esperaba en los grandes y trascendentales sucesos de que el imperio iba á ser teatro; pues era precisamente la época en que la Alemania comenzaba á agitarse con la herejía de Lutero, origen de tantos trastornos y revoluciones; mas, como éstos no atañen directamente á nuestra historia, pasaremos á ocuparnos de las primeras guerras que pronto se movieron entre Carlos y Francisco I.

Causas de la rivalidad entre Carlos y Francisco I.—Jóvenes los dos y de carácter caballeresco, señor cada uno de un grande Estado, desairado el segundo en la pretension á la corona imperial, que acababa de ceñirse el primero, no podia ménos de suscitarse entre ambos monarcas aquella rivalidad que tanto se manifestó en las guerras que, despues de haber assolado la Italia en vida de sus padres, iban á renovarse entre ellos

para llenar todo su largo reinado. Por esto Cárlos, más previsor que Francisco, había ya, durante su viaje, ganado para sí á Enrique VIII de Inglaterra, y ahora acababa de concertarse con Leon X para echar á los franceses de Italia, quitando así á la vez los aliados á su rival.

Primera guerra.—Preparadas así las cosas, rompió, aunque indirectamente, Francisco I las hostilidades en Luxemburgo, y declarándose protector de Enrique Albrit, que pretendía recobrar la Navarra, penetraron sus ejércitos en ésta, tomaron á Pamplona y sitiaron á Logroño. Pero, acudiendo pronto los vireyes y gobernadores de España, que acababan de vencer á los comuneros en Villalar, rechazaron completamente á los franceses, y verificada luégo una alianza formal entre el Emperador, Enrique VIII y Leon X contra Francia, se vieron obligados también á abandonar toda la Italia.

Liga contra Francisco I.—Después de tan prósperos sucesos, D. Cárlos se puso en camino para España, logrando también, durante su viaje, la satisfacción de haber hecho emprender á Enrique VIII la guerra con Francia. Acababa de ocupar la silla de san Pedro el cardenal Adriano, digno por sus virtudes de tan alta dignidad, pero cuyas miras pacíficas no fueron bastante á impedir que se formárá otra liga contra Francisco I, compuesta del Emperador, su hermano Fernando, á quien éste había dado el archiducado de Austria, Enrique VIII, los más de los Estados italianos, inclusa Venecia, y por último, hasta el mismo Papa.

Continúa la guerra.—Léjos Francisco I de intimidarse, aprestó rápidamente un brillante ejército, el cual, á pesar de la defección del Condestable de Borbon, que se pasó al servicio del Emperador, invadió el Milanesado, dirigido por el almirante Bovinet (muy inferior en táctica al Condestable de Borbon), mientras él se quedaba para defender la Francia contra los aliados españoles, ingleses y alemanes, que, penetrando por varios lados, fueron en todas partes rechazados, salvando así Francisco su reino, no sin ganar reputacion (1523). Ménos afortunados los franceses en Italia, fueron al año siguiente (1524) vencidos por el Marqués de Pescara y el virey de Nápoles Lanoy, y obligados á retirarse á Francia, sin quedarles una sola plaza en Italia. Pero, aunque los aliados habían intentado acometer nuevamente á Francia en su propio territorio, los celos con que aquéllos empezaban á mirarse, y la falta de recursos por parte de Cárlos, limitaron la invasion á la Pro-

venza, poniendo sitio á Marsella, el cual, rehecho nuevamente Francisco, hubieron de levantar y retirarse á Italia.

Prision de Francisco I.—Ervaneado Francisco I con estas victorias, invadió rápidamente con otra expedicion la Lombardia, y, penetrando en Milan con su escaso y desprovisto ejército, obligó al Marqués de Pescara y á Lanoy á replegarse á Lodi, sobre el Adda, y al español Antonio de Leiva á refugiarse con seis mil hombres en Pavía. Parecia seguro el triunfo del activo Frances, si en lugar de seguirlos no les hubiera dejado tiempo para fortificarse y buscar los recursos que sólo el mayor patriotismo les pudo suministrar. Miétras Pescara y Lanoy permanecian en Lodi y el Condestable de Borbon reclutaba en Alemania doce mil hombres, Francisco I sitiaba á Pavía, que, á las órdenes de Leiva, resistia enérgicamente cuantos medios de ataque empleaba el enemigo. Ya parecia que la falta de recursos le obligaba á rendirse, cuando, acudiendo los imperiales desde Lodi, retados por el mismo Francisco, tuvo lugar la reñidísima batalla de Pavía, en la cual cayó prisionero el rey Francisco I (Febrero 1525), siguiéndose la total expulsion de los franceses de Italia.

Situacion de Cárlos.—Por muy lisonjero que, despues de tan completa victoria, pareciera el estado del jóven Rey-Emperador, no era tal en realidad. Debidos en parte sus triunfos á tropas mercenarias, dispuestas siempre á insurreccionarse, y careciendo él, á pesar de sus vastos dominios, de rentas suficientes para pagarlas, miétras su virey de Italia, desconfiando de ellas, licenciaba las tropas alemanas é italianas, el Papa Clemente VII y los venecianos, temerosos del engrandecimiento del Emperador, pensaban únicamente por su seguridad; y Enrique VIII, arrepentido de haber coadyuvado á su elevacion, buscaba un pretexto para separarse de Cárlos y unirse á la Francia, que, recobrada de su consternacion y dirigida varonilmente por la madre del rey prisionero, rehacia hábilmente, cual otra Roma despues del desastre de Cánas, los restos de sus derrotados ejércitos.

Tratado de Madrid.—Entre tanto Cárlos, despues de vacilar acerca de su conducta con el regio prisionero, tratando de vender su libertad al mayor precio posible, le hacía proposiciones tan onerosas, que no parecian sino pretextos para retenerlo, y aunque Francisco accedia en parte, se negaba, sobre todo, á la devolucion de la Borgoña y á la cesion de provincia alguna de su reino. Como siguieran en contestaciones sin que

nada se adelantára, el virey Lanoy condujo á Francisco I secretamente á Madrid, donde se le tuvo hasta que, receloso Carlos, y con fundamento, de que abdicára la corona en su hijo, entró en negociaciones formales, resultando la concordia ó tratado de Madrid (Enero 1526), en cuya virtud Francisco I quedaba en libertad, bajo las condiciones, entre otras muchas, de restituir y entregar al Emperador la Borgoña, renunciar á sus pretensiones sobre Nápoles, Milan, Génova, el Artois, Hainaut y demas tierras y señoríos que poseía el Emperador, etc., etc. Entregados en rehenes por Francisco sus dos hijos, fué puesto en libertad.

Mala fe de Francisco I.— Se explica que Francisco I firmara un tratado tan vergonzoso y humillante, si se considera que no entraba en su ánimo el cumplirlo, como lo demuestra la protesta que secretamente habia hecho en el dia anterior contra todo lo que iba á suscribir al dia siguiente, declarándolo nulo y de ningun efecto, como arrancado por la violencia; protesta artificiosa, condenada como abominable hasta por historiadores franceses. Pronto las intenciones de Francisco se dejaron conocer.

Liga clementina contra el Emperador.— Hacía tiempo que venia sien lo el pensamiento predominante de los políticos de Italia emanciparla de todo poder extranjero. Así se explican en gran parte esas ligas y contraligas que, desatendiendo los tratados, venimos observando entre sus príncipes y los extranjeros, que se disputan su dominacion. Y así se explica tambien en esta ocasion la liga que secretamente se acabó de firmar en Cognac (Mayo 1526) para reponer en Milan, tranquilamente, á Francisco Sforza, ó echar á los imperiales de toda Italia, más temibles ahora que los franceses á su independenciam. Esta liga, llamada Clementina, se componia de Clemente VII, los Venecianos, Enrique VIII, como protector de ella, el Duque de Milan y Francisco I, quien ya, más ó ménos abiertamente, se habia negado al cumplimiento del tratado de Madrid.

Actitud de Carlos.— En vista de ello, Carlos, resuelto á no ceder en nada de lo estipulado en Madrid, despues de intimar inútilmente á Francisco el cumplimiento de éste, y amenazar á Clemente VII con su cólera miéntras su embajador Hugo de Moncada ganaba en Roma el favor de los Colonas, rivales y enemigos disimulados de Clemente, él reforzaba su ejército en Italia, encargado, por muerte de Pescara, al de Borbon, que pronto se apoderó del castillo de Milan, único asilo de su duque Francisco Sforza.

Asalto y saqueo de Roma. — Mal se presentaba la causa para los aliados, comprometidos por la inacción de Francisco I y por la separación de las tropas pontificias conforme á la tregua con el Emperador, que, obligado el Papa por tres mil hombres, que, dueños de Roma, le tenían preso en Santángelo, acababa de arrancarle Hugo de Moncada. Así se hallaban las cosas, cuando el de Borbon, escaso de recursos para pagar al ejército de Lombardía, y no pudiendo acallar los gritos de aquella soldadesca, compuesta de hombres de varias naciones, tomó la resolución de distraerla en aquella marcha desoladora que emprendió camino de Roma, la cual, tomada por asalto (en el cual murió el de Borbon), sufrió durante ocho dias todos los horrores que pueden caer sobre una ciudad vencida. El Papa quedó prisionero.

Situación del Emperador. — Por más que el Emperador, á la sazón en Valladolid, ordenára rogativas públicas por la libertad del Pastor universal de los fieles, no dejaba su conducta de ofrecer á los príncipes cristianos un pretexto legítimo para, haciendo de la religion arma de partido, confederarse contra él, so pretexto de libertar al Papa, y en realidad con la mira principal de contener los progresos del poder imperial, aparte de otras particulares de sus enemigos.

Tratado de Amiens. — Con estas miras se firmó el tratado de Amiens (Agosto 1526) entre Francisco I y Enrique VIII, á quienes se ligaron Venecia y Florencia; y un ejército frances á las órdenes de Lautrec, despues de tomar á Génova y á Pavia, se dirigia á Roma como para libertar al Papa, de lo cual no hubo necesidad, por haberse éste fugado de la prision.

Declaracion de la guerra á Carlos. — Entre tanto recibia Cárlos embajadores de Francia é Inglaterra para negociar la paz y el rescate de los hijos de Francisco, ó declararle formalmente la guerra, como lo hicieron, siguiéndose entre Francisco y Cárlos aquel celebre desafío personal, que esquivó el primero, no obstante haber sido propuesto por él.

Sucesos. — Por su parte el general Lautrec, libre ya el Papa, y mientras el ejército imperial se debilitaba en Roma con la inacción y los placeres, determinó marchar contra Nápoles. Mas como con su poca celeridad diera lugar á que los imperiales salieran de Roma y se fortificáran en aquella, si bien la bloquearon los franceses, se malogró enteramente su empresa, ya por la escasez de recursos, ya por la epidemia y la desercion del Almirante Andrés Doria, que se pasó á los imperiales.

A este desastre de Nápoles se siguió la toma de Génova, que se erigió otra vez en ducado independiente; el abandono de Sabona, y por último, la expulsión total de los franceses del Milanésado por el español Andres Doria.

Paz de Cambray.—Pero el deseo de paz se habia hecho general, y mientras el Emperador se reconciliaba con el papa Clemente VII, obligándose con su hermano Fernando á reducir á los luteranos, ajustaban en Cambray la paz general dos ilustradas damas, Margarita de Austria, tía del Emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I (Agosto 1529). En esta paz, llamada *de las Damas*, especie de renovacion de la concordia de Madrid, se estipuló el rescate de los hijos de Francisco y la cesion por éste de sus derechos á la soberanía de Flándes y del Artois, renunciando todas sus pretensiones sobre Italia. Y por su parte Cárlos, aunque se reservára hacer valer algun dia sus derechos á la Borgoña, se obligaba á no demandar por entónces su restitucion, contentándose con el Charolais, que despues de su muerte volveria á la corona de Francia: tan humillante fué para ésta el término de tanta guerra.

Sucesos interiores: sublevaciones de moriscos.—Durante estos últimos sucesos habian tenido lugar en España las sublevaciones de los moros de Valencia y Aragon. Promovida la de los primeros por las medidas intolerantes de Cárlos, sostuvieron durante dos meses una resistencia desesperada en la sierra de Espadan, sin que se lograra someterlos sino á fuerza de combates (1626). Igual resultado tuvo la sublevacion de los moros de Aragon, que al mismo tiempo y dándose algunos la mano con los de Valencia, habian promovido los de aquella provincia. Tambien se dictaron algunas disposiciones para prevenir iguales hechos con los moriscos de Granada.

Córtes en Valladolid.—Sosegadas estas sublevaciones, convocáronse Córtes en Valladolid (1527), las cuales, dando una prueba de que aún existia en los castellanos el espíritu de su antigua independencía, negaron al Emperador el subsidio que pedia para las guerras que sostenia en la actualidad y las que proyectaba todavía emprender. Por más esfuerzos que hizo el Emperador en sus discursos para deslumbrar á los diputados con los triunfos de las armas españolas, léjos de fascinarse aquéllos, sólo logró que le ofrecieran cortésmente sus propias personas y haciendas, añadiendo que de ningun modo les era posible otorgarle nada como tributo.

Córtes en Monzon. — Igualmente se celebraron Córtes de aragoneses, valencianos y catalanes en Monzon (1528), en las cuales, despues de responder favorablemente el Rey á várias peticiones que se le hicieron, oidas recíprocamente las razones del mismo, los aragoneses le complacieron tambien en algunas de las suyas, aunque protestando siempre que no habian de sufrir perjuicio alguno sus libertades, fueros, usos y costumbres del reino, los cuales en las mismas Córtes prorogadas en Zaragoza juró solemnemente observar. — En estas Córtes nombró tambien á D. Juan Lanuza virey y lugarteniente suyo en aquel reino.

Parte Carlos para Italia. — Arregladas así las cosas de España, todos deseaban que se hiciera la paz con Francia y los estados de Italia, para lo cual y deseoso de recibir del Papa la corona imperial, Carlos se embarcó en Barcelona (Julio 1529), dejando de gobernadora del reino á Isabel de Portugal, con quien habia casado.

Paçes que ajusta. — No estaba ménos deseoso el Rey-Emperador de dar la paz á la Italia, á la cual le obligaban la necesidad de acudir á contener los progresos de la herejía de Lutero en Alemania y la de marchar contra los turcos, quienes, invadida la Hungría, ponian sitio á Viena. Por lo cual don Carlos, reconciliado con el duque de Milan, Francisco Sforza, á quien luégo repuso generosamente en su ducado, y con otros estados menores, excepto con la obstinada república de Florencia, que luégo pagó su temeridad, al paso que recibió en Bolonia de manos del Papa la corona imperial, ajustó una concordia con éste y todos los estados de Europa, excepto los reformistas de Alemania, comprometiéndose mutuamente á la paz y mutua defensa.

Parte Carlos para Alemania. — Acto contínuo, restituido en Florencia el duque Alejandro de Médicis, segun Carlos lo habia prometido al Papa, partió el Emperador para Alemania, donde reclamaba su presencia la actitud de los reformistas.

LECCION LXVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE CÁRLOS I.—PRINCIPIOS DE LA REFORMA.—PREDICACIONES DE LUTERO.—CIRCUNSTANCIAS QUE FAVORECEN LA PROPAGACION DE LA HERESÍA.—CONSECUENCIAS DE LAS NUEVAS DOCTRINAS.—PROTESTA DE LOS REFORMISTAS.—LIGA DE SMALKALDE.—TRATADO PROVISIONAL DE NUREMBERG.—CONDUCTA DE FRANCISCO I.—ESTADO DE ESPAÑA EN ESTA ÉPOCA.—CÓRTESES EN MONZON.—CÓRTESES EN MADRID.—CONQUISTA DE MÉJICO.—CONQUISTA DEL PERÚ.—PIRATERÍAS DE BARBAROJA.—EXPEDICION Á TÚNEZ.—ACTITUD DE FRANCISCO I CONTRA CÁRLOS.—INVADE FRANCISCO I LA SABOYA.—MUERTE DEL DUQUE DE MILAN.—SOLEMNE DECLARACION DE GUERRA.—PENETRA CÁRLOS EN FRANCIA: RESULTADO.—RENUÉVASE LA GUERRA.—CONTINÚA LA GUERRA: PAZ DE NIZA.—SITUACION ECONOMICA DE CÁRLOS.—CÓRTESES EN VALLADOLID.—CÓRTESES EN MONZON.—CÓRTESES EN TOLEDO.—EL EMPERADOR MENDIGA RECURSOS.—LIGA CONTRA EL TURCO.—SUBLEVACION DE GANTE.

Principios de la Reforma.—Eran los llamados reformistas los secuaces de Lutero, religioso agustino aleman, quien, ofendidos los de su orden porque se habia encargado á los dominicos la predicacion de las indulgencias, comenzó á declamar y escribir, primero contra las atribuciones del Papa, luego contra su primado en la Iglesia, y más adelante contra ésta y sus dogmas. El deseo de varios monjes de romper sus votos monásticos, de los príncipes por sacudir la soberanía espiritual de Roma, de los pueblos por adquirir cierta libertad ó libertinaje y el antagonismo que siempre ha existido entre la Europa del Norte y la del Mediodía, fueron, entre otras, las causas que favorecieron las nuevas doctrinas, que, protegidas luego abiertamente por los príncipes, dieron principio á la gran transformacion que desde entónces se ha ido verificando en la Europa y en el Mundo, y cuyas consecuencias traen hoy tan agitada á la Humanidad.

Predicaciones de Lutero.—Viendo Leon X el incremento que tomaban aquellos errores, trató de obligar á Lutero á que se retractára de ellos; mas, obstinado el innovador y protegido por el elector Federico de Sajonia, no sólo seguia propagando su nueva doctrina, haciendo entrar en ella los intereses de territorio, sino que le daba un carácter de innovacion filosófica y política, y, proponiendo ya una grau reforma en la Iglesia (que

sus legítimos jefes estaban en verificar por los medios naturales), decía que tanto ésta como todos los eclesiásticos debían estar sujetos al poder temporal (1520).

Circunstancias que favorecen la propagacion de la herejía. — Cuando D. Carlos volvió de España á recibir la corona imperial, ya la herejía, abrazada por hombres importantes, como Melancton, habia invadido muchos estados, preparándolos á la guerra; y no pudiendo el Emperador lograr que Lutero se retractára, como se lo propuso en la dieta de Worms (1525), declaró que estaba resuelto á contener vigorosamente sus doctrinas y las de sus secuaces. Mas desgraciadamente, mientras Lutero, refugiado en los estados del elector Federico de Sajonia, seguia escribiendo contra la Iglesia católica, las guerras que, como hemos visto, distraian á Carlos con Francisco I, no le permitian acudir á poner remedio á tanto mal, y ni el virtuoso Adriano VI, elevado al papado, por más buenos deseos que le animáran, pudo llevar á cabo ciertas reformas, cuya necesidad tanto servia de pretexto á los innovadores.

Consecuencias de las nuevas doctrinas. — Entre tanto, creciendo por todas partes el espíritu de innovacion, se separaron de Roma la Alemania, Dinamarca y Suecia, y pululando diversas sectas, consecuencia del libre exámen proclamado por Lutero, no tardó en llegar la revolucion política, la cual, aunque ahogada entónces, habia de renacer en tiempos posteriores, rompiéndose las relaciones entre príncipes y súbditos hasta cambiar las formas de las instituciones políticas.

Protesta de los reformistas. — Mas á pesar de las sublevaciones populares, como la de los campesinos de Suavia y otros estados, de que hasta el mismo Lutero se lamentaba, siquiera fueran por entónces sofocadas, los príncipes, no sólo abrazaban el luteranismo, sino que, á favor de la ausencia del Emperador, se confederaron contra el edicto de Worms. Y habiendo despues Carlos hecho reunir desde España la dieta provisional de Spira para que se procediera contra la reforma, firmaron una protesta contra ella, de lo que les viene el nombre de *protestantes*.

Liga de Smalkalde. — Convocada la dieta general en Augsburgo, y no quedando acordes los protestantes y el Emperador, aunque éste les prometia la reunion de un concilio general, se salieron de Augsburgo, y reunidos en Smalkalde (1530), formaron una liga de resistencia, y acordando pedir auxilio á los reyes, de Inglaterra (que ya habia roto con la Iglesia), y de

Francia (que por todo pasaba por combatir á Cárlos), se preparaba una formidable guerra religiosa.

Tratado provisional de Nuremberg.—Conjuróse no obstante ésta por entónces con el tratado provisional que Fernando, hermano de Cárlos, hizo en Nuremberg, obligado por la invasion de los turcos (1532), los cuales, contribuyendo todos los príncipes alemanes, fueron rechazados de los muros de Viena, salvándose la Europa y toda la cristiandad. Don Cárlos regresó por Italia, donde ajustó la paz con casi todos sus príncipes, y se restituyó luégo á España (1533).

Conducta de Francisco I.—Entre tanto, el falso Francisco I, no cesando de conspirar contra Cárlos, no sólo ayudaba á los protestantes de Alemania y buscaba obstáculos á la celebracion del concilio, sino que hasta trató de apartar al Papa de la armonía con Cárlos, concertando con aquél el matrimonio de Enrique II, su hijo, duque de Orleans, con Catalina de Médicis, sobrina del Papa. Francisco cedió á su hijo todos los derechos sobre los estados de Italia. Por este tiempo tuvo lugar la separacion completa de Inglaterra de la comunión romana.

Estado de España en esta época.—Durante este segundo trienio de ausencia de nuestro soberano (de 1530 á 1533), no dejaba de resentirse Castilla de cierta falta de vida interior, como un cuerpo social cuya cabeza y los elementos vitales ejercían su accion en apartada esfera. Mas no sucedía así en Aragon, que, no habiendo sufrido una derrota de Villalar, mandaba frecuentemente sus diputaciones al Rey, ausente siempre, reclamando la conservacion de sus fueros y privilegios, los cuales no consentía por ningun concepto que fueran vulnerados.

Córtes en Monzon.—Restituido Cárlos á España, fué lo primero que hizo celebrar Córtes de aragoneses, catalanes y valencianos en Monzon, en las cuales, si bien le fué otorgado el subsidio que les pedía, accedió á várias peticiones, encaminadas á cortar abusos y asegurar los fueros y libertades, etc., de los aragoneses, con otras acerca de materias criminales.

Córtes en Madrid.—Congregadas también Córtes en Madrid (1534), respondió á várias peticiones, encaminadas, las más, á mejorar la administracion de justicia y otros ramos. En estas mismas Córtes fué concedida la peticion de que se formára una coleccion ordenada de todas las decisiones en Córtes anteriores, que estuvieran en uso, y una recopilacion de todas las ordenanzas y pragmáticas del reino, eliminando las que no estuvieran en uso; las cuales, añadidas las del *Ordenamiento*,

fueron el cimiento de la *Nueva Recopilacion*. Igualmente se trató de uniformar los pesos y medidas en todo el reino, y sobre todo, de poner coto á la amortizacion eclesiástica, con otras reformas sobre materias eclesiásticas. Últimamente se dieron otras muchas disposiciones, encaminadas á mejorar la administracion de justicia y la hacienda pública.

Conquista de Méjico (1).—Entre los descubrimientos que sucesivamente, despues de Colon, se fueron haciendo en el Nuevo Mundo, figuran en primer lugar los imperios de Méjico y el Perú. Encargada la conquista del primero á Hernan Cortés, la emprendió éste, con ménos de seiscientos hombres (1518), confiado en la ventaja de las armas de fuego, desconocidas de los enemigos.—Grandes fueron, no obstante, los obstáculos que hubo de vencer, ya en los numerosos ejércitos de los naturales, ya en las intrigas de Velazquez, quien, envidioso de sus glorias, quiso siempre arrancarle de las manos la obra comenzada, y ya en las conspiraciones de sus mismos soldados. Mas de todos triunfaron el especial talento, valor y constancia de aquel ilustre general; y en ménos de tres años, aquellos vastos y ricos países quedaron reducidos á la dominacion española.

Conquista del Perú (2).—No ménos importante fué la adquisicion del vasto y opulento imperio del Perú, conquistado por Francisco Pizarro y su compañero Almagro. Pero, tanto éstos y los demas jefes, como sus subalternos y soldados, si bien por sus hechos de armas se merecieron pasar á la posteridad, oscurecieron estas glorias con su ambicion é insaciable sed del oro de los naturales, pues como si solamente hubieran llevado la mision de saquear el país y asesinar á los habitantes, ya haciéndose la guerra entre ellos, ya con los indígenas, cubrieron de escándalos y horrores aquellas vírgenes provincias.

Piraterías de Barbaroja.—Entre tanto Cárlos, respondiendo al voto de Europa, se ocupaba de la guerra contra el célebre corsario Barbaroja, terror del Mediterráneo, que se habia enseñoreado de Túnez, y dueño de un vasto estado, amenazaba la Sicilia y Nápoles, poniendo en cuidado á todas las potencias cristianas.

Expedicion á Túnez.—Más interesado que ninguno, como

(1) V. PRESCOT. — SOLÍS. — FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA (t. XXVI de Rivadeyra). — MAGALLÁNES y J. B. DEL CAÑO, *Descubrimientos*.

(2) V. PRESCOT.

en gran parte litorales sus estados, Cárlos marchó al África con treinta mil hombres que, á pesar de la feroz resistencia de los mahometanos, vencieron á Barbaroja, reponiendo á Muley Asem en su trono de Túnez. De esta manera la cristiandad quedó triunfante en África, y arrancados de su esclavitud veinte mil cristianos cautivos, que Cárlos, despues de socorridos, envió á sus respectivos países, en todos los cuales publicaron ellos la generosidad de su libertador, quien, y con mucha razon, ha sido celebrado de todos por esta empresa.

Acitud de Francisco I contra Cárlos.—Cuanto más elevaban al Emperador sus multiplicados triunfos, tanto más aumentaban la envidia y rivalidad de Francisco I.—Éste, que desde la paz de Cambray siempre acechaba la ocasion de dañar á su rival, siquiera fuera por los medios más impolíticos é indignos, no reparó en buscar la alianza de los protestantes de Alemania, y hasta del mismo Emperador de los turcos. Pero, desechados por aquéllos sus ofrecimientos, y negándose tambien á ayudarle Enrique VIII de Inglaterra, determinó hacerle por sí solo la guerra, y apoderarse otra vez del Milanésado.

Invade Francisco I la Saboya: muerte del Duque de Milan.—Un desacato, que creyó haber recibido su embajador en Milan por el duque Francisco Sforza, era bastante pretexto. Y marchando el mismo Francisco con un ejército, invadió las tierras del Duque de Saboya, pariente del Emperador, y á quien aquél se acogió. Al mismo tiempo ocurrió la muerte, sin sucesion, de Francisco Sforza, y Francisco I y Cárlos pretenden sucederle, aquél sin derecho alguno, pues habia hecho renuncia solemne de él, y éste, como feudo devuelto al imperio.

Solemne declaracion de guerra.—Entre tanto Cárlos, de vuelta de África por Italia, al paso que en todas partes, y sobre todo en Roma (1536), era obsequiado con el aparato de los antiguos conquistadores, recibia en ésta tambien una comision de Francisco I, apurándole para que se explicára acerca de lo de Milan, la cual, á pesar de los ruegos del Papa por sostener la paz, oyó de boca del mismo Emperador la más solemne declaracion de guerra.

Penetra Cárlos en Francia: resultado.—Cárlos, contra el parecer de algunos de sus generales, penetró él mismo en Francia. Mas las acertadas, aunque desesperadas medidas de Francisco I le obligaron, á los dos meses, á retirarse á Italia sin fruto alguno y perdida la mitad de su numeroso ejército por falta de víveres y las enfermedades. Entónces murió Don

Antonio de Leiva. Don Carlos, encargado el gobierno de la Lombardía al Marqués del Vasto, se restituyó á España.

Renúevase la guerra.—Por más que el Papa hizo, la guerra se renovó en los Países-Bajos, hasta que, mediando las reinas de Francia y Hungría, hermanas del Emperador, se ajustó una tregua de diez meses (1537), aunque limitada á los Países-Bajos, si bien las mismas con el Papa lograron que se ajustara otra en el Piamonte, por un año.

Continúa la guerra: paz de Niza.—Mas, léjos de concluirse la paz, el monarca frances se alió con el turco, quien, mientras Francisco hacia la guerra en Lombardía y los Países-Bajos, acudió con un numerosísimo ejército y una armada respetable contra Italia. Pero la poca actividad de Francisco, la inaccion de los napolitanos, cuya sublevacion se esperaba tan pronto como se presentáran los turcos, y los armamentos con que el Papa contribuyó, inutilizaron las fuerzas de Soliman, quien, dejando las costas de Italia, fué á emplearlas contra Venecia. Por fin, conviniendo la paz á todos y más al Emperador y al Papa, para poder acudir á cortar los progresos de la herejía de Alemania, á la liga que se formaba contra el Turco, se ajustó aquélla en Niza (1538), quedando Carlos y Francisco tan amigos como si nunca hubieran sido rivales. Francisco conservó las tierras que habia ocupado al Duque de Saboya.

Situacion económica de Carlos: se restituye á España.—Tantas guerras, sin tregua de unas á otras, no podian ménos de agotar los recursos del Emperador, como efectivamente sucedia, y como España era el único país adonde siempre recurria, pues Nápoles y Sicilia apénas daban para sostener las guarniciones, y como los aragoneses le negáran, por no pedirlo en Córtes, un subsidio que con urgencia les demandaban desde Italia, Carlos se trasladó en persona á España (1537).

Córtes en Valladolid.—Reunidas Córtes en Valladolid para obtener recursos, los castellanos, que, como siempre, veian con sumo disgusto á su rey fuera del reino y empeñado en guerras extrañas, le pidieron que permaneciera en España, que era la parte principal de sus estados, y no expusiera tanto su persona á los riesgos y peligros de tantas guerras. Y como, por un error económico, se creyera que la miseria que abrumaba al reino pudiera ser remediada con medidas represivas del lujo, se dictaron en estas Córtes algunas leyes suntuarias.

Córtes en Monzon.—Con el mismo objeto que en Castilla, el Emperador convocó Córtes de aragoneses, catalanes y va-

lencianos en Monzon (1537), las cuales, en vista de las necesidades que les expuso, le otorgaron generosamente un subsidio. Mas todo era poco para subvenir á tantas necesidades como se habia creado Carlos.

Córtes en Toledo.— Poco despues convocó tambien Córtes generales de Castilla en Toledo, para pedir un subsidio extraordinario, y cubrir en parte sus muchas deudas. Congregados en ellas los tres brazos, como el Emperador propusiera el impuesto de la sisa, encontró tan fuerte oposicion en la nobleza, que, despues de contestaciones bastante ágrias por una y otra parte, decidida aquélla á no sufrir menoscabo alguno en sus privilegios, y echándole en cara ser él la causa de la penuria del Estado, por abandonarlo y seguir las muchas guerras que emprendia, Carlos declaró disueltas las Córtes (Febrero 1539), para más no ser ya llamados á ellas los nobles y caballeros.

El Emperador mendiga recursos.— Por más enojado que el Emperador quedára ante la nobleza, no tuvo otro recurso para allegar algunos recursos, que mendigarlos á algunas ciudades, haciéndoles presente su absoluta necesidad. En esta época (Mayo 1539) ocurrió la muerte de la Emperatriz, de todos llorada por sus elevadas prendas.

Liga contra el Turco.— Miéntas de esta manera resistian los españoles las exigencias del Emperador, se empeñaba éste en otra terrible guerra con los turcos, contra los cuales habia entrado en una liga compuesta de él, el Papa, los venecianos y otros estados. Despues de una empresa naval poco afortunada, los españoles y venecianos tomaron á Castelnuovo, que se volvió á perder, pereciendo, aunque gloriosamente, en su defensa casi toda la guarnicion, compuesta de tres mil españoles. Tales fueron los resultados de la liga.

Subelevacion de Gante.— Casi al mismo tiempo tuvo lugar la sublevacion de los ciudadanos de Gante, por exigírseles ciertos tributos contra los privilegios de que gozaban. Decididos á sostener éstos, los ganteses ofrecieron su soberanía á Francisco I, quien, léjos de admitirla, dejó paso al ejército de Carlos, que los sometió y castigó con todo rigor (1540). Asegurada la paz en los Países-Bajos, Carlos se dirigió á Alemania, donde le llamaban los progresos de la Reforma.

LECCION LXIX.

LOS ANABAPTISTAS.—EXTENSION DEL PROTESTANTISMO.—INSTITUCION DE LOS JESUITAS.—CONFIRMA CÁRLOS SUS CONCESIONES Á LOS PROTESTANTES.—DESGRACIADA EXPEDICION Á ARGEL.—NUEVA GUERRA CON FRANCISCO I.—CONTINÚA LA GUERRA.—SUCEOS.—AYUDAN Á CÁRLOS LOS PROTESTANTES.—CONTINÚA LA GUERRA.—PAZ DE CRESPL.—VUELVE CÁRLOS CONTRA LOS PROTESTANTES.—CONDENACION DE LA DOCTRINA DE LOS PROTESTANTES.—GUERRA CON LOS PROTESTANTES: TRIUNFOS DEL EMPERADOR.—VENCE COMPLETAMENTE Á LOS PROTESTANTES.—EL CONCILIO Y EL ÍNTERIM.—TRAICION DE MAURICIO DE SAJONIA.—TRATADO DE PASAU.

Los anabaptistas.—Consecuencia lógica del libre exámen, predicado por Lutero, era la subdivision de sus secuaces en infinitud de sectas, que, deduciendo doctrinas religioso-políticas más ó ménos extravagantes, ponian la Alemania católica y protestante en el mayor conflicto. Fueron de estos sectarios los *anabaptistas*, quienes, dirigidos por dos plebeyos, alarmaron á católicos y protestantes, hasta que, sitiados en Munster (1535), centro de su poder, fueron aquí concluidos con muerte de sus jefes, aunque no de su doctrina.

Extension del protestantismo.—Mas, á pesar de estos ejemplares castigos, y las extravagancias de algunos fanáticos reformistas, el protestantismo seguia extendiéndose á favor de las guerras en que el Emperador se hallaba siempre comprometido. Y aunque se trataba de un concilio general, surtian dificultades para su celebracion, por lo cual se prorogó indefinidamente. Esta morosidad por parte de los católicos daba lugar á que los protestantes fueran ganando prosélitos, como el Rey de Dinamarca, al paso que les eran prorogadas las concesiones de la dieta de Nuremberg, con otras, que no dejaban de menoscabar la autoridad pontificia. Y para más desgracia, el nuevo elector de Sajonia, Enrique, se pasó á su partido, con lo cual dominaban ya desde el Rhin hasta el Báltico.

Institucion de los jesuitas.—Pero este mismo progreso de la nueva secta hizo que entre los católicos naciera una órden religiosa, que, encaminada como exclusivamente á refutar sus disolventes máximas, organizada en sentido enteramente contrario, habia de ser el más fuerte dique contra los embates del

protestantismo: tal fué la célebre institucion de la Compañía de Jesus, fundada por el español San Ignacio de Loyola.

Confirma Carlos sus concesiones á los protestantes.— Aunque en la dieta reunida por Carlos en Ratisbona quedaron católicos y protestantes acordes en algunos puntos, no sucedió así, ni mucho ménos, en los respectivos al dogma, como esencialmente inalterable para los católicos. Por lo cual, descontentos todos y temeroso Carlos de los protestantes, como por otra parte temia un rompimiento con la Francia, y le amenazaba la invasion de los turcos, confirmó á aquéllos todas las prerogativas y concesiones que ántes les tenía hechas (1540).

Desgraciada expedicion a Argel.— Frustradas las negociaciones entre Carlos y el almirante de la escuadra otomana, Barbaroja, para atraérselo en cambio de su reposicion en el reino de Túnez, el Emperador, deseoso de conquistar el reino de Argel, como ya tenía ántes proyectado, determinó marchar en persona con una fuerte expedición de mar y tierra. Desoída la opinion de todos sus generales, los cuales le ponian delante las muchas dificultades que podian sobrevenir, y obstinados en llevar adelante el proyecto, se hizo á la vela al frente de ciento cincuenta naves, bien provistas de todo lo necesario. Pero las borrascas más tormentosas y el temporal más furioso que podia verse, hicieron que se malograra la empresa, y abandonara las playas africanas, despues de grandes pérdidas de gente y embarcaciones. El Emperador, con los que se salvaron, arribó á Cartagena.

Nueva guerra con Francisco I.— Durante esta malograda expedicion, Francisco I, viendo burladas sus esperanza de obtener amistosamente de Carlos el Milanésado, sólo buscaba un pretexto para romper nuevamente las hostilidades. Hallado éste en el asesinato de sus dos emisarios á Venecia, cometido, segun fundadas sospechas, por el Marqués del Vasto, gobernador de Milan, habia hecho grandes preparativos para volver á la lucha. Así es que apénas el Emperador se habia restituido á España, cuando cinco grandes ejércitos franceses, derramándose á la vez por todos lados, se dirigieron á un tiempo hácia el Luxemburgo, España, Brabante, los Países Bajos y la Italia. Pero por más crítica que pareciera la situacion del desgraciado expedicionario de Argel, la celeridad con que por su parte buscó recursos y la fortuna de sus generales, lograron inutilizar los multiplicados esfuerzos de su enemigo.

Continúa la guerra — Suspendidas de hecho las hostilida-

des, cada beligerante se procuraba aliados, no reparando el Frances en llamar nuevamente á Soliman de Turquía, mientras Cárlos, desoída por el Papa su propuesta, se unía con Enrique VIII de Inglaterra (1544). Así preparados, mientras Francisco I conquistaba por su parte el Luxemburgo, Cárlos se dirigía por Italia á Alemania, y despues de oír á los protestantes en Spira, marchó contra el Duque de Cleves, á quien, vencido y humillado, obligó á cederle el ducado de Güeldres.

Sucesos.—Cárlos, concluida la guerra de Güeldres, se dirigió á Francia, y sitió á Landrecy (1544), que no tomó por una estratagema de Francisco. Al mismo tiempo Soliman, en virtud de sus tratos con Francisco, invadía la Hungría y amenazaba la Alemania, y Barbaroja por su parte, despues de recorrer la costa de Italia, unido con la escuadra francesa, sitiaba á Niza.

Ayudan á Cárlos los protestantes.—Malogrado el cerco de Landrecy, el Emperador volvió á Alemania, convocó la dieta en Spira, en la cual, obligado por las circunstancias y á fin de atraérselos contra turcos y franceses, no escaseó concesiones á los protestantes, quienes le prometieron su cooperacion, y declarada solemnemente la guerra á Francisco, le ofrecieron un buen ejército (1544).

Continúa la guerra.—Por su parte Francisco, viendo la tempestad que le amenazaba y quedándose aislado con el Turco, pues hasta despidió á Barbaroja por no inspirarle toda confianza, se confió únicamente al valor de sus franceses, y rompió el primero las hostilidades. Mas aunque el Conde de Enghien derrotó completamente al Marqués del Vasto en la célebre batalla de Cerisoles, el Emperador, rescatado el Luxemburgo y combinado con Enrique VIII de Inglaterra, mientras éste penetraba por la Normandía él lo hacía por la Lorena, resuelto á llegar á París.

Paz de Crespi.—Apurado Francisco, recurrió al extremo medio de devastar el país por donde venian los imperiales, quienes ya estaban á dos jornadas de París, cuando, viendo que no había remedio alguno para ésta, pidió negociaciones de paz. Deseada tambien ésta por Cárlos, cuya atencion llamaban muchos objetos, como los progresos de Soliman en Hungría, de los protestantes en Alemania y el desagrado en que tenía al Papa por haberse aliado con el excomulgado Enrique VIII, vinieron en un arreglo firmado en Crespi (Setiembre 1544) con las condiciones de devolverse mutuamente todo lo conquistado

desde la tregua de Niza, unirse contra el Turco, que Francisco renunciaría los derechos que pudiera tener á Nápoles y Sicilia, al patronato de Flándes, Artois y otros estados; que cedería la Flándes ó el Milanésado á su hija, casada con el Duque de Orleans. En cambio, renunciaría sus derechos á la Borgoña. La muerte del Duque de Orleans dejó sin efecto dicho tratado.

Vuelve Carlos contra los protestantes. — Las continuadas guerras con Francisco I habian sido indudablemente la causa que impidió á Carlos desplegar contra los protestantes toda la energía de que era capaz y que le habia obligado á hacerles concesiones que tanto los envalentonaban, y á cuyo favor tanto habian crecido. Libre ahora de aquellas guerras, trató de volver sus fuerzas contra ellos. Así es que, mientras el Papa, á favor de la paz de Crespi, convocaba el concilio general para Trento (1544), que los protestantes en la dieta de Worms se negaban á admitir, Carlos comenzaba á tomar contra ellos medidas á que no estaban acostumbrados, las cuales y la tregua que ajustaba al mismo tiempo con el Turco, no les dejaban dudar del golpe que les preparaba.

Es condenada la doctrina de los protestantes. — Mientras el concilio de Trento abria sus sesiones, contra las cuales los protestantes publicaban un manifiesto, se reunieron en Francfort los confederados de Smalkalde, aunque por fortuna no reinara entre ellos la union que les convenia. Por su parte el concilio, al mismo tiempo que espiraba Lutero (1546), condenaba el fundamento de su doctrina, no permitiendo otra regla de fe que la autoridad de la Iglesia; y la dieta reunida en Ratisbona declaraba al mismo concilio única autoridad competente para resolver todas las cuestiones religiosas que traian dividida la Alemania. Los reformistas protestan contra esta decision, y desoída por Carlos su pretension de un concilio nacional de la misma Alemania, no quedaba otra solucion que la de las armas.

Guerra con los protestantes: triunfos del Emperador. — Entre tanto el Emperador, unido con el Papa, equipaba armamentos, lo cual visto por los protestantes, firmaron una confederacion, dirigida por el elector Juan de Sajonia y el Landgrave de Hesse; y levantando un numeroso ejército, se aprestaron para resistir. Mas su lentitud en obrar dió lugar á Carlos para reunir sus ejércitos llamados de todos sus dominios, y rotas las hostilidades, las desacertadas medidas de los herejes dieron la ventaja á los talentos militares del Emperador. Contribuyó mucho á los triunfos de ésta la conducta de Mauricio, du-

que de Sajonia, su aliado secreto, aunque protestante, con cuya ayuda atacó al elector de Sajonia, obligándole á distraer así las fuerzas de la confederacion protestante para atender á su electorado con gran ventaja de Cárlos, á quien suavemente fueron rindiéndose todas las ciudades, acabando en medio año con la famosa liga de Smalkalde (1547). Durante esta guerra, el Emperador protestó siempre no tener otro objeto que reducir á los príncipes revoltosos y díscolos del imperio; nunca forzar sus creencias. Distraida la atencion de Cárlos por varios lados, como la seguridad de Italia y la retirada de las tropas del Papa, no marchó contra el Elector de Sajonia hasta la primavera siguiente.

Vence completamente á los protestantes. — Libre otra vez con la muerte de Francisco I (Marzo 1547) la atencion que Cárlos habia tenido que volver á Génova, en cuya conjuracion debió tener gran parte la envidia de aquel monarca por los triunfos de éste, pudo volver en persona á seguir la guerra de Alemania. Incorporado con Mauricio de Sajonia, marcharon ambos contra el Elector, que fué derrotado y hecho prisionero en Mulberg (1547), obligándole á ceder sus estados á Mauricio. Igual suerte cupo al Landgrave de Hesse, quien se le rindió sin resistencia alguna. De esta manera Cárlos quedó dueño de toda la Alemania protestante, cuyas plazas desmanteló. Lo mismo hizo con los reformistas de Bohemia.

El concilio y el Interim. — Vencidos en todas partes los protestantes, Cárlos trató de hacerles reconocer el concilio, y como encontrára en ello dificultades, despues de fuertes contestaciones con el Papa, porque éste se negaba á que los padres del concilio volvieran á tener sus sesiones en Trento, y como amenazára un cisma, hizo promulgar el *Interim*, sistema medio de doctrina, hasta la definitiva celebracion de un concilio tal como se deseaba. Mas como ni católicos ni protestantes le quisieran recibir, Cárlos lo impuso á la fuerza á varias ciudades, llevándolo tambien á los Países Bajos (1549), adonde él se trasladó, llamando allí á su hijo Felipe, á quien habia dejado de regente en España.

Traicion de Mauricio de Sajonia. — Grandes sucesos volvian á llamar la atencion de Cárlos en Italia y Alemania, hasta que, abandonado de la fortuna, ó mejor dicho, envuelto en la más pérfida traicion, viera declinar rápidamente su poder é influencia para luégo sepultarse en el claustro de Yuste. Convocado de nuevo por Julio III (1550) el concilio que en vista de

las circunstancias habia suspendido indefinidamente su antecesor, Cárlos, para hacer reconocer éste y entre tanto imponer el *Interim*, convocó tambien la dieta en Augsburgo. Pero ademas de no acudir muchos á ésta, el duque Mauricio y elector ya de Sajonia, tanto por ser verdadero luterano como por atajar el inmenso poder del Emperador y obtener el título de libertador de Alemania, y tal vez movido tambien por las quejas que toda ésta le dirigia por su anterior conducta, preparaba un golpe completo á su protector Cárlos, decidiéndose por la causa del protestantismo. Disimulando con grande astucia su plan, mantuvo engañado á Cárlos todo el tiempo que necesitó para madurarlo, hasta que, confederado con Enrique II de Francia y algunos príncipes alemanes, se quitó la máscara declarándose jefe de los protestantes (1552).

Tratado de Pasau. — Sorprendido el Emperador y sin tiempo para reunir sus tropas, que tenía diseminadas por todo el imperio, fué obligado á huir como pudo de Inspruk, en donde casi se apoderó de él Mauricio. Y obligado por las circunstancias, el cansancio general de guerra en que se hallaban católicos y protestantes en Alemania, así como la actitud de Enrique II de Francia, vino en un tratado que se ajustó en Pasau entre su hermano Fernando y el mismo Mauricio (Julio 1552). Las principales condiciones del tratado fueron: que dentro de seis meses se celebraria una dieta, en la cual se decidirian todas las cuestiones religiosas, sin que entre tanto se perturbára á unos ni otros en el ejercicio de su religion y culto; y que si la futura dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, la parte del tratado favorable á los protestantes quedaria válida para siempre. De esta manera el protestantismo logró una autorizacion pública y legal, de que siempre habia carecido.

LECCION LXX.

FIN DEL REINADO DE CÁRLOS I.—CONTINUACION DE LA GUERRA CON ENRIQUE II.—NUEVAS GUERRAS CON LOS FRANCESES.—CONTINUACION DE ÉSTAS.—LIBERTAD RELIGIOSA EN ALEMANIA.—DESAVENENCIAS ENTRE CÁRLOS Y EL PAPA.—GUERRA CON DRAGUT EN ÁFRICA.—EL PRÍNCIPE D. FELIPE.—ES ENCARGADO DE LA REGENCIA DE ESPAÑA.—ES TAMBIEN JURADO EN BRUSÉLAS.—SEGUNDA REGENCIA DE FELIPE: SU MATRIMONIO CON MARÍA DE INGLATERRA.—ABDICA CÁRLOS LOS ESTADOS DE FLÁNDES Y ESPAÑA.—TREGUA ENTRE CÁRLOS Y ENRIQUE II: RESULTADO.—RETIRO DE CÁRLOS Á YUSTE.—SU MUERTE.

Continúa la guerra con Enrique II.—Como Enrique II de Francia no hubiera sido comprendido en el tratado de Passau, Cárlos, que miraba como una afrenta el que le hubiera tomado algunas plazas en la Lorena, volvió contra él sus ejércitos bastante numerosos, que habia ido reuniendo contra Mauricio. Pero, obstinado en tomar á Metz, perdió sin fruto alguno treinta mil hombres en el sitio de esta plaza (1652). Al mismo tiempo tenía lugar la sublevacion y guerra de Siena, ciudad italiana protegida del imperio, y la cual, despues de cinco años de lucha, auxiliada por los franceses, hubo de volver al mismo.

Nuevas guerras con los franceses.—Retirado Cárlos á los Países Bajos, desde donde vió con satisfaccion la guerra civil en que se habian envuelto varios príncipes alemanes, y en la cual, aunque vencedor, murió Mauricio (1553), se empeñó en nuevas guerras con los franceses, en las cuales unos y otros se señalaron por sus correrías devastadoras. Tomadas por Cárlos las plazas de Tervera y Herdin, pasó Enrique II en persona á los Países Bajos, donde se mantuvo la guerra con variedad de fortuna. Tambien en la Lombardía el general frances Brisac hacía la guerra al Emperador, aunque reducida á escaramuzas, sin batalla alguna decisiva.

Continuacion de las guerras.—Mas si por una parte habia tanto decaido la fortuna de Cárlos, por otra le elevaba el matrimonio que proyectaba (y se verificó, como veremos) de su hijo Felipe con María, heredera del trono de Inglaterra, cediéndole Cárlos á Nápoles y el ducado de Milan, lo cual no podia ménos de ver con celos Enrique de Francia, ya que no po-

dia impedirlo; por lo que le movió nuevamente la guerra, que se hicieron con variedad de fortuna, incendiando y saqueándose las ciudades que por una y otra parte se tomaban. Entre tanto continuaba también la guerra en Italia, en el Piamonte, sin que el Duque de Alba pudiera rescatar las ciudades que el mencionado general frances Brisac tomó (1555).

Libertad religiosa en Alemania.—En este mismo año la dieta de Augsburgo, bajo la presidencia de Fernando, acordó, según el tratado de Pasau, que los protestantes pudieran profesar libremente su religion y su culto, quedando así establecida la libertad religiosa en Alemania. Había obligado á Fernando á ceder tanto la circunstancia de necesitar á los príncipes alemanes en Hungría, y el tenerlos propicios para el caso de que Carlos insistiera en dejar el imperio á su hijo Felipe.

Desavenencias entre Carlos y el Papa.—Entre tanto había ocupado la silla apostólica Paulo IV, quien, á fin de quitar á Carlos sus provincias en Italia, se había aliado secretamente con Enrique de Francia, precisamente cuando éste acababa de ajustar una tregua con el Emperador por su guerra en los Países Bajos. Este tratado, y lo mal que llevó el Papa la concesion hecha en la dieta á los protestantes, dieron lugar á serios altercados, los cuales terminaron con la abdicacion que á la sazón hizo Carlos de sus dominios, resolviendo retirarse del mundo.

Guerra con Dragut en África.—En medio de tantas guerras como el Emperador venía sosteniendo en Europa, también le obligó á llamar su atención un tal Dragut, quien, digno discípulo del célebre Barbaroja en piratear el Mediterráneo, tenía sembrado el terror en sus costas. Fortificado en la ciudad llamada África, situada á unas veintiocho leguas de Túnez, hacía desde ella sus excursiones, hasta que, decidido el Emperador á destruirle su nido, sitió con grandes fuerzas aquella ciudad, la cual fué por fin tomada, despues de una heroica resistencia, que costó la vida á muchos notables españoles (1550). Dragut, ofrecidos sus servicios al Sultán de Constantinopla, acometió, unido con Sinan, almirante de éste, á Malta (1551), de la cual fué rechazado; pero volviendo sobre la isla de Gozo, se hizo dueño de ella, mientras Sinan se apoderaba también de Trípoli por intrigas de la Francia. Últimamente (1555), también el gobernador moro de Argel se apoderó de la ciudad de Bugía, por la poca resistencia que opuso su gobernador, quien fué decapitado en Valladolid.

El príncipe D. Felipe.—**Sus principios**.—Nacido en Va-

Madrid en 1527, y jurado al año siguiente por príncipe heredero en Córtes de Madrid, mostraba ya á los cuatro años de edad cierta disposicion y talento nada comunes, y á los nueve progresaba en varios estudios, como la doctrina y moral cristiana, aritmética, lenguas, etc. A los doce años perdió á su madre, la inocente Isabel. Desde esta edad el niño Felipe mostraba bastante inclinacion y disposicion á los negocios políticos, así como á que se le guardáran todas las consideraciones de príncipe. Tres años despues fué jurado príncipe heredero por los aragoneses en Córtes de Monzon, á quienes tambien él prestó el juramento acostumbrado en la Seo de Zaragoza.

Es encargado de la regencia de España. — Encargado en esta época de la regencia del reino, miéntras su padre pasaba á Italia y Alemania (1543), y casado con Isabel de Portugal, á la cual perdió al darle á luz su primer hijo el príncipe Cárlos, gobernó con mucha prudencia, no obstante faltarle los principales consejeros que habian sido toda la confianza de Cárlos.

Es tambien jurado en Brusélas. — Llamado por su padre, para que conociera los estados que habia de heredar, acudió (quedando de regente su hermana María) á Brusélas, donde fué reconocido heredero de aquellos estados (1549); mas no pudo lograr Cárlos otro tanto en la dieta de Augsburgo, en donde, al año siguiente, le presentó con ánimo de hacerle heredero del imperio. Concluida la dieta, volvió á España, nombrado otra vez regente de los reinos de Castilla y Aragon. Tambien fué luégo reconocido por los navarros.

Segunda regencia de Felipe: su matrimonio con María de Inglaterra. — Encargado nuevamente y con plenos poderes, de la regencia de Castilla y Aragon, se trató luégo de su nuevo matrimonio con María, heredera del trono de Inglaterra, cuyo enlace, que tanto halagaba á Cárlos y Felipe, por la importancia que éste adquiria, era visto muy celosamente por los franceses, envidiosos siempre de la fortuna de la familia imperial. Tampoco era dicho enlace del gusto de los ingleses, entre quienes habia partidos, que, excitados por la Francia, promovieron algunos disturbios; mas, al fin, las bodas se celebraron (1554), y á pesar de las intrigas de los franceses, no estuvo léjos el príncipe español de ser declarado heredero de aquella corona.

Abdica Cárlos los estados de Flandes y España. — Poco tiempo despues, D. Cárlos, deseoso de dejar la pesada carga de la gobernacion de sus estados, y ya difunta su madre doña Jua-

na, abdicó solemnemente en Felipe los estados de Flándes, haciendo lo mismo, á las pocas semanas, con los de España (Enero 1556). En cuanto al imperio, lo dejó más adelante á su hermano Fernando.

Tregua entre Carlos y Enrique II: resultado. — Mas, ántes de trasladarse Carlos á España, donde habia elegido el punto de su retiro, deseoso de dejar á su hijo la Europa tranquila, ajustó con Enrique II de Francia una tregua de cinco años, la cual fué tan mal llevada por Paulo IV, que excitando al Frances á que continuára la guerra, dió lugar á sérias contestaciones con Felipe, quien mandó á Italia al Duque de Añba con un ejército, si bien al fin ajustaron las paces.

Retiro de Carlos á Yuste (1). — Entre tanto Carlos emprendió su viaje á España, en donde se retiró al monasterio de Yuste, en Extremadura. Aunque aislado de esta manera, no por eso se abstraigo de los negocios de sus estados renunciados, los cuales dirigia desde su celda, sosteniendo diariamente una larga correspondencia con todos ellos. Y léjos de guardar una vida de anacoreta, conservaba una servidumbre numerosa, con cierto aparato, más propio de su clase que de un ermitaño. Ni su mesa era tan sobria como se ha dicho por tantos historiadores, si bien es una verdad, por todos confirmada, que observaba una vida religiosa, confesando y comulgando con frecuencia, y ocupándose en ejercicios de devocion.

Su muerte. — Así continuó en compañía de aquellos monjes, con cuyo prior conversaba frecuentemente acerca de las cosas de la otra vida, hasta que una insolacion le produjo una fiebre, la cual, agravándosele por grados, despues de recibidos con la mayor entereza y devocion los auxilios de la Iglesia, le cortó sus dias, el 21 de Setiembre de 1558.

(1) V. MIGNET.

LECCION LXXI.

REINADO DE FELIPE II (1).

EXTENSION DE SUS ESTADOS.—BATALLA DE SAN QUINTIN.—PAZ EN ITALIA.—VENTAJAS DEL DUQUE DE GUIZA.—BATALLA DE GRAVELINAS.—PAZ DE CHATEAU-CAMBRIS.—MATRIMONIO DE FELIPE II CON ISABEL DE FRANCIA: REGRESO DE AQUÉL Á ESPAÑA.—SITUACION INTERIOR DEL REINO.—RECURSOS EXTRAORDINARIOS.—CÓRTEES EN VALLADOLID.—CASTIGOS DE LOS HEREJES.—OTRAS MEDIDAS CONTRA LA HEREJÍA.—CÓRTEES EN TOLEDO.—DESASTRES DE LOS GELBES.—VICTORIAS EN EL MEDITERRÁNEO.—ESTADO DEL TESORO: CÓRTEES.—**ASUNTOS DE FRANCIA**.—COMIENZAN LAS GUERRAS RELIGIOSAS.—MUERTE DEL REY: GOBIERNO DE CATALINA.—AMENAZA OTRA VEZ LA GUERRA: INTERVENCION DE FELIPE.—SE ENCIENDE LA GUERRA.—CONDUCTA DE CATALINA: EDICTO DE AMBOISE.—NUEVA APERTURA DEL CONCILIO DE TRENTO: DISPOSICIONES DE ÉSTE.—ACEPTACION DEL CONCILIO POR FELIPE II.—FUNDACION DEL ESCORIAL.—REFORMA DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS.—LOS MORISCOS: EDICTOS CONTRA ELLOS.—SUBLÉVANSE EN EL REINO DE GRANADA.—SON SOMETIDOS.—EL PRÍNCIPE CÁRLOS.—BATALLA DE LEPANTO.—ESCASOS RESULTADOS DE ÉSTA.

Extension de los estados de Felipe II.—Recibidos uno tras de otro los estados de su padre, aunque exceptuando el imperio de Alemania, Felipe II se halló en posesion de la más poderosa monarquía del Mundo, acerca de la cual, como extendida hasta los últimos límites de ambos hemisferios, bien podia decir aquellas célebres palabras: «Nunca se pone el sol en mis dominios.» Heredero de tan vastos estados, agregados por su padre y abuelo, recibió tambien con ellos aquella energía de carácter y aquel vigor para las empresas, á que su antecesor, en quien aún corria la sangre de los reyes de Aragon, habia debido sus glorias.

Batalla y toma de San Quintin.—Hemos visto como Cárlos, ántes de cederle sus estados á Felipe, deseoso de dejárselos en

(1) Prescott, D. Evaristo San Miguel, Weis, Eugenio de Tapia, Don Modesto Lafuente y Antonio Cabanillas.

paz, habia ajustado con Enrique II una tregua, y los altercados á que ésta dió lugar con Paulo IV. Continuando otra vez la guerra con el mismo Enrique II, mientras éste mandaba á Italia al Duque de Guisa con un ejército que no pudo hacer nada, Felipe, que se hallaba aún en los Baíses-Bajos, determinó hacer tambien la guerra á Enrique por aquella frontera, y puesto sitio á San Quintin, punto interesantísimo para la defensa de la Francia en aquella parte, derrotados completamente los franceses que iban á levantar el cerco, la ciudad cayó en su poder.

Paz en Italia.—Llamado de Italia el Duque de Guisa por Enrique II, y reducido Paulo IV á sus propios recursos, vino en tratos de paz con Felipe II, la cual éste le otorgó tan ventajosamente para él como si hubiera sido vencedor.

Ventajas del Duque de Guisa.—Encargado el Duque de Guisa de la guerra en la frontera del Norte, dictó tan acertadas medidas, que se apoderó con facilidad de la plaza de Calais (1558), único resto de las antiguas posesiones inglesas en Francia, y tambien de Guines y del castillo de Ham.

Batalla de Gravelinas.—Pero si Felipe no podia impedir estos desastres por su escasez de recursos desde la toma de San Quintin, la pérdida de Thionville y de Dunquerque, en la siguiente campaña del Duque de Guisa, atormentaron tanto su ánimo y encendieron tanto la ira del Duque de Saboya que, reuniendo el ejército que pudieron, y atacado el Conde de Termes cerca de Gravelinas, fué éste completamente derrotado á favor de la ayuda que á la sazón pudo prestar la escuadra inglesa, que llegó á tiempo (Julio 1558).

Paz de Chateu-Cambrises.—Este desastre de las armas francesas obligó al Duque de Guisa á acudir con buen ejército para vengarlo; pero no era menor el que habia preparado Felipe. Mas cuando ya llegaba el caso de darse la batalla decisiva, los dos ejércitos la rehusaban, temerosos ambos soberanos de aventurar su suerte futura á la de las armas en un dia. Por lo que, entrando en negociaciones, se llegó á ajustar la paz en Chateu-Cambrises, bajo las condiciones, entre otras, de devolverse las conquistas hechas (1559).

Matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia: regreso de aquél á España.—Durante las conferencias de esta paz habia muerto la reina María de Inglaterra, esposa de Felipe II. Sucedióle su hermana Isabel, quien comenzó luego á manifestar su tendencia en favor de los protestantes; por cuya razon,

desistiendo Felipe de su matrimonio con ella, y conviniendo á la paz el que casára con Isabel, hija de Enrique II, se ajustó este enlace, cuyas bodas se celebraron en París con gran júbilo, aunque con el sentimiento de todos por la muerte de Enrique II, que tuvo lugar en un torneo. Felipe, arreglados los asuntos de los Países-Bajos, cuyo gobierno dejó encargado á su hermana Margarita, Duquesa de Parma, se hizo á la vela para España, adonde arribó el 8 de Setiembre de 1559.

Situación interior del reino.—Mientras de la manera que acabamos de ver, las armas españolas se cubrían de gloria en San Quintin y las Gravelinas, el estado interior de España era bastante lastimoso. Continuando en el hijo las guerras que habian llenado todo el reinado del padre, la España seguía siendo tambien el país de donde se sacaban los recursos para sostenerlas. Y por más que diariamente recibiera grandes sumas de Indias, todo era insuficiente á subvenir á tan grandes necesidades; así era que la agricultura, el comercio y todas las profesiones se iban resintiendo más por cada día.

Recursos extraordinarios—No alcanzando, pues, las rentas del Estado á tantos y tan enormes gastos, se hizo necesario acudir á toda clase de recursos extraordinarios, tales como la venta de hidalguías á toda clase de personas; de jurisdicciones perpétuas, terrenos de baldíos de los pueblos, y otras por este género; pedir empréstitos forzosos, etc., y hasta tomar la mitad de las rentas de las iglesias de España; medida que, si bien el papa Julio II habia ántes concedido á Carlos, esta concesion habia sido revocada. Mas ni todos estos recursos, y otros que omitimos, poco en armonía con las buenas costumbres, fueron bastante á sacar de su apuro al Consejo de Hacienda ni al Rey; por lo que, tambien se echaba mano de las remesas que venian de Indias para los particulares, con gran detrimento del comercio y de los intereses individuales.

Córtes en Valladolid.—En las Córtes celebradas en Valladolid (1558), primeras de este reinado, despues de las peticiones con el fin de asegurar la dinastía, se hicieron várias otras, unas, encaminadas á aminorar los gastos de la real casa, otras, á la revocacion de las medidas extraordinarias de que se habia echado mano para obtener recursos pecuniarios, con algunas medidas económicas, relevacion de impuestos, etc. No se echó en olvido el hecho de haberse apoderado el Estado de las cantidades que venian de Indias para particulares, contra lo cual se protestó con mucha energía. Ultimamente en las mismas Córtes

tes se trató también de la igualación de pesos y medidas, conservación de plantíos, etc.

Castigos de los herejes (1).—También en España había penetrado el espíritu innovador, que tantos estragos acababa de causar en Alemania, dejando quebrantado el poder del emperador Carlos V. Presentes, como no podía ménos de tenerlas el ex-emperador, las guerras que aquella herejía le había hecho sostener, no debe extrañarnos que, aparte de su celo por conservar íntegro el dogma católico, aconsejara á su hijo, desde su retiro de Yuste, el que usara de todo rigor dable contra los que en España parecieran afectos á aquellas doctrinas. Cuyos consejos, y la experiencia propia del mismo Felipe, eran bastantes á mover á éste para que excitara á los inquisidores á que desplegaran todo el rigor, que pronto dejaron ver en los autos de fe que tuvieron lugar en Valladolid y en Sevilla (1559). Durante estos fuertes castigos de la Inquisición había Felipe llegado á España.

Otras medidas contra la herejía.—No creyendo suficientes estos ejemplos de rigor para exterminar totalmente los gérmenes de la herejía en España, é impedir que volviera á penetrar en ésta, Felipe dió en Aranjuez una pragmática, en cuya virtud prohibía á todos sus súbditos ir á estudiar, enseñar ni aprender en ningun establecimiento extranjero, debiendo restituirse en el término de cuatro meses cuantos á la sazón se halláran en este caso. Esta determinación, si por una parte apartaba á España del movimiento científico y literario general de Europa, por otra debió de contribuir muchísimo á que, librándonos de la herejía, conserváramos á través de ésta la unidad católica.

Córtes en Toledo.—En estas Córtes, celebradas en 1560, se pidió al Rey, entre otras cosas, varias reformas suntuarias y económicas, como la supresión de aduanas entre España y Portugal; que no se cesara en la empresa de la recopilación de las leyes, con otras relativas á la vagancia y á asegurar las fronteras del reino.

Desastre en los Gelbes.—Entre tanto, los turcos y piratas berberiscos del Mediterráneo amenazaban las islas de este mar,

(1) V. Dr. Jaime Balmes, *El Protestantismo*.—D. Adolfo de Castro, *Los Protestantes españoles*.

causando horribrosos estragos en las costas. Contando Felipe II con la orden de San Juan de Jerusalem, ordenó una expedición que hostilizara en cualquier parte á turcos y berberiscos, la cual se apoderó de la isla de los Gelbes, de triste recuerdo para España, y que, no ménos fatal en esta ocasion, volvió á poder de los turcos, con mucha pérdida de españoles (1560).

Victorias en el Mediterráneo.—Alentado el rey de Argel, Hasen, con la derrota de los Gelbes, proyectó apoderarse de Orán y Mazalquivir. Apercibido de ello Felipe, dispuso contra él una escuadra, que pereció casi toda por las borrascas. Animado el Argelino, redobló sus esfuerzos y puso sitio á Mazalquivir (1563), el que hubo de levantar, obligado por otra escuadra nuestra. También el Peñon de la Gomera, perdido en 1552, y desde entónces centro de piraterias, fué ahora rescatado (1564). Finalmente, al año siguiente (1565), apurados los caballeros de Malta por los turcos, Felipe mandó en su auxilio una expedición, que obligó á éstos á retirarse.

Estado del Tesoro. Córtes en Madrid y en Monzon.—A pesar de las enormes cantidades que continuaban viniendo de Indias á España, los excesivos gastos del Estado y la casa real (montada á estilo de Borgoña) dejaban un notable *déficit* en los presupuestos. Apurando todos los medios para cubrir éste, el Consejo de Hacienda propuso la venta de vasallos y jurisdicciones, contra cuya medida, y proponiendo otras económicas, aunque no fueron oídas, levantaron su voz las Córtes celebradas en Madrid en el año 1563. Pero ya que no se oyeron aquellas proposiciones, en cambio se dictaron otras medidas, fundadas en los errores económicos de la época, prohibiendo la extracción del oro y plata, ganados y cereales, productos industriales ó del suelo, con otras, encaminadas á reprimir ó moderar el lujo en los trenes y menaje, en los trajes y en los banquetes, ó sea con medidas represivas del comercio. Siguiéronse á éstas otras Córtes de aragoneses, celebradas en Monzon, en las cuales obtuvo el Rey un servicio.

ASUNTOS DE FINANZA.—Muerto Enrique II de Francia, le había sucedido su hijo, el débil Francisco II, casado con María Stuard, sobrina de los hermanos de Lorena, el Cardenal y el Duque de Guisa, muy acreditado éste como general. Como la Reina madre, Catalina, deseosa de ejercer sobre el hijo aquel influjo que no había podido sobre su esposo Enrique, no pudiera evitar el valimiento de los tíos sobre su sobrino el Rey, ántes, temerosa de que la sustituyeran á ella, trató de suscitarles

rivales en el Condestable de Montmorency, sus sobrinos el de Chaquillon, el Almirante Coligny y Danderot, todos más ó ménos adictos á las doctrinas reformistas, que se habian ido introduciendo en Francia. Elevados los de Lorena, á superintendente del reino el Cardenal, y á lugarteniente general del ejército el Duque, se resintieron los príncipes de la Sangre, esto es, el Cardenal de Borbón, Antonio, duque de Vendome, que se titulaba rey de Navarra (por estar casado con Juana Albrit), y el Príncipe de Condé, á quienes se agregaron el Duque de Montpensier y el Príncipe de la Roche-Sur-Yion.

Comienzan las guerras religiosas. — Así las cosas, cuando un edicto de los Guisas, que afectaba á los intereses de la nobleza y la apartaba del Monarca, hizo que muchos nobles se unieran á los protestantes franceses, calvinistas los más, pero todos llamados hugonotes, que, perseguidos por los católicos, conspiraron contra los Guisas, como autores de la persecucion de los herejes. Ahora bien: unidos hugonotes y nobles, atacaron el castillo de Amboise, adonde habia sido llevado el Rey; pero defendido éste por los suyos, corrió la sangre de los herejes. Era jefe secreto de los tumultuarios el Príncipe de Condé.

Muerte del Rey. Gobierno de Catalina. — Convocados los Estados generales en Orleans, fueron presos el Rey de Navarra y Condé, quienes lo hubieran pasado mal, á no haber sobrevenido la muerte del Rey, sucediéndole su hermano, Carlos IX, de diez años de edad, sobre quien Catalina pudo ejercer toda la influencia que deseaba, pues sólo queria mandar, importándole poco la causa de los protestantes ni de los católicos; por cuya razon era tolerante con todos. Condé fué declarado inocente, miéntras el Condestable y sus sobrinos pedian á Catalina el destierro de los Guisas, á lo que no podia acceder.

Amenaza otra vez la guerra.—Intervencion de Felipe II. — Formóse, por último, el triunvirato del Duque de Guisa, Montmorency y el Condestable San Andres (1561); y decretadas penas por el Consejo de Estado contra los herejes, amenazaba una guerra civil, que no estalló por la repentina, aunque simulada, reconciliación entre Guisa y Condé, jefe de los protestantes. Entre tanto, á pesar de los esfuerzos de la astuta Catalina por mantener el equilibrio entre católicos y herejes, comenzaban á notarse síntomas de tumultos, y el clero frances, que no tenía mucha confianza en aquella voluble mujer, volvió la vista á Felipe II de España, el campeón del Catolicismo en Europa, quien ya se adelantaba á los deseos de los ca-

tólicos franceses. Entre tanto Catalina, aconsejada por L'Hospital, concedía á los herejes el edicto de 17 de Enero de 1562, permitiéndoles cierta libertad en los pueblos rurales.

Se enciende la guerra. — En tal estado las cosas, Antonio de Borbon, creyendo así sacar partido de Felipe, se hizo católico, y obtuvo la lugartenencia del reino, mientras su hermano el de Condé era jefe de los hugonotes. Precipitada por la matanza de Vasi la guerra que se venía preparando, toda la Francia era un incendio. Los católicos recibían socorros de España, Suiza y Alemania, y los protestantes, de ésta é Inglaterra. Muere Antonio de Borbon hecho ya jefe de los católicos. Llegando á las manos ambos ejércitos en Dreux, despues de una accion mortífera, triunfaron primero los protestantes, á quienes el Duque de Guisa arrancó la victoria, haciendo prisionero á Condé. Montmorency fué tambien prisionero de los protestantes. Muere el de Guisa en el sitio de Orleans, ciudad de éstos.

Conducta de Catalina. — Edicto de Amboise. — La Reina, haciendo un esfuerzo por conciliar los partidos, consiguió se concediera á los protestantes el edicto de Amboise (Marzo, 1563), que permitía el culto reformado en las aldeas y castillos de los nobles, lo que la valió su influencia sobre todos. Pero visitando Catalina, en compañía de Cárlos IX, ya declarado rey, las provincias de Mediodía, y convencida del estado católico en que se encontraba la Francia, comenzó á modificar aquel edicto y á cercenar las concesiones á los protestantes. En este viaje tuvo una entrevista con la Reina de España y el Duque de Alba, quien, dicen, le aconsejó mucho rigor con aquéllos (1564).

Nueva apertura del concilio de Trento. Disposiciones de éste. — Reunido nuevamente el interrumpido concilio de Trento (1562), al cual fueron admitidos, con salvo conducto, los protestantes que quisieran asistir (y aún cuantos vivían fuera de la comunión católica), se celebraron, en los dos años que duró, sesiones solemnes, en las cuales compiten por su sabiduría é importancia todas sus declaraciones y decretos, tanto en lo referente al dogma, como á la disciplina eclesiástica y reforma de costumbres. Fueron condenadas las herejías reinantes, y se dictaron reglas seguras á que atenerse las creencias en los puntos esenciales de la religion; todo lo cual, y las utilísimas reformas que se dictaron, hacen indudablemente que esta asamblea sea la más importante de aquel siglo.

Aceptacion del concilio por Felipe II.—Aceptado por Felipe II sin reserva alguna el concilio, le mandó guardar, cumplir y ejecutar como ley del Estado en todos sus dominios. Lo mismo vinieron á hacer los demas estados católicos, excepto Francia, que no admitió algunas decisiones de disciplina. En todos los períodos de este célebre concilio figuraron mucho por su elevado saber los prelados, teólogos y jurisconsultos españoles, como fray Bartolomé Carranza, Melchor Cano, Arias Montano, Alfonso Salmeron, fray Alfonso de Castro, los dos Sotos, etc.

Fundacion del Escorial.—Por este tiempo fué cuando Felipe II comenzó (1562) la obra del monasterio de San Lorenzo del Escorial, segun tenía proyectado, en memoria de la victoria de San Quintin, alcanzada en el mismo dia en que la Iglesia celebra la memoria de aquel santo mártir. Al mismo tiempo que un monumento para atestiguar su grandeza, su fundador quiso que fuera un lugar en donde dia y noche se cantáran alabanzas al Dios de los ejércitos, que habia conducido los suyos á la victoria. Respecto á la eleccion del sitio, prefirió, conforme á su carácter tétrico y meditabundo, un lugar cuya melancólica frondosidad le hiciera á la vez propio para que resonáran los cánticos de sus monjes, y para que, sirviéndole á él de morada, pudiera entregarse con más expansion á los negocios del Estado, á la vez que á sus prácticas religiosas. En su virtud, determinó levantarlo en la mitad de la falda de montes que salen del Guadarrama, á ocho leguas de Madrid, y á donde el viajero acude á contemplar la ántes llamada *octava maravilla del mundo*.

Reforma de las comunidades religiosas.—Pero, no solamente de esta manera manifestaba Felipe II su piedad religiosa, sino que tambien, despues de hacer que los restos del mártir San Eugenio fueran trasladados de Burdeos á Toledo (2565), promovió, estimulado por las Córtes del reino, y llevó adelante la reforma de las comunidades religiosas de ambos sexos, cuya disciplina se hallaba algun tanto alterada; todo consultándolo, y prévia la vénia de Su Santidad, á quien da ba siempre toda muestra de sumision, aunque respecto al *regium exequatur* tuvieron algunas contestaciones.

Los moriscos: Edicto contra ellos.—Como los moriscos, forzosamente convertidos al cristianismo, continuáran celebrando en secreto las ceremonias de su antiguo culto, el gobierno de Felipe II, con el fin de hacerles olvidar todos los re-

cuerdos de su antigua religion, dió un edicto que les prohibia el uso de los baños, los trajes y nombres mahometanos, la lengua árabe, y que pudieran casarse entre sí y trasladarse de un pueblo á otro sin licencia.

Sublévase en el reino de Granada.—Desoidas sus representaciones contra este edicto, trataron de hacer una sublevacion general, ilusionándose hasta con la restauracion del reino de Granada. Dirigidos por D. Fernando del Válor, cambiado su nombre en Aben-Humeya, y frustrada (1567) una tentativa de apoderarse de la ciudad de Granada, estalló, no obstante, la sublevacion en las villas y lugares del mismo reino. No es de este escrito enumerar las crueldades que en su frenética barbarie cometieron contra los cristianos de todas edades y sexos, cebándose con especialidad en los eclesiásticos. Baste decir que fueron muchos millares los que, sufriendo la muerte con la mayor resignacion ántes que abjurar su fe, fueron á aumentar en el cielo el número de los mártires del cristianismo.

Son sometidos.—Formalizada la rebelion, y acudiendo contra ellos los marqueses de Mondéjar y de los Vélez, se hizo la guerra con variedad de fortuna, aunque llevando generalmente los cristianos la ventaja. Pero las crueldades que tanto unos como otros cometian con los vencidos, y la poca fe que se guardaban en sus promesas y capitulaciones, exasperaron doblemente á los moriscos, teniendo Felipe que mandar á dirigir las operaciones á su hermano D. Juan de Austria, quien, con su especial táctica, al fin los sometió.

El príncipe Carlos.—Durante esta guerra tuvo lugar en la familia real el triste episodio de la prision verificada por su padre en el príncipe Carlos, jóven estúpido, y al parecer de extraviadas facultades intelectuales; pero que, sin embargo, ambicioso del gobierno de los Países-Bajos, se sospecha entró en relaciones con los herejes, etc., etc. Por todo lo cual, y otras razones que debió tener Felipe, le redujo á prision, en la cual murió por sus desarreglos (1568) (1).

Batalla de Lepanto.—Apénas acababa de someter D. Juan de Austria á los moriscos, cuando recibió el mando de la escuadra española en la liga que contra el Turco se acababa de formar entre el Papa, Venecia, los caballeros de Malta, Gé-

(1) V. Mouri y D. Cayetano Rosell.

nova y España. Habian ya precedido algunas operaciones sin grandes resultados para los coligados. Pero reunida desde ahora en Mesina una formidable armada, resuelta á ir en busca del Sultan, despues de várias maniobras, se encontraron por fin ambas escuadras enemigas en el golfo de Lepanto (7 Octubre 1572), en donde tuvo lugar aquella tan célebre como sangrienta batalla naval, que al fin quedó por los cristianos. Desde entónces, aunque poderosos todavía los turcos, su poder en los mares quedó quebrantado. Aunque la gloria de esta victoria no perteneciera exclusivamente á D. Juan de Austria, quien hizo poco más que pelear como un valiente, no obstante la Europa entera le saludó como á su libertador.

Escasos resultados de ésta.— Sin embargo, el fruto de esta victoria, ni de la liga contra el Turco, no fué lo que era de esperar, pues desde entónces, poco acordes los ligados, y guiados por diversas miras, dieron lugar á que el Sultan se repusiera de sus desastres, y aunque al año siguiente volvieron á romper las hostilidades, la falta de uniformidad y el desacuerdo en las operaciones hacian inútiles todos los pasos, hasta que, cansado D. Juan de Austria de tanta intriga, se retiró á Italia. Y aunque D. Juan de Austria y Felipe II estaban en volver al año siguiente, la paz sumamente bochornosa que, atentos sólo á sus miras, ajustaron con el Sultan los venecianos, todo lo malogró, y la liga quedó disuelta. Don Juan de Austria pasó á la costa de África, y tomadas Túnez y Biserta, se volvió á Nápoles.

LECCION LXXII.

FLÁNDES.—ORÍGEN Y CAUSA DE LA REBELION.—COMPROMISO DE BREDÁ.—NUEVAS MANIFESTACIONES.—CONDUCTA DE LA GOBERNADORA.—CONDUCTA DE FELIPE.—EL DUQUE DE ALBA: SUS PRIMEROS HECHOS.—RESULTADOS.—RIGORES DEL DUQUE DE ALBA.—CONTINÚA LA GUERRA.—LUIS DE REQUESENS.—MAL ESTADO DE LAS COSAS.—D. JUAN DE AUSTRIA.—ESCASAS VENTAJAS DE D. JUAN.—SU MUERTE.—ALEJANDRO FARNESIO.—SE ENTREGAN LOS REBELLES AL DUQUE DE ALENZON.—TOMA DE AMBÉRES POR FARNESIO.—AUXILIOS DE INGLATERRA Á LOS SUBLEVADOS.—QUEJAS DE FELIPE II CONTRA ISABEL DE INGLATERRA.—APRESTA LA ESCUADRA INVENCIBLE.—ELECCION DE SU JEFE.—PARTIDA DE LA ESCUADRA.—PRIMEROS DESASTRES.—NUEVOS DESASTRES.—RESULTADOS.

FLÁNDES.—*Origen y causa de la rebelion.*—De la misma manera que Carlos, cuando vino la primera vez desde Flándes á España, trajo consigo sus flamencos y costumbres de aquel país, Felipe II, al ir en caso análogo á Flándes, llevó sus españoles, con sus hábitos, lengua, etc.; y el mismo resultado que produjo la conducta de aquél (las comunidades), al ausentarse de España, produjo la de Felipe cuando éste dejó á Flándes. Además, había Felipe cercenado sus libertades, creado nuevos obispados, que domináran el poder de los nobles, mientras, por otra parte, les había establecido una especie de inquisicion, á la cual temian mucho, porque estaban bastante contaminados de la herejía. Por otra parte, los nobles, que tanto habían ayudado á Felipe en sus guerras contra la Francia, se hallaban descontentos, ó porque no les dejaba provincias que gobernar, ó porque les había remunerado poco. Fué uno de estos descontentos Adolfo de Nasau, príncipe de Orange, quien, por sus muchos servicios, pretendia todo el gobierno del país. Todas estas causas, y lo mal vista que era la influencia del cardenal Granvela acerca de la Gobernadora la princesa Margarita, hacian que los ánimos se fueran preocupando, al paso que Guillermo de Orange, ya casado con una hija de Mauricio de Sajonia, mantenía correspondencia con los protestantes. Por más que Felipe fuera avisado del estado de efervescencia en que se iban poniendo los ánimos, terco en seguir la marcha comenzada, mientras Margarita, obedeciendo sus órde-

nes, hacía ejecutar algunos herejes, comenzaron algunas manifestaciones populares, que hacían prever resultados siniestros.

Compromiso de Breda (1565).—Conmovido nuevamente el país desde la publicación del concilio de Trento, Felipe, á pesar de las advertencias del Conde de Egmont, que había venido á Madrid con este objeto, volvió á recomendar á Margarita que continuára sus rigores. Y por más que ésta pintaba al vivo á Felipe el estado del país y lo imposible de plantear los rigores de la Inquisición, siempre el Rey inexorable, se formó una liga, llamada *compromiso de Breda* (en esta ciudad) *y de la noble union*, porque los ligueros se juraron mutuamente oponerse con todas sus fuerzas á la Inquisición y edictos de Felipe, aunque varios de ellos se propusieran también otros fines. Compuesta la liga casi toda de nobles, expuso á la Regente que fuera abolida la Inquisición y retirados los edictos, etc.

Nuevas manifestaciones.—Ofrecióles Margarita lo que pedían, pero reservándose consultarlo con Felipe, á quien mandó al Conde de Verghes, exponiéndole lo que pasaba. Mas Felipe, por indecisión ó por cálculo, retardaba la respuesta ó contestaba en un sentido vago, mientras, cundiendo las manifestaciones al pueblo y en todas partes, se formaban juntas en todas las poblaciones, se predicaban descaradamente en ellas las doctrinas luteranas, y se saqueaban y destrozaban iglesias, conventos, etc.

Conducta de la Gobernadora.—En vista de tanto desorden, y abrumada por las exigencias, Margarita, cediendo á la necesidad (Agosto 1566), publicó un edicto permitiendo á los protestantes no incomodarles en el ejercicio de su culto, mientras el Rey, en la reunión de los estados generales no determinara otra cosa.

Conducta de Felipe.—Mas las dilaciones de Felipe, no obstante las apremiantes cartas de su hermana, dieron lugar á que, tomando cada día cuerpo la insurrección, los herejes buscaran varios príncipes que les prometieran ayudarles, dado el caso de romper abiertamente con su soberano, quien ya les mandaba al Duque de Alba.

El Duque de Alba: Sus primeros actos.—Mandado el Duque de Alba con amplios poderes y buen ejército, fué su primer acto prender á los duques de Egmont y de Horn; y, nombrando luego un consejo ú comisión investigadora, comenzó ésta sus trabajos haciendo dar muerte á los dos duques por no haber sido bastante rígidos en los pasados alborotos.

Resultados.—Este proceder, desplegado por el Duque de Alba con los protestantes en general, y sobre todo con los dos mencionados duques, excitó la indignacion general en Europa, y más en los mismos Países Bajos, los cuales, volviendo los ojos á Guillermo de Orange, que ya se preparaba para la guerra, le llamaban como al único que podía libertarles. No deseaba otra cosa el de Orange, quien acudió con su hermano y las tropas reclutadas de alemanes y emigrados flamencos. Pero cediendo á la disciplina de las tropas españolas y la táctica de su general, hubieron de huir ambos hermanos, abandonados de su reducido ejército.

Rigores del Duque de Alba.—Mas los rigores que el de Alba desplegó contra todos los que habian tomado parte en la rebelion y los afectos á ella, muchas veces sin respetar las formas legales, produjeron un terror y descontento tan generales, que comenzando nuevamente la emigracion de los protestantes, el país se vió privado de la clase más industrial, la cual era acogida en Inglaterra por Isabel. Por otra parte, las cargas que, sin respetar tampoco las formas dictadas por las leyes del país, imponia á los pueblos, dieron ocasion á que el príncipe Guillermo, aprovechando tan favorables circunstancias, reuniera nuevo ejército y se preparara para otra nueva campaña.

Continúa la guerra.—Efectivamente, ayudados los rebeldes por Isabel de Inglaterra, tomaron la ciudad de Brille, á la que siguieron las sublevaciones de otras muchas de Zelanda y de toda la Holanda propia, ménos Ambéres, con algunas del Mediodía. Pero aunque fué aquí vencido el de Orange en el sitio de Mons, y en general triunfaban las armas españolas, no así en el Norte, donde juntándose todos los estados de Holanda en Dort, reconocieron en acto público por gobernador á Guillermo de Orange. Entre tanto, así protestantes como católicos, cometian las mayores atrocidades con los vencidos, hasta que, desconfiándose en Madrid del Duque de Alba, fué relevado por Luis de Requesens. Continuaba la guerra, en general desfavorable, y aunque las armas españolas sujetaban algunas ciudades sublevadas, léjos de abatirse los protestantes, ántes uniéndose más cada dia, parecian una potencia en armas contra otra.

Luis de Requesens.—Reemplazado el Duque de Alba por D. Luis de Requesens, aunque los talentos militares de éste le hicieran digno de aquella comision, bien por usar con los

enemigos cierta suavidad ó blandura, que ellos creyeron hija de la debilidad, bien porque las cosas hubieran llegado á un estado tan fatal, es lo cierto que, si bien sus ejércitos alcanzaron algunas ventajas, tambien sufrió pérdidas, las cuales y las sublevaciones de sus tropas por faltarles las pagas, hicieron infructuosos sus planes y operaciones, por lo cual, dicen murió luégo de pesar.

Mal estado de las cosas. — La muerte de Requesens y el mal estado en que por cada día se fueron poniendo las cosas, ya por falta de jefe, ya por las nuevas sublevaciones de nuestras tropas, siempre por los atrasos en las pagas, no podian ménos de reanimar al de Orange, quien, ora por sí mismo, ora por emisarios, inducia á las várias provincias á formar una confederacion contra su rey, como lo logró en parte con la pacificacion de Gante. Tal era la situacion de los Países Bajos cuando se nombró para aquel gobierno á D. Juan de Austria.

D. Juan de Austria. — Desde la pacificacion de Gante venian unidas á las provincias rebeldes ó luteranas las católicas que permanecian fieles á España, y el Príncipe de Orange, reconocido gobernador de aquéllas, que ya parecian estado independiente. Se habia estipulado en esta pacificacion echar las tropas extranjeras, conservar la religion católica y la obediencia á S. M. (1). Mas D. Juan de Austria, aunque en un principio entró en tratos con los estados y ratificó esta paz en el edicto perpétuo que se publicó en Brusélas en 17 de Febrero 1577, el de Orange fué el primero que faltó á lo pactado, instigando á los estados á que no lo cumplieran. Por lo cual D. Juan de Austria se refugió en Namur (Julio), y participó al Rey el estado de las cosas, esperando órdenes. Conociendo bien el de Orange su situacion y estas dificultades, hizo que se nombrára gobernador general al Archiduque de Austria Matías, quien, encargado del gobierno, puso en crítica situacion á D. Juan, que protestó, como era natural, contra esta eleccion, desaprobada tambien en Madrid. Por lo cual y la incapacidad del mismo Matías, que tampoco era de esperar se pusiera en abierta lucha con España, los estados nombraron gobernador al Duque de Anjou, hermano de Enrique III de Francia.

(1) V. D. BERNARDINO MENDOZA, *Comentarios*.

Escasas ventajas de D. Juan.—Su muerte.—Aceptó Anjou el gobierno, con alguna proteccion de parte de Isabel de Inglaterra (que meditaba la separacion de aquellos países de la corona de España), y aunque D. Juan de Austria, firme en sostener sus derechos, reunió un mediano ejército y batió á los confederados, tomándoles varias ciudades, la ya decidida proteccion de Isabel á éstos, no le dejó alcanzar ventajas decisivas. Estos sucesos y la desconfianza que Felipe II tenía de su hermano D. Juan, y la falta de socorros que pedia éste á Madrid, así como la muerte de su secretario Escobedo, produjeron en D. Juan una enfermedad, que le quitó la vida á los treinta años de edad. En su lugar fué nombrado Alejandro Farnesio.

Alejandro Farnesio.—Estado de aquellas provincias.—A pesar de los esfuerzos del Duque de Parma, Alejandro Farnesio, jóven de excelentes cualidades, la situacion de aquellas provincias se puso en un estado lamentable. Apénas tres de ellas obedecian á España, si bien los rebeldes se hallaban desunidos en materia de religion y gobierno y reducidos á sus propios recursos. Aunque Farnesio, aprovechando estas circunstancias, consiguió sobre ellos no pocas ventajas, ya con las armas, ya con su política (convenio de Arras, 1579), Orange, por su parte, provocó una confederacion entre las provincias de Holanda, Zelanda, Utrech, Güeldres, Frisia, Brabante y Flándes, que fué el fundamento de la república Holandesa.

Se entregan los rebeldes al Duque de Alenzon.—Pero no por esto era ventajosa la posicion de los rebeldes, pues continuando la guerra con ventaja para los españoles, aquéllos ofrecieron su soberanía al Duque de Alenzon, hermano del rey de Francia, quien la aceptó. Mas si bien Alenzon acudió con un ejército y tomó algunas plazas, los católicos volvieron á adquirir ventajas, sobre todo desde que Felipe II les mandó las tropas que habia empleado en Portugal (1582). Pues á favor de este refuerzo y de las disidencias que reinaban entre los rebeldes por la ambicion del Duque de Alenzon, Farnesio siguió ocupando plazas (Dunquerque, Nieoupur, etc.), apurando más por cada dia á los enemigos, cuando ocurrió la muerte del de Alenzon y luégo la del de Orange, víctima de un asesinato.

Toma de Ambéres por Farnesio.—A pesar de la decadencia en que iban y de este último desastre, los rebeldes, á todo dispuestos ántes que volver á la obediencia de Felipe II, despues de rehusarles su soberanía Enrique III de Francia, á

quien la ofrecieron, continuaban por sí solos la guerra, cuando decidido Farnesio á darles el último golpe, se propuso tomarles la importantísima plaza de Ambéres, como lo consiguió despues de un sitio de los más célebres de la historia (1585).

Auxilios de Inglaterra. — Pero en medio de tan crítica situación y convencidos de la imposibilidad de sostenerse por sí solos, ofrecen ahora su soberanía á Isabel de Inglaterra, quien si bien no la aceptó por los compromisos en que podia envolverla, les mandó un socorro con el Conde de Leicester, su favorito (1586). Pero inepto el Conde inglés bajo todos conceptos para la empresa, no impidió que Farnesio continuára tomando plazas (Grave, Venloó, Nuis), y á favor de las disidencias que, como ántes con los franceses, existían ahora entre los rebeldes y sus auxiliares los ingleses, continuára adquiriendo tantas ventajas, que Leicester fué llamado á Inglaterra, totalmente desprestigiado.

Quejas de Felipe II contra Isabel de Inglaterra. — Difícil era que Felipe II, aspirante al título de protector general de los católicos, dejára de tomar alguna fuerte medida contra Isabel de Inglaterra, quien, además de haberse declarado por la causa del protestantismo en general, acababa de auxiliar á los insurrectos de los Países Bajos. Mas aunque este hecho legitimára por sí solo cualquiera medida contra aquella mujer, no era, sin embargo, más que uno de tantos motivos que de justa queja tenía contra ella el monarca español.

Aprestos de la escuadra. — Decidido Felipe II á tomar venganza, sobre todo desde la trágica muerte de su protegida Maria Stuard, ordenada por Isabel, comenzó á hacer aprestos marítimos en todos los puertos de su imperio, y á los pocos meses flotaba ya majestuosa frente las bocas del Tajo la más grande escuadra que habia surcado los mares, como esperando la orden del Soberano para marchar á vencer (1588) (1).

Elección de su jefe. — Mas desgraciadamente esta formidable expedición marítima, y que por lo mismo necesitaba un jefe especial, no pudo ser dirigida por el Marqués de Santa Cruz, uno de los mejores marinos de su época, y á quien una

(1) Componíase de 150 bajeles, superiores en tamaño á cuantos hasta entónces se habían conocido, con 8.000 marineros, 2.650 cañones y 20.000 hombres de desembarco, que eran la flor de los caballeros de todos los estados de España.

fiebre arrebató á la sazón. ¡Primera contra, entre las muchas que salieron al encuentro á la expedición! la cual fué encargada al Duque de Medina Sidonia, si buen señor y valiente soldado, desconocedor de los mares.

Partida de la expedición. — Por fin, y como si no hubiera ocurrido aquella pérdida, en el mes de Junio de 1588 zarpó de Lisboa la armada llamada *Invencible*, en direccion á las costas de Holanda, en las cuales se le habia de reunir el Duque de Parma con treinta mil hombres, sacándolos de aquel país, precisamente cuando en mejor estado se hallaba la guerra que sostenian.

Primeros desastres. — En rumbo la escuadra para Dunquerque, despues de perder dos galeras en el canal de la Mancha, é incomodada frecuentemente por el almirante inglés, le hizo éste sufrir un fuerte descalabro en el estrecho de Calais, el cual le costó grandes pérdidas. Imposibilitada de recoger las tropas de Holanda por la interposicion de las armadas inglesa y holandesa reunidas, y comenzando á soplar los recios vientos, propios de la estacion, esquivó el Duque la batalla, y emprendió la temeraria empresa de rodear la costa de Inglaterra y Escocia hasta doblar el cabo septentrional de la isla, probablemente con ánimo de retirarse.

Nuevos desastres. — Pero salteado en la navegacion por una furiosa borrasca, á que se siguieron otras, propias de aquel mar y de la estacion, la armada se dispersó, pereciendo muchos bajeles, miéntras otros arribaron á la costa de Escocia, y muchos otros fueron á estrellarse en las de Noruega. No ménos pérdidas graves experimentaron en el canal de Irlanda los que lograron pasar el cabo del Norte. En fin, las desgracias fueron tales, que no llegaron á España más de una mitad de los que habian salido. Tal fué el resultado de aquella funesta expedición, que, juzgada de temeraria por algunos, dejó frustradas las esperanzas de todos, especialmente de aquellos que tan arrogantemente la habian bautizado con el nombre que llevaba. Con razon España, cual Roma despues del desastre de Cánas, hizo tantas demostraciones de público duelo, que hasta hubo necesidad de que el Monarca, único que parecia conservar la serenidad, ordenára que cesáran.

Resultados. — Fatales, en efecto, fueron los resultados, pues prescindiendo de los enormes gastos hechos para equipar la expedición, nuestro poder en los mares se hizo vencible, y animados los ingleses y más los holandeses, nuestra causa en los

Países Bajos, no obstante las ventajas que llevaba Farnesio, no podía ménos de resentirse, una vez lanzados tan felizmente nuestros enemigos al mar. Ya veremos cómo en adelante nos tratarán los ingleses en los mares.

LECCION LXXIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE FELIPE II.

PORTUGAL. SU INCORPORACION Á ESPAÑA.—CÓMO QUEDÓ RECIBIDA LA DOMINACION ESPAÑOLA.—ASUNTOS DE FRANCIA.—LA LIGA CATÓLICA.—GUERRA ENTRE EL REY Y LA LIGA: MUERTE DEL REY.—ENRIQUE IV SE DECLARA REY DE FRANCIA. OPOSICION DE FELIPE II.—GUERRA ENTRE ENRIQUE IV Y LA LIGA.—ABJURACION DE ENRIQUE IV. PAZ DE VERVINS.

PORTUGAL.—Su incorporacion á España (1580).— Este pequeño reino, que por sus descubrimientos y conquistas en Asia habia llegado á un alto grado de prosperidad, estaba gobernado en esta época por el jóven rey D. Sebastian. Muerto éste en una temeraria expedicion al imperio de Marruecos, fué coronado solemnemente en aquel trono su tio el cardenal Enrique, ya de sesenta y siete años de edad; por cuya razon comenzaron á moverse los aspirantes á sucederle. Eran éstos cinco, entre ellos Felipe II, que alegaba derechos más próximos que ninguno, como más cercano pariente, por cuanto su madre Isabel (esposa de Cárlos V) era hija mayor de D. Manuel. Pero como las leyes del reino excluian á las infantas que casáran con extranjeros (sin duda para evitar la union con España), el asunto ofrecia dificultades. Mas estas leyes ceden á la necesidad, y aunque el Prior de Crato, hijo bastardo de D. Luis, hermano de D. Juan, hijo de D. Manuel, quiso hacer valer sus pretensiones, conociendo Felipe que, no obstante el ódio de la generalidad de los portugueses á la dominacion española, tenía algun partido en el clero y nobles, aprestó un ejército que, á las órdenes del Duque de Alba, se apoderó de todo el reino, no obstante la resistencia que le opuso el Prior de Crato, que habia sido proclamado rey.

Cómo quedó recibida la dominacion española. — Acudió entónces Felipe II, que se habia quedado en Badajoz, y fué reconocido en Lisboa por rey de Portugal y sus colonias, con el nombre de Felipe I. Pero por más esfuerzos que Felipe hizo en dos años que permaneció en Portugal para ganar las voluntades, no lo consiguió, y el odio encubierto que profesaban á la dominacion extraña se dió más á conocer cuando, dejándoles un regente ó virey, se trasladó á España.

ASUNTOS DE FRANCIA. — Hemos visto cómo la revolucion religiosa habia entrado en Francia y la lucha que se habia entablado entre católicos y protestantes, lucha que tanto tenía de política, si no más que de religiosa. Tambien hemos visto que Felipe II, llamado por el clero católico frances cuando ya él mismo se adelantaba, comenzó á tomar parte en aquellas guerras. Con otras miras, por desgracia suya, va ahora el monarca español á interesarse en las mismas.

La Liga católica. — Continuando las guerras político-religiosas, durante las cuales habia muerto Carlos IX, sucediéndole Enrique III, éste hizo con los hugonotes la quinta paz (1576), llamada de *Monsieur*, en cuya virtud los herejes quedaban dueños de una porcion de ciudades y en libertad para ejercer su culto. Ofendido el partido católico por una paz tan vergonzosa, se formó la Liga llamada católica para sostener la unidad religiosa. Esta liga habia adquirido sumo poder en provecho del Duque de Guisa, quien, siendo su cabeza, mandaba más en Francia que el mismo Rey. Conociéndolo así Enrique III, quiso ponerse él mismo á la cabeza de la liga; mas desconfiaron de él los ligados, y obligado á salirse de París, trató de deshacerse del Duque de Guisa, como lo hizo por medio de un asesinato, lo cual, por más que no tuviera otro medio, no dejó de escandalizar á casi toda la Francia y llenar de deseos de venganza á los de la Liga (1588).

Guerra entre el Rey y la Liga: muerte del Rey. — Empeorando desde entónces la situacion de Enrique III, se reunió éste con Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, rey titular de Navarra, protestante, pero su inmediato sucesor de derecho en el trono, dando así más motivos de desconfianza á los católicos, y puesto á la cabeza de los protestantes y de los nobles, que por no desertar de su soberano le seguían aún, empezó la guerra. Mas cuando parecia que iba á atacar á París, fué asesinado por un fanático llamado Jacobo Clemente. Por más que Felipe II de España no tuviera parte alguna en aquel

asesinato, del cual se le acusó sin ningun fundamento, no era extraño á los sucesos que venian agitando á la Francia, á cuyo trono concibió grandes esperanzas (1589).

Enrique IV se declara Rey de Francia. Oposicion de Felipe II. — Muerto así el Rey de Francia, el Príncipe de Bearne se declaró poseedor de aquel trono, titulándose Enrique IV. Mas Felipe II, no solamente no le quiso reconocer por ser hereje, sino que aspiró á dar por entónces el mando de la Francia á la casa de Lorena, representada por el Duque de Mayena, hermano del asesinado, creyendo que esta familia le facilitaria la elevacion (abolida la ley sálica) de la infanta Isabel Clara Eugenia á aquel trono; proyecto ambicioso, para lograr el cual empleó inútilmente tiempo, riquezas y poder, que valiérale más haber gastado en someter á los Países Bajos, en cuya guerra estaba empeñado!

Guerra entre Enrique IV y la Liga. — Por su parte Enrique IV, rey ambulante, continuaba la guerra contra la Liga, y llegando á sitiar á París, la tenía apurada, cuando Felipe II, que siempre venia protegiendo á los ligados, hizo pasar á Francia á Alejandro Farnesio, quien obligó á Enrique á levantar el sitio de París. Mas no desistiendo Enrique, sitió tambien la plaza de Ruan, cuyo cerco le hizo tambien levantar el mismo Farnesio, quien se restituyó á los Países Bajos.

Abjuracion de Enrique IV. Paz de Vervins. — Pero no por esto adelantaba la causa de Felipe, sobre todo desde que la Liga se desconcertó, y más desde que ocurrió la muerte (1592) del irreparable y por tantos titulos insigne, Alejandro Farnesio á los cuarenta y ocho años de edad. De esta manera, no sólo perdian las cosas de Holanda, sino tambien las de Francia, que terminaron con la abjuracion que del protestantismo hizo Enrique IV, á quien desde entónces Paris abrió sus puertas, y la Francia y el Papa, á pesar de la oposicion del Gobierno español, reconocieron por legitimo sucesor de Enrique III. Todavía, aunque por parte de Felipe no existia ya el motivo de religion, se sostuvo por algun tiempo la guerra entre Francia y España, hasta que el cansancio general obligó á una y otra parte á venir en un tratado de paz, que se firmó en Vervins (1598), en cuya virtud se devolvian ambos las ciudades que se habian tomado. Tal fué el término de las pretensiones de Felipe II al trono frances, las cuales costaron una guerra de nueve años, agotando nuestro tesoro, y durante la cual, distraidas frecuentemente nuestras tropas de Holanda, aquellas provin-

cias, que pudieran haber sido reducidas, se fueron convirtiendo en un estado independiente, enemigo, que ademas ayudaba á cuantos con nosotros se hallaban en guerra.

LECCION LXXIV.

CONCLUSION DEL REINADO DE FELIPE II.

ANTONIO PEREZ. SU PROCESO Y FUGA Á ARAGON.—INTERES QUE INSPIRA Á LOS ARAGONESES.—ALBOROTO EN ZARAGOZA: EXCESOS DEL PUEBLO.—ANTONIO PEREZ PUESTO EN LIBERTAD POR EL PUEBLO.—EJÉRCITO CASTELLANO EN ARAGON.—PRISION Y EJECUCION DEL JUSTICIA LANUZA.—ESTADO DE LOS DOMINIOS DE FELIPE II. PORTUGAL. INVASION INGLESA.—FLANDES, EL ARCHIDUQUE ERNESTO Y EL CONDE DE FUENTES.—EL ARCHIDUQUE ALBERTO.—ESTADO DE AQUELLAS PROVINCIAS.—ABDICA FELIPE II LA SOBERANÍA DE ELLAS.—PIRATERÍAS DE LOS INGLESES.—EXPEDICIONES CONTRA IRLANDA.—SAQUEO DE CÁDIZ.—ESTADO DE LOS DOMINIOS DE ITALIA.—AMÉRICA.—MUERTE DE FELIPE II.

ANTONIO PEREZ (1). Su proceso y fuga á Aragon. — Mientras de aquella manera abandonaba la fortuna á Felipe en el exterior, tenía lugar dentro de España un desagradable suceso, que pasando de privado á público, fué ocasion de que perdiera sus libertades la única provincia que las mantenía y más celosa había sido por conservarlas: nos referimos al proceso de Antonio Perez y sus consecuencias. Habiendo ya algun tiempo ántes (1578) ocurrido el asesinato de Escobedo, secretario de D. Juan de Austria, perpetrado por Antonio Perez, secretario de Estado de Felipe II; preso aquél, y procesado tambien por otros delitos, previendo la mala suerte que le aguardaba, se fugó á Aragon, acogiéndose á sus fueros.

Interes que inspira á los aragoneses. — Puesto Antonio Perez en la cárcel de la Manifestacion de Zaragoza, los agen-

(1) D. MODESTO LAFUENTE. — PIDAL, *Alteraciones en la Constitucion de Aragon.*

tes del Rey entablaron querrela formal contra él ante el Justicia, acusándole de la muerte de Escobedo y otros delitos, mientras en Madrid se continuaba el proceso ántes comenzado, el cual se falló condenándole á pena de horca. Desde entónces el pueblo aragonés comenzó á manifestar por el preso aquel interes que generalmente inspira un procesado que lleva mucho tiempo de padecimientos, como veia en Antonio Perez, de cuyo delito se olvidaban, como sucede cuando hace tiempo que éste ha sido cometido, y sobre todo, si en el proceso han tenido lugar resentimientos personales. Además, el pueblo preveia en aquel preso una víctima de la violacion de los fueros aragoneses, los cuales no dejaban de verse amenazados en la actualidad, pues precisamente era cuando el Rey, por medio del Conde de Almenara, sostenia en Zaragoza la cuestion acerca del nombramiento de virrey de Aragon, el cual, segun el fuero de éste, debia ser aragonés.

Alboroto en Zaragoza: excesos del pueblo. — Creció naturalmente este interes del pueblo cuando, para eludir las leyes aragonesas que le protegian, se trató de entregar al preso, acusado de delitos de su competencia, al tribunal de la Inquisicion. Y un alboroto movido en Zaragoza obligó á las autoridades y al mismo Justicia á devolverle á la cárcel de la Manifestacion, á cuyo hecho se allanaron los inquisidores. Mas como el pueblo alborotado pocas veces se pára al conseguir lo que pide, sea ó no justo, hubo en aquel tumulto gritos descabellados y otros varios desmanes, sobre todo contra el Marqués de Almenara, que además era el agente del Rey en el proceso contra Perez.

Antonio Perez puesto en libertad por el pueblo. — Entretanto, suscitada la cuestion de competencia acerca de su prision, continuaba Antonio Perez en la cárcel de la Manifestacion, al amparo de las leyes aragonesas, sustentadas por la plebe con furia, por los nobles con timidez, y por el Justicia con cierta flaqueza. En este estado de las cosas ocurrió la muerte de D. Juan Lanuza, sucediéndole en su cargo su hijo, del mismo nombre. Mas, continuando los tumultos (en los cuales no dejaba de influir el mismo Antonio Perez con sus escritos incendiarios desde su prision), que el nuevo Justicia no tenia acierto para contener, sucedió (como en Castilla, en tiempos de las comunidades) que muchos nobles, viendo las exigencias y excesos del pueblo, se hicieron al partido del Rey, quien instaba para que el preso fuera devuelto al Santo Oficio, como iba á verificarse, cuando (24 Setiembre) otro grande alboroto del

pueblo arrancó á Perez de manos de las autoridades, no sin haberse cometido nuevos excesos.

Ejército casteilano en Aragon.—No era fácil que los desórdenes de Zaragoza quedáran perdonados por un rey como Felipe II. Y un ejército de doce mil hombres, á las órdenes de D. Alonso de Vargas, fué el encargado de su castigo, protestando, sin embargo, que su objeto no era otro que éste, sin violar las leyes aragonesas. General fué la alarma al saberse en Zaragoza que se aproximaba un ejército castellano, el cual no podia entrar en Aragon sin contravenir á sus fueros, por cuya defensa era necesario mirar. Mas, aunque la córte del Justicia y los diputados declararon que en efecto era contra fuero la entrada del general Vargas, y se hizo un llamamiento general á Aragon, Cataluña y Valencia, y sobre todo á las ciudades y villas del primero, apénas se reunieron dos mil hombres, gente del pueblo é insubordinada, pues Felipe habia ganado para sí á muchos nobles.

Entrada de Vargas en Zaragoza.—Despues de haber vacilado el Justicia acerca del partido que debiera tomar, se decidió á salir con aquel escaso número á esperar al ejército de Vargas. Mas, desbandados al primer encuentro, Vargas se posesionó de Zaragoza (Noviembre) sin ninguna resistencia.

Prision y ejecucion del Justicia.—El Justicia se retiró á Epila, desde donde volvió á Zaragoza, llamado por Vargas, como otros muchos, á quienes prometia la conservacion de sus fueros. Por su parte, ademas, Vargas escribia constantemente á Felipe II que le parecia podia otorgar un perdon general, exceptuando sólo algunas personas, las más culpables, y sobre todo, *que les conservára los fueros, que así las cosas irian bien*, con otras advertencias semejantes. En efecto, la ciudad estaba tranquila, y el Justicia seguia funcionando con su córte, cuando, en medio de aquella tolerancia y blandura, Vargas recibe una carta del Rey en la cual le mandaba prender y ejecutar á Lanuza y demas principales, como el Duque de Villahermosa y el Conde de Aranda. Prendidos, en efecto, cuando ménos lo esperaban, al dia siguiente (19 de Diciembre) fué Lanuza decapitado, habiendo sido inútiles cuantas reclamaciones hizo por aquella brusca infraccion del fuero. No precedió forma alguna de proceso.

No queremos emitir una palabra nuestra acerca de esta manera de proceder, temerosos de que el espíritu de provincialismo nos lleve adonde no queremos, ni ménos debemos ir. Hable

por nosotros un célebre hombre moderno (1) «en esta muerte »fueron quebrantadas las leyes de Aragon, las que rigen á todas las naciones civilizadas, y los preceptos de la justicia absoluta.» En efecto, por más que el pueblo de Zaragoza, llevado de un celo, calificáse como se quiera, por la conservacion de sus fueros, que no dejaba, ya hacía tiempo, de ver amenazados, y cuya violacion era lo que le hacía más interesar por Antonio Perez, hubiera cometido excesos y desmanes, contra los cuales convenimos los primeros en que, entónces como siempre, se use todo el rigor dable, creemos que nunca pudo un monarca, por más que la razon de estado así lo aconsejára, estar autorizado para obrar prescindiendo tanto de las leyes, sobre todo tratándose de una magistratura la más grande, y hasta cierto punto superior á los monarcas, que ha conocido el derecho, cual era el Justicia de Aragon.

ESTADO DE LOS DOMINIOS DE FELIPE II.—

Ya que nos vamos acercando al término del largo y célebre reinado de Felipe II, veamos en qué estado se encontraba la España con las demas naciones. Malogrados los proyectos de Felipe sobre Francia é Inglaterra, y convertidos los holandeses sublevados en un estado independiente y enemigo, la España tenía que seguir á un tiempo contra tres potencias una guerra en la cual no podia prometerse grandes ventajas.

PORTUGAL. Invasion Inglesa (1589).—Gobernado este país, desde su adquisicion, por el archiduque Alberto, sufrió una invasion de 20.000 ingleses en favor del Prior de Crato, á quien proclamaron rey en Torresvedras. Mas no encontrando séquito en los portugueses, y faltándoles las provisiones, hubieron de retirarse á sus naves.

FLANDES. El archiduque Ernesto y el Conde de Fuentes.—En cuanto á los asuntos de Flándes, hemos visto cómo la grande expedicion á Inglaterra primero, y despues la guerra con Francia, no dejaron al general español, Alejandro Farnesio, consumir su obra de pacificacion, la cual, á juzgar por los triunfos que habia alcanzado, y el buen nombre de que gozaba, parece hubiera conseguido, á no haber tenido que acu-

(1) Don Antonio Alcalá Galiano.—Véase tambien cómo se explica D. Vicente Lafuente en su *Historia de las sociedades secretas de España*, tomo II.

dir contra Enrique IV. Muerto, como hemos visto tambien, Alejandro Farnesio, le habia sucedido en el mando de aquellas provincias el Conde de Mansfeldt, reemplazado pronto por el archiduque de Austria, Ernesto (Enero 1594), sobrino de Felipe II, quien, aunque sin fruto, trató de atraer por la persuasion á los confederados. Por su temprana muerte le sucedió el Conde de Fuentes, de grandes talentos militares, quien restableció la disciplina militar, estragada, sobre todo, por los atrasos en las pagas. Tambien éste hubo de dejar los Países-Bajos por acudir á la guerra de Francia.

El archiduque Alberto.—Estado de aquellas provincias.—Pero entre tanto la vejez y achaques de Felipe II iban adelantando el término de sus dias. Por otra parte, sostenia una guerra marítima con Inglaterra, y la de Francia se hacia muy difícil, por cuanto Enrique IV estaba ya sentado en su trono. Todo esto, y la penuria del erario, por más caudales que llegaran de América (cuando no los apresaban los ingleses), hacian imposible la sumision de los Países-Bajos. No habia otro remedio, pues, que tratar de la paz con éstos, á cuyo fin fué mandado el archiduque Alberto, sobrino tambien de Felipe II, y sujeto muy para el caso. Mas sus proposiciones no pudieron dar resultado, por la diferencia de religion. Entre tanto, y ocupado tambien el archiduque Alberto en la guerra con Francia, aunque con alguna fortuna, el príncipe Mauricio iba ganando plazas, y la parte septentrional se hallaba ya independiente, por cuanto existia ya como estado la república holandesa. Y aunque la parte del Mediodía se conservaba por España, por la uniformidad de religion, era en ella tambien mal visto el gobierno extranjero, y odiado el nombre español.

Abdica Felipe II la soberanía de ellas.—En vista de todas estas consideraciones, y ajustada á la sazón la paz con Francia en Vervins, como hemos visto (2 de Mayo 1598), Felipe II determinó abdicar los Países-Bajos en su hija Isabel (la que habia pretendido sentar en el trono frances), cuyo matrimonio tenia proyectado con el archiduque Alberto. En efecto, aunque algunos ímpolíticamente trataran de disuadirle de este proyecto, pesando más las verdaderas razones que en su favor le presentaban los más, el monarca español firmó (31 Mayo 1598) el acta de abdicacion de aquellos países en los mencionados Isabel y Alberto, cuyo matrimonio se verificó luégo. Entre las condiciones de la abdicacion era una la de que si la soberanía de Flándes recaía en hembra, habia ésta de casar con el Rey

de España ó su heredero, y que si ésta ó las demas condiciones no se cumplieran, aquella soberanía volveria á España.

Continúa la guerra con los ingleses.—Restaba únicamente acabar la guerra con Inglaterra, la cual, por cierto, aunque rechazada de Portugal, como hemos visto, no cesaba de hacernos todos los daños que podia, en el continente, en las islas y en América. Mas Felipe II no habia renunciado á sus proyectos sobre las islas Británicas, y aprovechando la circunstancia de poseer á Calais, proyectó una expedicion contra la Irlanda. Mas, adelantándose á estos proyectos la reina Isabel, le opuso otra, con auxilio de los holandeses, la cual se dirigió á Cádiz, en donde destruyó todas nuestras naves que habia en el puerto, y saqueó la ciudad (Agosto 1596). Todavía, deseoso Felipe de vengar este gran desastre, equipó otra grande escuadra contra la misma Isla; más las tempestades la hicieron sufrir la misma suerte de la Invencible (1597).

Italia.—Respecto á los dominios de Italia, regidos por vi-reyes, no ocurría novedad que alterase el órden interior, y sólo eran incomodados por algunas excursiones de los turcos, que alguna vez fueron tambien castigados.

América.—En cuanto á las posesiones de América, frecuentemente asaltadas por los ingleses, y más ó ménos tiranizadas segun eran los gobernadores españoles, al paso que tambien los indígenas comenzaban á sentir su deseo de independencia, fueron teatro de algunas turbulencias.

Fín de Felipe II—Ya hacía veinte meses que Felipe II venia padeciendo su heredada enfermedad de la gota, la cual, agravándosele ahora, complicada con una lenta fiebre ética, hacía prever nada remoto el término de sus dias. Conociéndolo así él mismo, y deseando *ser llevado vivo á su sepulcro*, como dijo á los médicos, que se oponian á ello, se hizo con grande trabajo trasladar á su predilecta morada, el Escorial. A pesar de sus horribles padecimientos, que llevaba con la resignacion más cristiana, se ocupaba cuanto podia y más, al parecer, en prácticas y actos de devocion, haciéndose conducir, miéntras fué posible, á la iglesia, á adorar las reliquias y oír las plegarias, hasta que, postrado en el lecho mortal, entre los más acerbos dolores que sus grandes llagas le causaban, recibió los auxilios de la Iglesia con una piedad y devocion verdaderamente extraordinarias. Y llamados sus hijos, que quiso presenciáran la administracion del último sacramento, despues de darles los sanos consejos que como padre le cumplia en su últi-

ma hora, despedidos éstos, y entregado totalmente á la contemplacion de la otra vida, teniendo á la vista el ataud donde habia de ser luégo su cuerpo depositado, espiró el dia 13 de Setiembre de 1598, á los setenta y un años cumplidos de edad, y cuarenta y dos de reinado.

LECCION LXXV

REINADO DE FELIPE III (1).

CARÁCTER DE FELIPE III.—SE ENTREGA AL MARQUÉS DE DENIA.—PRIMEROS ACTOS DE ÉSTE.—MATRIMONIO DE FELIPE III.—CÓRTEZ EN BARCELONA —EL REY EN ZARAGOZA.—CÓRTEZ EN MADRID.—MISERIA EN CASTILLA.—ERRADAS MEDIDAS PARA REMEDIARLA.—ESTADO DE LA HACIENDA.—DECADENCIA DE LAS CÓRTEZ.—ASUNTOS EXTERIORES —LOS PAÍSES-BAJOS.—DESGRACIADAS EXPEDICIONES CONTRA INGLATERRA.—TRATADO DE PAZ CON ÉSTA.—SITIO DE OSTENDE.—TREGUA DE DOCE AÑOS.—HUMILLACION DE ESPAÑA.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS MAHOMETANOS.—LOS MORISCOS.—ACUSACIONES CONTRA ÉSTOS.—ESTADO DE LOS MISMOS.—ES DECRETADA SU EXPULSION.—EJECUCION DEL DECRETO.—RESULTADOS DE SU EXPULSION.—GOBIERNO INTERIOR.—CÓRTEZ EN MADRID.—ESTADO DE LAS CÓRTEZ EN ARAGON.—POLÍTICA DE ESPAÑA CON LOS ESTADOS DE EUROPA.—CONFEDERACION DE PRÍNCIPES ITALIANOS CONTRA ESPAÑA.—MUERTE DE ENRIQUE IV.—ENLACES DE PRÍNCIPES ESPAÑOLES Y FRANCESES.—GUERRA CON EL DUQUE DE SABOYA.—SUPUESTA CONJURACION DE VENECIA.—GUERRAS DE LA VALTELINA.—GUERRA DE TREINTA AÑOS.—CAIDA DEL DUQUE DE LERMA.—EL DUQUE DE UCEDA.—EXPEDICIONES CONTRA BERBERISCOS Y TURCOS.—EXPEDICIONES Y EMPRESAS EN AMÉRICA Y ASIA.—POBREZA Y DESPOBLACION DE ESPAÑA.—SUS CAUSAS.—FIN DE FELIPE III.

Carácter de Felipe III.—Al activo guerrero Cárlos I y al incansable y laborioso rey Felipe II sucedió en el gobierno de los vastos estados de la monarquía española el apático y degenerado Felipe III. Hijo de Felipe II, habia éste ya conocido su indolente carácter, que, á pesar de sus esfuerzos, no pudo corregir. En efecto, aunque algunas buenas cualidades le hicieran adquirir el sobrenombre de *Piadoso*, carecia de aquellas

(1) V. M. Lafuente.—E. de Tapia.—Weis.

que, si siempre deben acompañar á un rey, nunca tanto como cuando éste ha de regir una monarquía que, además de estar compuesta de vastos y muy separados territorios, encerraba el gérmen de decadencia, que, sembrado desde las guerras que su abuelo había sostenido por engrandecer el imperio, germinó con el vano empeño de su padre por sostener anejos á su propio reino países que la naturaleza y la historia habían destinado para formar otra nacionalidad distinta.

Se entrega al Marqués de Denia.—Cumpliéndose, por desgracia, los tristes vaticinios de su padre, apenas Felipe III empuñó el pesado cetro de aquél, cuando ya se entregó completamente en manos de D. Francisco Sandoval y Rojas, marqués de Denia, á quien de tal manera encomendó la dirección de los negocios y la administración del reino, que escribió á todos los consejos y tribunales, que obedecieran cuanto en su nombre les ordenara.

Primeros actos de éste.—De finos modales, dotado de un carácter flexible, y mañoso para ganarse las voluntades, pero de poco talento é instrucción para dirigir tan vasta como trabajada monarquía, el improvisado favorito, atento desde un principio á su propio interés (como todos los que no deben su elevación al mérito), comenzó su gobierno removiendo de sus empleos á los fieles servidores que había dejado Felipe II, los cuales reemplazaba con sus deudos y parciales. Y sin atender al lastimoso atraso en que se encontraba la hacienda y la corte, lejos de pensar en economías, aumentó los sueldos y empleos, como si el reino se hallara en la opulencia.

Matrimonio de Felipe III. Córtes en Barcelona.—Celebradas en Valencia (1599) las bodas del Rey con la princesa Margarita de Austria, y de su hermana Clara Eugenia con el archiduque Alberto, durante las cuales, tanto Felipe como el favorito rivalizaban en prodigalidades, el Rey y la Reina, invitados por los catalanes, pasaron á Barcelona, en cuyas córtes se prestaron mutuamente los juramentos de costumbre, y obtuvieron algunos servicios de dinero.

El Rey en Zaragoza.—Acto continuo, llamados también por los aragoneses para celebrar Córtes en Zaragoza ántes que se volvieran á Castilla, acudieron á aquella ciudad, en donde, ántes de entrar, Felipe quiso reparar, y reparó cuanto pudo, los efectos del rigor con que por los sucesos de 1591 los había tratado Felipe II; por lo cual los generosos y agradecidos zaragozanos recibieron á sus reyes en medio del mayor entusias-

mo. Igualmente Felipe, reconocido, les juró mantener y guardar los fueros del reino, aunque lastimosamente quebrantados por su padre. También, aunque no se celebraron Córtes (para lo cual Felipe les prometió volver), le dieron, como en Barcelona, algunos servicios de dinero.

Córtes en Madrid.— Restituidos los Reyes á Madrid, y elevado el Marqués de Denia á Duque de Lerma, por sus servicios durante el viaje, no sin engrandecer también á toda su familia, al paso que el Rey continuaba apartando de sus empleos á los fieles servidores de su padre, pidió en Córtes un servicio para sus necesidades, el cual, prévia una visita personal de Felipe á las ciudades de Segovia, Ávila, Salamanca y Valladolid, le fué concedido, no obstante la imposibilidad de los pueblos para soportar tales tributos; pero que, habituados á esta sumision en los dos reinados anteriores, no tenían valor para oponerse.

Miseria en Castilla. Traslacion de la córte á Valladolid. Era, en efecto, muy grande la miseria que abrumaba á Castilla, como en las Córtes de Madrid lo hacian presente los procuradores, señalando, entre otras causas, el gravámen de los impuestos, y la disminucion de éstos como único remedio. Mas como esta medida no conviniera al Duque de Lerma, trató de hacer creer que la miseria se remediaría trasladando la córte á Valladolid, como lo hizo, sin tener en cuenta los intereses creados que perjudicaba. Y ménos hubiera sido el mal si la miseria, que sirvió de pretexto, se hubiera remediado, lo cual no era de esperar, por cuanto el aumento de gentes con la presencia de la córte aumentó más los precios de los primeros artículos.

Erradas medidas para remediarla.— Engañado en esta medida el de Lerma, y creciendo diariamente la miseria en la nueva córte, contrariado en su segundo proyecto de apoderarse de la plata labrada de las iglesias y otros establecimientos, y áun de particulares, hubo de acudir á donativos voluntarios. Mas, insuficientes también estos recursos á remediar tanta pobreza, que por cierto no se conocia en los palacios del Duque de Lerma, el favorito economista discurrió otra medida, que, léjos de remediar el mal, dió un golpe á la riqueza pública. Tal fué la de doblar el valor de la moneda de vellón (1603), á cuyo decreto se siguió por de pronto el doblarse también el precio de las mercancías, y luégo, la introduccion extranjera de tanta cantidad de moneda de cobre contrahecha, en cambio de la de plata, que ésta desapareció casi del todo.

Estado de la hacienda. Decadencia de las Cortes. —

Tal era el estado de la hacienda; pues aunque cruzaban el Atlántico nuestros galeones con los tesoros de América (prescindiendo de los que pasaban á Flandes), las deudas que los esperaban y la mala distribución del resto hacían que no se conociera el alivio. Así sucedía que el descontento de los pueblos se dejaba sentir más por cada día, y aun no á la alguna manifestación, como en Valencia. Y si bien es verdad que las Cortes se manifestaban sumisas al Rey, como las de esta última ciudad (1604), que le sirvieron con cuatrocientos mil ducados, también es cierto que estas asambleas, lejos de componerse de verdaderos representantes de los pueblos, no hacían más que pactar con el Gobierno lo que á éste convenía, en cambio de cargos y honores á los votantes de más influencia y representación. La corte fué restituida á Madrid.

ASUNTOS EXTERIORES. — Los Países-Bajos. —

Mientras tenían lugar los referidos hechos en el interior, no era la España más feliz en sus asuntos exteriores, sobre todo en Flandes, cuyo país, en mal hora agregado á nuestra monarquía, no por que Felipe II, después de treinta años de guerras para sostenerlo, lo hubiera intentado dejar de sernos funesto y de continuar sumir en nuestros sellados y tesoros de América.

Derrota del archiduque Alberto. —

En efecto, aunque mientras el archiduque Alberto vino á España á celebrar sus bodas, el encargado del ejército, D. Juan Mendoza, tomó varias ciudades de Cleves, y el círculo de Westfalia (1598), territorio alemán, estos triunfos hicieron que se formara contra él una liga de príncipes alemanes; y aunque llegados á Flandes los archiduques, ya casados, fueron recibidos con muestras de regocijo, viendo después sus tropas rebeladas por falta de pagas, no sin venturas para el conde Mauricio, y escasez de recursos que los pueblos, ó no podían ó se le negaban á suministrarles, Mauricio tomó la ofensiva, y derrotó completamente á Alberto en la batalla de las Dunas ó de Nieuport (1600).

Desgraciadas expediciones contra Inglaterra. —

Entre tanto se hallaban así las cosas en los Países-Bajos, los ingleses, con quienes Felipe II nos había dejado en guerra, recorrían con sus naves nuestras costas y el Atlántico, ya apoderándose de nuestras mercancías para América, ya de los tesoros que de las minas de ésta traían nuestros galeones, cuando el Duque de Lerma se poseso de señalar el reinado de Felipe III con alguna empresa semejante á las emprendidas por Felipe II, man-

dó una escuadra de cincuenta velas contra Inglaterra (1601), la cual, dispersada por una tormenta, tuvo que volverse á los puertos de España. Tampoco dió resultado otra expedición de unos cinco mil hombres mandados en favor de los católicos irlandeses sublevados contra Inglaterra (1602).

Tratado de paz con ésta.—Mas, no obstante tales desastres, la muerte de la reina Isabel, sucediéndola Jacobo VI, hizo cambiar el estado de las cosas, y, deseoso el nuevo rey de vivir en paz con todos los príncipes cristianos, entró en negociaciones con Felipe III, ajustándose una paz, en la cual entró también el archiduque Alberto. En virtud de este tratado, no se permitían piraterías entre los tres estados, entre cuyos súbditos se establecía el libre comercio, por lo cual España salía ventajosa, tanto porque los ingleses dejaban de auxiliar á los rebeldes de los Países-Bajos, como porque sus naves podían ir adelante cruzar el Atlántico sin verse expuestas á la piratería inglesa, † seguros los tesoros que traían de América.

Siño de Ostende.—**El Marqués de Spínola**—Entre tanto el archid. que Alberto, perdida la plaza de Reimberg, decidió acometer la ardua empresa de tomar á Ostende, la cual encargó al Marqués de Spínola, que había acudido de Italia en su auxilio. Tres años duró el cerco, uno de los más célebres de la historia, al cabo de los cuales la ciudad capituló (1604). El Marqués de Spínola, que adquirió desde entónces una grande reputación, fué nombrado general y gobernador de todas las armas en aquellas provincias, emprendió dos campañas consecutivas (1605 y 1606) al otro lado del Rhin, en las cuales, sobre todo la segunda, alcanzó gran les ventajas y mucha reputación militar.

Tregua de doce años.—Pero el deseo de paz, efecto de tantos años de guerras, se dejaba sentir y manifestaba en ambas partes contendientes, y hasta el mismo Spínola, no obstante sus triunfos y creciente fama militar, conociendo el mal estado de España para seguir sosteniendo tan prolonga la guerra, á pesar de su juventud y natural deseo de consumir una obra con tan felices auspicios por su parte comenzada, no dudó en hacerse eco de los rumores pacíficos, ó iniciar un acomodamiento, que mucho tiempo ántes que él debieran otros haber propuesto ó admitido. Y como los Archiduces, que no habían conocido aún la paz en sus estados, no se manifestáran ajenos á aquella idea de concierto, pronto, suspendidas las hostilidades, se trató de ello. Dos años duraron las contestaciones, hasta que, señalada

La Haya por sitio para las conferencias, y mediando la Francia é Inglaterra, pues la cuestion habia tomado cierto carácter europeo, se ajustó el tratado (1609), en cuya virtud, consideradas las provincias unidas como una potencia libre, se estipuló con ellas una tregua de doce años, manteniendo cada parte las ciudades y plazas que al presente posevera.

Humillacion de España.—Tal fué el término de aquellas guerras, sostenidas por España cerca de medio siglo sólo por conservar bajo su dominio aquellos remotos países, los cuales, despues de haberle servido solamente de cementerio de sus soldados y sima de los caudales de Indias, la obligaron al fin á una paz degradante, puesto que tuvo que tratar con los rebeldes como de igual á igual, y admitir condiciones humillantes, por lo que sólo consiguió hacer manifiesta á la Europa y al Mundo la decadencia en que su alto poder habia entrado.

España y los estados mahometanos.—En paz la España con Inglaterra, Francia y Países-Bajos, siquiera á costa de su dignidad, todavía sostenia, aunque sordamente, la guerra con los berberiscos y turcos, los cuales, corsarios del Mediterráneo, infestaban con sus piraterias nuestras costas y cautivaban nuestras embarcaciones, sembrando el terror en los pueblos del litoral. Y aunque de vez en cuando se equipáran contra ellos algunas expediciones maritimas, pocas el resultado coronaba los esfuerzos de nuestros marinos. No mejor resultado produjeron las alianzas que, creyéndose con el poder de su padre y abuelo, promovió Felipe III con los reyes de Persia y Coo, contra turcos y berberiscos, pues, sin fuerzas para cumplir sus compromisos, hubo de sufrir las humillantes reconvencciones á que su falta en la palabra le hacia acreedor.

LOS MORISCOS (1).—**Acusaciones contra los mismos.**—En este estado se hallaba la España respecto á los estados mahometanos, cuando ya hacia tiempo que se venia acusando á los moriscos españoles, y más á los de Valencia, de mantener con aquéllos correspondencia secreta, excitándoles y prometiéndoles su apoyo para que invadieran nuestra Península.

Estado de los moriscos.—Perseguidos desde los Reyes Católicos, convertidos muchos de ellos únicamente en la apariencia, diseminados por toda España, siempre blanco de las iras

(1) V. Fray Jaime Bleda.—D. Florencio Janer: *Los Moriscos de España*, 1857.

de los cristianos más ardientes, poco acertados los medios para convertirlos sinceramente, aunque muchas veces habia sido propuesta su expulsion, siempre ésta habia sido mirada con respeto, sobre todo si se tenia en cuenta que á ellos, mucho más laboriosos é inteligentes que los españoles, estaba principalmente encomendado el cultivo de nuestros campos.

Es decretada su expulsion.—Mas ahora dirigia la España el Duque de Lerma, que ya habia en alguna ocasion manifestado su ódio á los moriscos, cuando propuso su expulsion el celoso arzobispo de Valencia D. Juan Ribera, quien no habia dejado de hacer cuantos esfuerzos le sugeria su fervor religioso para catequizarlos, doctrinarlos y convertirlos. Aunque por aquel entónces, sin dejar de atender la exposicion del Arzobispo, no se tomára providencia alguna, los grandes proyectos de sublevacion y rebeliones que se les atribuia, si algunos no, otros bien probados, y lo mucho que en poco tiempo se habian multiplicado, sobre todo en Valencia, decidieron el ánimo del Rey, y no obstante ser defendidos, sobre todo en Valencia, por los nobles, cuyos intereses se perjudicaban, y de no pensar todos los obispos como D. Juan Ribera, la expulsion total de los moriscos fué decretada.

Ejecucion del decreto.—Comenzóse la ejecucion del edicto en Valencia, de donde, no sin haber opuesto alguna resistencia, sobre todo los del Val de Ayora, salieron 150.000. A la de Valencia siguió la expulsion de los de Andalucía y Murcia, saliendo de la primera 80.000, y de ésta 15.000. Seguidamente, dictado el edicto contra los de Aragon, los cuales, á pesar de que, como en Murcia, se representó haciendo presentes los perjuicios que se seguian, sufrieron la misma suerte en número de 64.000. Asimismo se obligó á los de Cataluña, de donde salieron 50.000. Igual suerte cupo á los de Castilla y Extremadura, de donde, con algunas excepciones, se les obligó á espatriarse, siendo más de 100.000 los que se marcharon.

Resultado de su expulsion.—Es indudable, y por todos reconocido, que esta medida fué un gran golpe para nuestra poblacion, ya harto mermada por la mala administracion, frecuentes guerras y las emigraciones á América. Pero tanto más se dejó sentir el mal, por ser la emigracion de la clase agrícola y laboriosa, ejercitada en las artes útiles, por lo aventajados que eran en el cultivo de los campos, del azúcar, algodón y cereales. Tambien eran ellos los que más ejercian la industria de paños, seda, papel, curtidos y los oficios mecánicos, que los

españoles se desdeñaban de ejercer; por lo cual todo se resintió de una falta de brazos, entónces imposible de suplir y despues difícil de reponer, como se dejó luégo conocer en el hambre que se siguió.

Gobierno interior. -- Córtes en Madrid. — Volviendo al gobierno interior desde la traslacion de la córte á Madrid, distraido el Rey en viajes y diversiones, y siempre descansando en su favorito, miéntras éste no perdía ocasion de aumentar su pingüe patrimonio, la hacienda yacia por cada vez más prostrada. No bastando nunca las riquezas que nos venian de la América, convocóse Córtes en Madrid (1607), en las cuales, no obstante la oposicion de los diputados, ganados en su mayor número, se votó un servicio, si bien con la condicion, entre otras, de que el Rey habia de moderar los gastos de su casa y servicio. En estas mismas Córtes se dirigieron al Rey várias peticiones, á las más de las cuales, por muy justas que fueran, contestó con respuestas evasivas. Disueltas estas Córtes, se convocó otras en el mismo año y con igual objeto, esto es, obtener el servicio ordinario y extraordinario por tres años, los cuales, aunque con repugnancia, fueron otorgados, sin que tampoco el Rey hiciera apénas caso de las peticiones que le dirigieron, como si en realidad tales asambleas solamente fueran convocadas para votar subsidios.

Estado de las Córtes en Aragon. — Mas aunque en tal estado, en Castilla habia Córtes, lo que no podian lograr los aragoneses, quienes, por más que instáran á Felipe para que fuera, segun sus fueros, á celebrarlas á Zaragoza, como se lo habia prometido cuando estuvo en esta ciudad, siempre encontraba pretexto para dilatarlo, y nunca llegaron á tenerlas.

Estado de las costumbres. — Por lo demas, respecto á las costumbres, sobre todo en la córte, el ejemplo del Duque de Lerma habia cundido tanto en los altos empleados, que, en vista del escandaloso aumento que se observaba en la riqueza de muchos á costa de la hacienda pública, se apresó y procesó á muchos de ellos, á los cuales se impusieron fuertes castigos, siquiera esta ejemplaridad no surtiera el efecto que fuera de esperar si hubieran tambien alcanzado al Duque de Lerma, promovedor de tanta inmoralidad. Tambien se dictaron algunas disposiciones encaminadas á reprimir la licencia y relajacion, así como para contener el lujo.

Política de España con los estados de Europa. — Aunque España se hallára en un estado de poder muy inferior al de

los tiempos de Carlos I y Felipe II, no por eso renunciaba á la idea, si no de dominación universal, por lo ménos de continuar influyendo en los destinos de Europa, con cuyo objeto sostenía á fuerza de oro partidarios y agentes en todos sus estados. Al mismo tiempo, ciertas obras militares emprendidas por el gobernador de Milan, así como los manejos de nuestros embajadores en Venecia durante la cuestion que por entónces se suscitó entre esta república y la Sante Sede, hacian temer á los príncipes italianos el que tratáramos de extender nuestro mando á los estados de la Italia central.

Confederacion de príncipes italianos contra España. — Muerte de Enrique IV.—En vista de este peligro real ó imaginario, formóse una confederacion de príncipes italianos contra España, los cuales buscaron el apoyo de Enrique IV de Francia, quien, aunque en paz con España desde el tratado de Vervins, interesado en impedir el engrandecimiento de la casa de Austria, se declaró por ellos; pero en medio de estos y otros proyectos le sorprendió la muerte, la cual vino á cambiar enteramente el estado de las cosas entre España y Francia, cuyas dinastías emparentaron por medio de los

Enlaces de príncipes españoles y franceses.—En efecto, como ya en vida de Enrique IV se habia propuesto á éste, se volvió ahora á proponer á su viuda, María de Médicis, el doble matrimonio del príncipe de España, Felipe, con Isabel de Borbon, hija de Enrique IV, y el de la infanta Ana, hija de Felipe III, con Luis XIII de Francia, tambien hijo y sucesor de Enrique IV, cuyas propuestas, admitidas sin dificultades, se llevaron á término los enlaces, renunciando los contrayentes á cualesquiera derechos que ellos y sus hijos y descendientes pudieran tener, cada cual á la corona de su respectivo reino, de manera que nunca pudieran verse reunidos ambos estados.

Guerra con el Duque de Saboya.—Desconcertados de esta manera los ambiciosos proyectos de Emanuel de Saboya, este príncipe intrigante, auxiliado por Venecia, titulándose libertador de Italia y sin hacer caso de las intimaciones de España, invadió el Milanesado, gobernado á la sazón por el Marqués de Hinojosa. Mas condenado por España á perder sus estados y vencido dos veces por los gobernadores de Milan, hubiera sido aniquilado á no haberle ayudado los franceses vecinos, sin permiso de Luis XIII, á los cuales debió el que se le otorgase la paz de Pavía, aunque restituyó el Monferrato al Duque de Mantua (1617).

Supuesta conjuración de Venecia. — Durante la anterior guerra con Saboya, el Duque de Osuna, virey de Sicilia, había incomodado con sus escuadras muchas veces á los venecianos, al paso que también tenía sujetos á los berberiscos y turcos. Confiado ahora en que sus fuerzas podían dar un golpe á la república de Venecia, solapada enemiga de España, y disgustado de la paz de Pavia, lo mismo que el gobernador de Milan y el embajador español en Venecia, Marqués de Bedmar, meditaron los tres, de comun acuerdo, humillar á la reina del Adriático. Comenzando á practicar su plan, mientras el Gobernador de Milan conservaba sin licenciar sus tropas, el Duque de Osuna persiguió y batió en todas partes las escuadras, y amenazaba ya á la misma Venecia (1618), cuando ésta, no pudiendo de otra manera deshacerse de sus enemigos, trató de hacerlos odiosos y desacreditarlos, inventando aquella famosa conjuración que, supuesta entre los tres personajes españoles, la hicieron así creer al mundo y consignaron en las historias, siquiera no fuese entonces por ningún dato probada, y después haya sido por todos los críticos desmentida. En virtud de tal calumnia, fueron muertos muchos extranjeros.

Guerra de la Valtelina. — Oprimido este católico país por los calvinistas grisonos, se levantó contra sus opresores, ayudado por el Gobernador de Milan, el cual, después de haber arrojado á aquéllos, edificó en él fortalezas y puso guarnición española.

Guerra de treinta años. — Habíase encendido por este tiempo la guerra de *treinta años* entre los protestantes de Bohemia y Fernando II de Alemania. Llamado por éste en su auxilio, Felipe III de España no dudó, siguiendo la política austriaca de sus antecesores, acudir en su ayuda, y mandado el Marqués de Spinola con un considerable ejército, contribuyó mucho á la célebre victoria de Praga, que restituyó la Bohemia al Emperador (1620).

Caída del Duque de Lerma. — **El Duque de Uceda.** — Poco tiempo antes (1618) había caído de su favor el Duque de Lerma, víctima de intrigas palaciegas por obtener el favoritismo. Pocos validos habían logrado tanta confianza de sus señores como éste, por cuanto hasta de la firma se había desprendido Felipe III. Por lo tanto, no fué tan funesto como pudo haber sido á la nación, cuyos destinos tuvo en su mano durante casi todo este reinado. Sin embargo, aunque el reino no

sufrió notables desdichas, fué siempre en decadencia. Mas si bien su carácter no era inclinado á la perversidad, se hallaba dominado del vicio de la codicia, que le hizo aprovecharse no poco para sí y los suyos de los pingües destinos de que disponía. Sucedió en su privanza al Duque de Lerma su hijo el Conde de Uceda, que tanta parte habia tomado en la expulsion del padre, y que, por cierto, no fué más afortunado que éste en la direccion de los negocios.

Expediciones contra berberiscos y turcos. — Continuando durante todo este reinado la guerra contra los berberiscos y turcos, se hicieron várias expediciones marítimas por el Mediterráneo, las cuales, si bien nos daban gloria y probaban que no habian concluido nuestros buenos marinos, faltas de un plan meditado, no daban ni podian dar resultados dignos de los sacrificios que costaban á la nacion, la cual, escasa de recursos, hacía todos los esfuerzos para equiparlas.

Expediciones y empresas en América y Asia. — Tambien se emplearon las armas y naves de España y Portugal en los mares del Nuevo-Mundo y de Asia, ya en agregar á nuestra dominacion nuevos países, ya en conservar las anteriores conquistas contra los naturales, que comenzaban á pugnar por su independencia, ya en defenderlas de los piratas y corsarios, y principalmente contra las flotas holandesas que disputaban á los portugueses el dominio de la India. Entre estas empresas fueron las más señaladas la sumision del Nuevo Méjico y la de los Araucanos, la agregacion que del reino del Pegú hicieron á sus posesiones los portugueses en la India (1605), y la de las islas Molucas y de Ceilan por el gobernador de Filipinas. Igualmente los portugueses seguian ensanchando los territorios del Brasil, miéntras los hermanos marinos García de Nadal descubrian un nuevo paso para el mar del Sur, por el estrecho de San Vicente.

Pobreza y despoblacion de España.—Sus causas. — Pero continuando siempre fatales, tanto la hacienda como el sistema de administracion, Felipe reunió Córtes (1618), las cuales le votaron un subsidio de diez y ocho millones, cuyo tributo, impuesto desde Felipe II, se iba por cada vez aumentando; y aunque ahora fué ya comprendido el clero, en virtud de breves pontificios, continuó aumentando la pobreza y despoblacion del reino. Preguntada al Consejo de Castilla la causa de estos males, por el mismo Felipe, quien, conociéndolos, trataba de remediarlos, aquella corporacion contestó que, entre otras causas

provenían : de la *insoportable carga de los tributos*, que obligaba á los labradores á abandonar sus casas y labores ; de la *prodigalidad en otorgar mercedes* desde el principio de su reinado ; de la *residencia de los grandes señores en la corte*, apartados , por lo tanto , de sus estados y haciendas ; del *excesivo lujo*, contra el cual proponían leyes suntuarias ; de las *trabas impuestas á los labradores* en el despacho de sus frutos ; de la fundacion de tantos monasterios, etc.

Fin de Felipe III. — Mas , aunque el Rey oyó estas , más ó ménos sábias advertencias , las mejores , sin embargo , que la ciencia económica entónces alcanzaba , distraído en su viaje , que entónces hizo á Portugal , y en los asuntos de Alemania , ya mencionados , nada se ocupó de ello , cuando una enfermedad , reproduccion de la que poco ántes habia sufrido al regresar de Portugal , le fué lentamente consumiendo la vida , que acabó lleno de remordimientos , por la indolencia que durante todo su reinado le habia dominado . En fin , mostrándose no ménos religioso que sus antecesores durante sus últimos dias , espiró , el día 31 de Marzo de 1621 , á los cuarenta y tres años de edad . Sucedióle su hijo Felipe IV .

LECCION LXXVI.

REINADO DE FELIPE IV.

CARÁCTER DE FELIPE IV. — SE ENTREGA AL CONDE DE OLIVARES : PRIMEROS HECHOS DE ÉSTE. — CÓRTEES EN MADRID. — CÓRTEES DE VALENCIANOS, ARAGONES Y CATALANES. — CAUSAS DEL MAL ESTADO DE NUESTRA HACIENDA. — GUERRA DE LA VALTELINA. — AUXILIOS DE ESPAÑA AL EMPERADOR. — RENOVACION DE LA GUERRA DE FLÁNDES. — GUERRA DEL MONFERRATO. — NUEVOS AUXILIOS DE ESPAÑA AL IMPERIO. — DECLARA FRANCIA LA GUERRA Á ESPAÑA : VENTAJAS DE LOS FRANCESES. — VENTAJAS DE LOS IMPERIALES Y ESPAÑOLES. — ESTADO DE LOS PAÍSES-BAJOS. — SITUACION INTERIOR DEL REINO. — GRANDE PODER DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES. — CONTINÚA LA GUERRA CON LOS FRANCESES Y HOLANDESES. — VENTAJAS DE LOS ESPAÑOLES EN ITALIA. — LOS FRANCESES RECHAZADOS DEL ROSELLON. — FÉRDIDAS MARÍTIMAS. — ESTADO DE LA GUERRA EN ITALIA Y LOS PAÍSES-BAJOS.

Carácter de Felipe IV. — Preclamado rey Felipe IV, jóven de diez y siete años de edad, mostraba ser de condicion alegre

y amigo de diversiones y pasatiempos, aunque, por otra parte, no desmintiera la piedad de sus antecesores, sobre todo, de su padre. Pero no más cuidadoso que éste respecto á las asuntos de gobierno, buscó, á su ejemplo tambien, una persona á quien encomendar sus primeras obligaciones (1).

Se entrega al Conde de Olivares: primeros hechos de éste.—Tocó esta suerte á D. Gaspar de Guzman, conde y luego ademas duque de Olivares, quien, ya dueño de la voluntad del Monarca desde ántes de la muerte de su padre, asegurado ahora en su valimiento, comenzó su gobierno separando de sus cargos, desterrando ó encarcelando á todos los que eran hechura del Duque de Uceda, á quien acababa de suplantar en el favor del Rey. Cupo esta desgracia, entre otros, al duque de Osuna, don Pedro Tellez, virey de Nápoles, hombre grande, si no exento de algun defecto, á quien persiguió hasta deshacerse de él. Tambien hizo morir en un cadalso á D. Rodrigo Calderon, ya procesado desde la caída del Duque de Lerma, sin que con estos ejemplos de rigidez fuera de tiempo, y no con los fines debidos, ganára nada la reputacion del Conde de Olivares. Tampoco escapó de su sistema de persecucion el mismo Duque de Uceda, y gracias al capelo de que estaba investido, no sufrió igual suerte tambien el Duque de Lerma, si bien fué condenado á restituir grandes cantidades; humillacion que le costó la vida.

Córtes en Madrid.—Convocadas Córtes en Madrid para ver de reparar los males pasados y reponer la hacienda, pintaron aquéllas tan al vivo la causa de ellos, y la manera de ponerles remedio, que, motivado por sus discursos, ó por miras egoistas, el de Olivares creó una junta, llamada *de reformation de costumbres*, mandando residenciar á todos los que habian sido ministros desde 1592, con otras disposiciones, encaminadas á restablecer la moralidad en los altos funcionarios del Estado, todas las cuales no podian ménos de agradar al pueblo, siquiera sólo en parte se vieran cumplidas. En las mismas Córtes se tomaron tambien medidas contra el lujo, la vagancia, aglomeracion de pretendientes en la corte, sobre la disminucion de estudiantes, etc., y la reduccion de empleos, en lo cual dió el ejemplo el mismo monarca en su palacio. Aunque varias de las disposiciones de estas Córtes no dejaron de dar resultado,

(1) DON ANTONIO CÁNOVAS, *Los reyes de la casa de Austria en España*.—D. EUGENIO DE TAHA.—D. M. LAPUENTE.

siendo por ellas aplaudido del pueblo el Conde de Olivares, los males no dejaban de continuar, trasluciéndose que lo que aquél se habia propuesto era asegurarse á sí mismo en el favor del monarca y ganarse la opinion pública, como no dejaron de manifestarlo los diputados de las Córtes de 1622, celebradas en el mismo Madrid, las cuales, sin embargo, le votaron un subsidio de doce millones.

Córtes de valencianos, aragoneses y catalanes (1626).—

Aconsejado el Rey que pasára á estos puntos para mejor conseguir el subsidio que pedia, convocó Córtes de aragoneses, catalanes y valencianos, y aunque fué sumamente bien recibido en Zaragoza y Barcelona, en cuyas capitales se prestaron los mutuos juramentos de costumbre, tocante á la votacion del subsidio, no encontraron ni Felipe ni su ministro lo que esperaban, pues los próceres valencianos, reunidos en Monzon, sólo despues de fuertes altercados (en los cuales no se sabe si admirar más el despotismo de aquéllos ó la humillacion de éstos), y cediendo á sus amenazas, votaron todo, y en la forma que se les pedia. Las Córtes de Aragon, si bien algo rehacias, al fin le votaron tambien el subsidio, aunque el Rey lo disminuyó; pero no así las de Barcelona, en las cuales, léjos de votarle nada, pidieron al Rey cuentas atrasadas, en vista de cuya actitud de los próceres, el Rey y el de Olivares abandonaron al momento la ciudad.

Causas del mal estado de nuestra hacienda.—

Aunque todas las medidas propuestas por el de Olivares para reparar la hacienda se hubieran puesto en práctica, no por esto hubiera salido de apuros la nacion, por las guerras extranjeras en que venía empeñada durante la dominacion austriaca; falta capital de esta dinastía, sobre todo desde que, concretada nuestra rama á sola España como centro de sus dominios, no tenía la necesidad que en los tiempos del primer Carlos, cuando, por conservar el lustre del imperio, podia excusarse aquel empeño con que á todas partes llevaba nuestros ejércitos.

Guerra de la Valtelina. — La primera de estas guerras en que se encontró empeñado Felipe IV fué la de la Valtelina, cuyo país hemos visto cómo el gobernador de Milan le habia libertado de los grisonos suizos. Queriendo ahora el cardenal de Richelieu, enemigo celoso de la casa de Austria, restituir aquel país á los mismos grisonos, no obstante las dificultades que ofrecia la diferencia de religion, empeñó á Francia y España en una guerra, en la cual tomaron parte, por la primera, Sa-

boya y Venecia, y por la segunda, Parma, Módena y Toscana, con las repúblicas de Génova y Luca. Hecha la guerra principalmente entre los saboyanos y genoveses, al fin, las exhortaciones del Papa hácia Richelieu, y los deseos de Francia y España, lograron que terminára por un tratado entre Richelieu y Olivares (Enero 1626), en cuya virtud la Valtelina quedó libre, con la religion católica asegurada.

Auxilios de España al Emperador. — Continuando Felipe IV y el de Olivares en la alianza con el emperador Fernando II, cuya guerra con los protestantes se habia renovado con furia, le mandaron nuevos socorros, si bien nuestras armas renovaron sus triunfos, sobre todo en la célebre batalla de Fleurus (Mayo 1622), ganada por Gonzalo de Córdoba, nieto del Gran Capitan.

Renovacion de la guerra de Flandes. — Al mismo tiempo, concluida la tregua de doce años, se renovó tambien la guerra con las provincias unidas de Holanda, aliadas ahora con Dinamarca. Aunque en un principio los españoles consiguieran algunas ventajas, auxiliados despues los enemigos por Francia é Inglaterra, sus corsarios nos causaron bastantes daños en nuestras posesiones de América. Y si bien, en general, nuestras armas triunfaban, dejábase conocer que sólo era así en virtud del impulso que, recibido en los tiempos de Carlos I y Felipe II, continuaba todavía; pero que bien pronto iba á parar en su carrera, como no podia ménos de suceder, por la mala direccion dada á nuestras fuerzas, ántes por el de Lerma y ahora por el de Olivares, como lo manifestaba en el hecho de mandar una escuadra nuestra (1627) contra Inglaterra, sólo por dar gusto á Richelieu, nuestro mayor enemigo.

Guerra del Monferrato. — Deseoso el Conde-Duque de Olivares de apoderarse del Monferrato y de la plaza de Casal, tomó parte en la disputa que sobre el ducado de Mantua traian el Príncipe de Guastala y el Duque de Nevers. Promovióse con esta ocasion una grande guerra, principalmente entre españoles y franceses, la cual, despues de costar á España, entre otras pérdidas, la del Marqués de Spínola, llamado de los Países-Bajos, concluyó por el tratado de Casal y Querano (1631), sin ninguna ventaja para España y no pocas para la Francia, la cual se quedó con la plaza de Piquerol, que le dejaba abiertas las puertas de Italia.

Nuevos auxilios de España al imperio. — Nuevamente emprendida la guerra de Alemania (1631), España, sin tener en

cuenta sus propias necesidades, mandó allí otra vez las tropas que necesitaba en los Países-Bajos, y el dinero que con tantos apuros le daban sus pueblos. Y lo peor fué que la guerra se hizo, aunque con mucho vigor, con pocas ventajas para el Emperador y escasa fortuna para los españoles, que fueron primero vencidos por Gustavo Adolfo, diezmalos luego por el clima, y por último, derrotados con la pérdida de la plaza de Fraken-dal. Verdades es que otro enemigo que más adelante pasó de los Países-Bajos, á la órbita del cardenal-infante D. Fernando, tomó una grande parte en el sitio é importante batalla de Nerlinga (1634), la cual inclinó la balanza en favor del imperio.

Declara Francia la guerra á España — Ventajas de los franceses.— Pero, incansable el cardenal de Richelieu en suscitar enemigos á la casa de Austria, no sólo impidió la paz de que á la sazón trataba España con los holandeses, sino que prometió auxilios al Príncipe de Orange, y llegó hasta á aliarse con él contra España; y despues de andar en tratos y negociaciones para mover la guerra á un mismo tiempo contra ésta y el imperio en Italia, Lorena y Alemania, acabó por hacerla declarar formalmente á Francia contra España (1635). Los resultados inmediatos fueron, en los Países-Bajos, la pérdida de la sangrienta batalla de Avenne, á que se siguió la entrada de los franceses y holandeses en Tirlmont, y en Italia, la derrota de los españoles en Marbequo, y la posesion de los franceses de la Valtelina (Noviembre 1635).

Ventajas de los imperiales y españoles.— Méno's afortunado fué el cardenal de Richelieu en el ataque general que contra la casa de Austria promovió desde ahora en los estados de Alemania, la Alsacia, Milan, Parma, Valtelina y Franco-Condado (1636); pues si bien los franceses consiguieron algunas ventajas en Italia, los españoles é imperiales, penetrando por la Picardia, llegaron á amenazar á París, que acaso erradamente no creyeron conveniente atacar, contentándose con recorrer el país, dando así tiempo para que Richelieu pudiera reñacerse, como lo logró.

Estado de los Países-Bajos.— Mas, concretándonos á los Países-Bajos, desde que los hemos dejado en el reinado anterior su estado no había sido nada lisonjero para España. Cedi-dos por la viuda Margarita, que no tenía sucesion, á su sobrino Felipe IV, el Conde de Berg, sucesor de Spínola en el mando del ejército, perdió varias plazas, y reemplazado por el Marqués de Santa Cruz, volvió éste imposible la pérdida de la impor-

tante plaza de Maestrick, después de haber sido vencido por el de Orange un cuerpo de alemanes que habia venido en su auxilio. Desde entónces todo era desaciertos por parte de nuestro gobierno, y pérdidas por nuestras fuerzas de mar y tierra. En esta ocasion fué cuando Olivares entraba en las referidas negociaciones de paz con Holanda, las cuales cortó Richelieu. Habiendo fallecido á la sazón, para mayor desgracia, la virtuosa Margarita, las cosas se fueron poniendo más mal todavía, cuando el gobierno español, creyéndole capaz de remediar tanto mal, envió á ellos al cardenal de Bordon con el mando de un buen ejército. Mas ya hemos visto cómo, sin detenerse en los Países-Bajos, se le ordenó pasar á Alemania al sitio de Norlinga, desde donde volvió á su gobierno, cuando tuvo lugar la guerra con Francia, que tambien dejamos referida. Excusado es añadir que, durante este período de guerras, los holandeses no se descuidaron en apresar nuestras naves en el camino de Indias, ni de suscitar nos enemigos y rebeliones en éstas, sobre todo en las posesiones portuguesas de Oriente.

Situacion interior del reino.—Mientras tan siniestros sucesos tenian lugar en el exterior, la situacion interior del reino se hallaba en el estado más lastimoso, ya respecto á la industria, enteramente muerta desde la expulsion de los moriscos, ya respecto al comercio, prohibido absolutamente por el Conde-Duque de Olivares, con los países con que nos hallábamos en guerra, que, como hemos visto, no eran pocos. Y como esta medida se extendia á toda clase de objetos, dejaban de entrar en España los más útiles y necesarios, no sólo para el uso de nuestros talleres, sino para los más precisos de la vida: lo cual hubiera sido ménos malo, ó tal vez conveniente, si nuestras fábricas los hubieran suministrado. Tambien se puso precio á los artículos de nuestra agricultura; medida altamente perjudicial para nuestros labradores (1).

Grande poder del de Olivares.—Por lo demas, el Conde-Duque de Olivares seguia dominando más por cada día al Rey, á quien, en medio del abatimiento de los pueblos por la falta de industria, la paralización del comercio y los crecientes impuestos, procuraba distraer con toda clase de diversiones y fiestas. Y no satisfecho con dominar de esta manera al Monarca, para

(1) Sobre esta y otras disposiciones relativas á la agricultura, véase el Informe de Jovellanos sobre la Ley Agraria.

quitar todo obstáculo á su omnimoda autoridad debilitó las atribuciones de los tribunales y consejos, hasta llevarlos á hacer como el instrumento de su poder.

Continúa la guerra con los franceses y holandeses.— Más felices los ejércitos franceses que en la campaña anterior, y combinados con los holandeses (1637), causaron á los españoles grandes pérdidas. Pero al año siguiente (1638), la derrota de los holandeses por el ²cardenal-infante D. Fernando contuvo los progresos de los coligados, y nuestras armas, no sólo triunfaron también en Italia, á pesar de los cuidados de Richelieu, sino que, decidiendo éste atacar á España dentro de ella misma, fueron sus ejércitos rechazados de Fuenterrabía y obligados á huir desesperadamente, lo que causó una grande consternacion en París.

Ventajas de los españoles en Italia.— Pero, incansable el cardenal de Richelieu, emprendió la campaña siguiente (1639) con nuevos ejércitos; y aunque no dejaron de alcanzar ventajas en el Norte, más felices los españoles en Italia, despues de apoderarse de muchas plazas en el Monferrato y Piamonte, amenazaron á Turin, en la cual entraron despues á favor de una estratagema.

Los franceses rechazados del Rosellon.— Mas, si felices en Italia, lo fueron más todavía nuestras armas en el Rosellon, donde el Marqués de Santa Coloma, virey de Cataluña, ayudado por los catalanes, que voluntariamente acudieron en defensa de la patria, rechazó á Condé, que, deseoso de lavar la afrenta de Fuenterrabía, le había invadido con un buen ejército.

Pérdidas marítimas.— Pero, si de esta manera triunfaban aún en tierra nuestros ejércitos, no sucedía así con nuestras fuerzas marítimas; pues, mandada contra los holandeses una escuadra de setenta velas, con diez mil hombres de desembarco, fué destrozada ó echada á pique por otra holandesa en el canal de la Mancha. Iguales desastres sufríamos en América, en donde, además de apoderarse los holandeses de algunos distritos en el Brasil, nos derrotaron completamente otra grande escuadra, equipada con grandes trabajos. Con estas dos desgracias nuestro poder marítimo, en otro tiempo tan temible, quedó casi del todo aniquilado.

Estado de la guerra en Italia y los Países-Bajos.— Y para que todo fuera desastres, también en la guerra de Italia cambió la suerte de los españoles, pues además de tener el Marqués de Leganés que levantar el sitio de Casal (1640),

hubo de capitular Turin, despues de grandes pérdidas. En cuanto á los Países-Bajos, si bien en algunos encuentros fueron vencidos por los españoles los nuevos ejércitos franceses, y rechazado el Príncipe de Orange delante de Huls y de Güeldres, en cambio, sitiada con empeño la plaza de Arras, hubo de capitular á los mariscales de Francia.

LECCION LXXVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE FELIPE IV.

INSURRECCION DE CATALUÑA: CAUSAS DE ÉSTA. — PRINCIPIO DE LA INSURRECCION. — PIDEN LOS CATALANES AUXILIO Á FRANCIA. — COMIENZA LA GUERRA. — LOS CATALANES SE HACEN SÚBDITOS DEL REY DE FRANCIA. — SITIO Y DEFENSA DE BARCELONA. — NUEVA VENIDA DE TROPAS FRANCESAS. — LOS FRANCESES SE APODERAN DEL ROSELLON. — CONTINÚA LA GUERRA EN CATALUÑA. — **REBELION DE PORTUGAL.** — CAUSAS DE ÉSTA. — CONSPIRACION CONTRA CASTILLA. — SUBLEVACION EN LISBOA. — CORONACION DEL DUQUE DE BRAGANZA. — EMPRENDE ESPAÑA LA GUERRA. — CONSPIRACION DEL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA. — CAIDA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES. — NUEVO ASPECTO DE LAS COSAS. — **ASUNTOS DE FLANDES.** — BATALLA DE ROCROY. — **CATALUÑA.** — VENTAJAS DE NUESTRAS ARMAS. — NUEVOS DESASTRES. — NUEVAS VENTAJAS. — MUERTE DEL PRÍNCIPE BALTASAR. — PRIVANZA DE D. LUIS DE HARO. — CAMBIO EN LA OPINION DE LOS CATALANES.

INSURRECCION DE CATALUÑA: Causas de ella (1)
—La prevencion que entre los altivos catalanes y el orgulloso é insolente Conde-Duque de Olivares existia desde las Córtes de Barcelona en 1626, habia ido produciendo entre éste y aquéllos cierto encono que, fomentado por la dureza y poca consideracion con que, por adular al favorito, trataban algunos vireyes á los catalanes, convirtió en pronunciado desacuerdo la antipatía con que siempre se miraban éstos y los castellanos. No quiere esto decir que faltára á los catalanes el patriotismo, ni mucho ménos, como bien lo acababan de manifestar en la guerra del Rosellon, y cuyos esfuerzos en ella les fueron bien

(1) V. D. Francisco Manuel de Melo, edicion de Tió, Barcelona.

poco agradecidos por el Conde-Duque, y no mucho por el Rey. Por otra parte, alojado, al concluirse aquella guerra, por el Marqués de los Balbeses su ejército en los pueblos del Principado, contraviniendo abiertamente á sus fueros; como los soldados, faltos de las pagas, se entregáran á la licencia, cometiendo atropellos y vejaciones sobre los paisanos, cuyas quejas eran desoidas por las autoridades, tomábanse muchas veces aquéllos la justicia por su mano, y aunque el Virey mandó que cada pueblo mantuviera por obligacion los soldados que tenía, más disgustados los catalanes por esta nueva contravencion de sus fueros, y aumentada la insolencia de los soldados, aumentaban los saqueos, insultos y vejaciones; por todo lo cual, y el poco acierto en sus medidas del Marqués de Santa Coloma, que habia reemplazado al de los Balbeses, resonó un grito de indignacion en todo el Principado. Significáronse atropellos y asesinatos entre soldados y paisanos, profanaciones de templos por aquéllos, etc., etc., amenazando por todas partes una sublevacion sangrienta. Por otra parte, el Conde-Duque, léjos de acudir á remediar el mal, apartando sus causas, como le proponia el Marqués de Santa Coloma, ordenaba á éste que castigára con rigor, como lo comenzó á hacer, con tan poco acierto, que solamente logró aumentar el fuego para la insurreccion.

Principio de la insurreccion. — En efecto, preparados así los ánimos, comenzó ésta (Junio 1640) por un alboroto de los segadores en Barcelona, al grito de ¡Venganza! ¡Viva el Rey! ¡Abajo el mal gobierno! quienes, ayudados, más que combatidos, por la milicia de la ciudad y los consellers, cometieron saqueos y asesinatos, dando muerte hasta al mismo Santa Coloma. Propagada la insurreccion á todos los pueblos del Principado, sin que las tropas cedieran en sus excesos al paisanaje, aumentando así la irritacion de éste, el Conde-Duque de Olivares, sólo atento á satisfacer su ódio y deseo de venganza contra los catalanes, aunque tuvo el raro acierto de nombrarles capitán general al Duque de Cardona, muerto éste de pesar, porque no le aprobaba las medidas con que acaso los hubiera sosegado, ya los insurrectos, desde entónces llenos de coraje y desesperacion, y siempre desatendidas sus representaciones, no encontraron ya freno que los contuviera, y protestando ante el público por medio de un escrito, titulado *Proclamacion católica*, en el cual exponian los agravios recibidos, sobre todo del Conde-Duque de Olivares, se prepararon á todo evento.

Piden los catalanes auxilio á Francia. — Decidida la guer-

ra, aunque desoyendo pareceres contrarios, por el de Olivares, no pensaban de otra manera los catalanes, quienes, convocados á una junta en Barcelona, los grandes, prelados y magistrados, despues de pronunciarse acalorados discursos, acordaron tambien la resistencia. Pero lo que más es de lamentar fué el que en el estado en que nos hallábamos con Francia, acudieran al cardenal de Richelieu en demanda de proteccion, que éste, como era de suponer, les prometió gustoso.

Comienza la guerra.—Rotas las hostilidades en el Rosellon, el Marqués de los Velez, encargado de la guerra, penetró con su ejército en Cataluña, en direccion á Barcelona. Consternada ésta, pide á Francia los socorros concertados, la cual les manda al general D'Epenan, que ocupó á Tarragona. Pero tomada entre tanto Cambrills por el de los Velez, quien sin respetar los pactos de la capitulacion, se portó con sus defensores del modo más inhumano, entró luégo en tratos con D'Epenan, quien le abandonó á Tarragona, volviéndose á Francia con sus tropas.

Los catalanes se hacen súbditos del Rey de Francia.—Léjos de desesperar los catalanes por la pérdida de Tarragona y retirada de los franceses, continuaron en aprestarse para la defensa, rivalizando una y otra parte en actos de bárbara crueldad, ménos disimulables en los generales que mandaban tropas organizadas, que en los jefes catalanes, á cuyos paisanos y milicias improvisadas no podia ser tan fácil dominar. Mas, bloqueada Barcelona, y viendo que no podian por sí solos resistir á toda una nacion, decidieron, en una asamblea de los tres brazos, el separarse del gobierno de Madrid y entregarse á Luis XII de Francia, á quien proclamaron conde, continuador de los antiguos de Barcelona (1641), aunque prévias tantas condiciones, que apénas le dejaban autoridad que ejercer.

Sitio y defensa de Barcelona.—Aceptada la oferta por Luis XII, y decididos á resistir al ejército sitiador, hicieron en esta ocasion los barceloneses prodigios de valor, que ¡lástima no se empleára en mejor causa! Hombres, mujeres, niños, ancianos, magistrados, nobles y plebeyos, todos rivalizaban, cada uno de la manera que podia, en defender su ciudad. En fin, el de los Velez, perdidos muchos de sus capitanes, resolvió la retirada; y el pérfido ejecutor de los capitulados de Cambrills, afrentosamente vencido, emprendió huyendo con su ejército el mismo camino por el que tan envalentonado habia éste pocos dias ántes pasado.

Nueva venida de tropas francesas.—Siguióse á esta victoria á los sublevados la venida de nuevas tropas francesas, dirigidas por el Conde de Mota, mientras otro cuerpo de las mismas invadía el Rosellon. Pero no habiendo podido el de Mota tomar á Tarragona, que había sitiado por mar y tierra, la Francia, á instancias de los catalanes, mandó nuevos auxilios con el Marqués de Brezé, á quien nombró virrey de Cataluña.

Los franceses se apoderan del Rosellon.—Pero, aunque nuestras armas habían hecho hasta ahora alguna digna resistencia, sobre todo en el Rosellon, desconcertados en adelante, tanto el gobierno como los generales españoles, la suerte de estos comenzó decididamente á cambiar. Perdiólo totalmente un cuerpo de 80000 hombres, manó el local Rosellon (Abril 1642), por haberse guiado el camino ordenado imprudentemente por el de Olivares, este país cayó todo en poder de los franceses, no obstante la heroica resistencia de Perpiñan y el valor de todas las guardaciones.

Continua la guerra en Cataluña.—Entre tanto el de Mota, rechazado valerosamente en Tortosa, penetró en Aragón, donde sufrió otro tanto en Tamarite de Litera, y aunque tomó á Monzon, viendo que no encontraba partido en los leales aragoneses, quienes ante todo eran españoles, se volvió á Cataluña, don le por mar y tierra continuaba la guerra, sin grandes sucesos. Por último, conociendo el gobierno de Madrid la gravedad de las cosas, se equipó, á fuerza de trabajo, un respetable ejército, que mandó con el Rey á Zaragoza, mientras otra grande escuadra llegaba también á las costas; pero penetrando el ejército por Lerida, á las órdenes del Marqués de Leganés, se encontró con el de Mota, trabándose una grande batalla, que se perdió por la mala direccion de los jefes. El Rey, que no había pasado de Zaragoza, se restituyó á Madrid (Diciembre 1642).

REBELION DE PORTUGAL.—**Causas de esta.**—El disgusto con que los portugueses sufrían la dominacion castellana, y el poco acierto del gobierno de Madrid para fraternizarlos: los tributos que se les imponia, y la altivez con que eran despreciadas sus quejas por el de Olivares; la exclusion de los naturales de los cargos públicos, y, sobre todo, el haber tratado de refundir sus Cortes en las de Castilla, todo faltando á los tratados hechos á su incorporacion, produjeron algunos tumultos (1637), por los cuales, ya sosegados, siquiera hubieran presentado síntomas de una sublevacion general, el Conde-

Duque de Olivares no sólo castigó á todo Portugal con enormes tributos, sino que trató de reducirlo á simple provincia de Castilla.

Conspiracion contra Castilla. — En vista de todo esto, los portugueses comenzaron á conspirar, y fijando su vista en el Duque de Braganza para cabeza de la sublevacion y su futuro rey, se preparaban en todas partes para la empresa (1640). Sabedor el de Olivares de lo que sucedia, ordenó sacar de Portugal al mismo Duque de Braganza y demas Grandes, con las tropas portuguesas, pretextando ser necesarios para la guerra de Cataluña. Mas, dadas así las órdenes, conminando á los nobles con la confiscacion de sus bienes, si no obedecian, no hizo más que irritar los ánimos en todo el reino y generalizar la conspiracion. Incierto el Conde-Duque acerca del partido que debiera tomar, y no pudiendo sacar al Duque de Braganza con ningun pretexto, acudió á medios tan inicuos y desacertados para apoderarse de él, que, conocidos por Braganza, sólo sirvieron para que éste adelantase más y más los trabajos de la conspiracion.

Sublevacion en Lisboa. — A-i las cosas, cuando, logrando el de Braganza desvanecer en Madrid todas las sospechas, con la disposicion que dió de que fueran á Cataluña las tropas que se habían pedido á Portugal, se juntaron en Lisboa los nobles y principales conspiradores, y decidiendo nombrar por su rey al mismo Duque de Braganza, pariente más inmediato de sus últimos reyes, acordaron acudir á las armas para lograr sus fines. En efecto, aunque la corte de España, barruntando algo de lo que pasaba, ordenó terminantemente al de Braganza que se presentara en Madrid, no pudo conseguir nada, y en el día 1.º de Diciembre de 1640, atacada la guardia castellana de Lisboa, al grito de ¡Viva Juan IV de Portugal! quebraron en pocas horas los conjurados dueños de la ciudad. No abusaron de la victoria, como en estos casos suele suceder.

Coronacion del Duque de Braganza. — Consumada la sublevacion, y coronado solemnemente, con el nombre de Juan IV, el Duque de Braganza por rey de Portugal, esta porcion de nuestra Península quedó otra vez separada de la corona de Castilla. ¡Así progresaba la España de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares! Y sin embargo, cuando tan triste nueva fué recibida en Madrid, culpándose con tanta justicia al valido, éste, lejos de ocuparse en hacer uno de aquellos esfuerzos que la necesidad reclamaba, y no era imposible, á pesar del estado

en que España se hallaba, sólo pensaba en la manera de conservar su valimiento. A la pérdida de Portugal fué siguiendo la de todas sus antiguas colonias.

Emprende España la guerra.—Reconocida la independencia de Portugal por Francia, Inglaterra, Dinamarca y Suecia, previendo Juan IV la guerra que no podía ménos de emprenderse con España, procuró prevenirse para ella. Mas toda se redujo por entónces á poco más de algunas escaramuzas en las fronteras de Extremadura y de Galicia, sin resultado alguno importante. Así continuó haciéndose la guerra por algun tiempo; y si bien el gobierno de Madrid, conociendo que de esta manera no adelantaba nada, decidió reunir un grande ejército para mandarlo allá, era ya tarde, por las alianzas que con el nuevo reino habian hecho las potencias enemigas de la casa de Austria.

Conspiracion del Duque de Medina Sidonia.—Influyendo el ejemplo de Portugal en el ánimo de D. Gaspar de Guzman, duque de Medina Sidonia, pariente del de Olivares y gobernador de Andalucía, tramó una conspiracion, encaminada á proclamarse rey de esta region. Mas, descubierta á tiempo, y confesado su delito por el mismo Duque, fué perdonado por el Rey, sin duda á instancia del de Olivares, quien hizo morir al Marqués de Ayamonte, que era el agente de la trama, sin tener en cuenta que este mismo habia sido el descubridor de la conjuracion de Portugal.

Caida del Conde-Duque de Olivares (1643).— Hemos visto cómo durante todo el reinado que nos ocupa la España no ha hecho más que decaer, si no tanto fuera de ella, á pasos dobles dentro. La sublevacion de Cataluña y la pérdida de Portugal, con la intentona del Duque de Medina Sidonia, daban harto motivo para llorar, á todo español que se interesára por la suerte de su patria. Al mismo tiempo las costumbres se hallaban en un estado no ménos deplorable, debido al mal ejemplo de la Côte y del Monarca, á quien su favorito, para tenerle más apartado de los negocios, procuraba distraer con toda clase de diversiones, saraos, teatros, toros, etc., sin perdonar gastos de ninguna clase, en medio de la miseria que aquejaba á la nacion entera. De todos estos males, así en la guerra como en la paz, se culpaba ya hacía tiempo por todos los hombres pensadores y de comun sentido, al valido, si no por su maldad, por sus desaciertos en todo, su vanidad, arrogancia, descuido y torpeza. Mas nadie se atrevia á hacerlo conocer al

Monarca, temeroso de ser víctima de la saña del Conde-Duque; y el mal seguía, hasta que el mismo Rey, en vista de la gravedad de las desgracias, comenzó, al parecer, á mirar con ménos confianza al favorito; cuya circunstancia, aprovechada por sus enemigos, y sobre todo por la Reina, lograron que se formára contra él un partido, creciente por cada dia. Conociéndolo así el Conde-Duque, y considerándose impotente contra tan grande tormenta, pidió su retiro, que el Rey se apresuró á darle, y se ausentó de la córte. Poco tiempo despues (1645) murió en Toro. El general júbilo que se siguió á su caída prueba bastante cuán funesta habia sido su autoridad.

Nuevo aspecto de las cosas. — Con la caída del desacertado favorito y la muerte del cardenal de Richelieu, no ménos funesto para la casa de Austria, parecia que la España iba á entrar en una nueva era de regeneracion, que el aspecto de todos los negocios, así como el semblante de todas las personas y del mismo Rey, parecian presagiar, sobre todo si se llegaba á lograr una paz con Francia, la cual daban derecho á esperar la muerte, tambien entónces ocurrida, de Luis XIII, por cuanto dejaba de regente á la reina doña Ana de Austria, hermana de nuestro rey. Mas, no obstante ser éste el paso que más convenia, los consejeros de Felipe IV optaron por la continuacion de la guerra (1643). Pero veamos ántes lo que en esta época habia sucedido en los Países-Bajos.

ASUNTOS DE FLÁNDES: batalla de Rocroy. — Para que en todas partes nos alcanzára la desgracia, habia muerto el cardenal-infante D. Fernando (1641), á quien se debia el que, en medio de tantas y desastrosas guerras, nuestras armas hubieran conservado su brillo en aquella parte. Reemplazado por D. Francisco Melo, aunque al principio consiguió algunas ventajas, bien pronto la suerte nos abandonó tambien allá, y la tristemente célebre batalla de Rocroy, en que se perdió casi todo nuestro ejército (Mayo 1643), compuesto de 20.000 hombres, decidió ya definitivamente nuestra suerte en aquellas regiones.

CATALUÑA. — **Ventajas de nuestras armas.** — Entre tanto, y continuando la guerra con Cataluña y Portugal, como el estado de nuestras fuerzas no nos permitiera atender como era necesario á ambas partes, se fijó principalmente la atencion en Cataluña, desde donde el de Mota amenazaba al Aragon. Mandado allá un grande ejército, acompañado del mismo Rey, D. Felipe de Silva, encargado de él, recobró á Monzon, ven-

ció al de Mota y entró en Lérida, en donde la presencia de Felipe IV reanimó el espíritu de todos (Agosto 1644). No fué esto sólo, sino que, sitiada con empeño por los franceses Tarragona, fueron tambien de aquí rechazados con gran pérdida (Octubre). Así las cosas, cuando la muerte de la reina Isabel, llorada de todos por sus elevadas prendas (que se dejaban ver más desde que faltaba el de Olivares), obligó al Rey á volver á Madrid.

Nuevos desastres. — Hechos los funerales de la Reina, y nuevos preparativos para otra campaña, el Rey volvió á Zaragoza. Mas otra fué en este año la suerte de nuestras armas; pues, además de faltarnos D. Felipe de Silva, reemplazado el de Mota por el Conde de Harcourt, viniendo éste con nuevo ejército, tomó á Rosas (Abril 1645), se internó en el Principado, venció nuestras tropas cerca de Balaguer, y no hubiera tal vez aquí parado, á no haberle llamado á Barcelona una conspiracion que allí habia tenido lugar en favor de los españoles.

Nuevas ventajas. — Pero al año siguiente, más afortunado el Marqués de Leganés, obligó al mismo Conde de Harcourt á levantar el sitio de Lérida, perdidos 8.000 hombres. Igual suerte cupo al Principe de Condé, primer general de la Francia, mandado para vengar el anterior desastre de Lérida, de cuya plaza fué tambien rechazado, y obligado á repasar el Segre, aunque despues venció á un ejército español que le siguió.

Muerte del principe Baltasar. — Entre tanto el Rey, despues de haber hecho jurar á su hijo Baltasar en Córtes de navarros en Pamplona, tuvo el disgusto de verle morir en Zaragoza (1646); desgracia que sintió tambien toda la nacion, por cuanto era el único heredero varon.

Privanza de D. Luis de Haro. — Mas, á pesar de esta desgracia y la pérdida anterior de la Reina, Felipe, restituido á Madrid, se entregó á la privanza de D. Luis de Haro, sobrino del de Olivares, tanto como ántes á la de éste, y volviendo á su antigua vida de diversiones, como para no olvidarse de ésta, nombró generalísimo de la mar á su hijo natural D. Juan de Austria.

Cambio en la opinion de los catalanes. — En este estado se hallaba la guerra de Cataluña, cuando los catalanes, conociendo, aunque tarde, sus errores, cansados de sufrir á los franceses, cuyas vejaciones, tropelías é injurias, y sobre todo, el desprecio de sus fueros, superaban no poco á los motivos por que se habian levantado contra su propio y natural soberano,

iban cambiando de modo de pensar, como se dejaba conocer en la frialdad con que recibian á los franceses algunas ciudades, el poco teson con que se defendian de los españoles, y hasta la alegría con que veian á éstos. Mas dejemos en este tan buen estado á los catalanes, y pasemos á ver cómo se encontraba la España respecto á los demas países beligerantes.

LECCION LXXVIII.

FIN DEL REINADO DE FELIPE IV.

PORTUGAL. ESTADO DE LA GUERRA.—**LOS PAÍSES-BAJOS.** DESVENTAJAS EN ÉSTOS.—RECONOCE ESPAÑA LA INDEPENDENCIA DE HOLANDA.—**ITALIA.** CAUSAS DE LA SUBLEVACION DE SICILIA Y NÁPOLES.—SUBLEVACION DE SICILIA. ES SOSEGADA.—SUBLEVACION DE NÁPOLES.—VUELVE ÉSTE Á LA OBEDIENCIA DE ESPAÑA.—**LOS PAÍSES-BAJOS.** VENTAJAS DE LOS ESPAÑOLES.—VUELVEN Á DECAER. DON JUAN DE AUSTRIA.—ALIANZA ENTRE FRANCIA É INGLATERRA CONTRA ESPAÑA.—PÉRDIDAS QUE NOS CAUSAN EN FLÁNDES.—**CATALUÑA.** SUMISION DE ÉSTA.—**PORTUGAL.** CARÁCTER QUE TOMA SU GUERRA.—PAZ DE LOS PIRINEOS.—MATRIMONIO DE MARÍA TERESA.—MUERTE DE MAZARINO.—CONTINUACION DE LA GUERRA DE PORTUGAL.—SE ENCARGA DE ÉSTA Á D. JUAN DE AUSTRIA.—BATALLA DE ESTREMOZ.—DECAIMIENTO DE NUESTRAS ARMAS.—DERROTA DEL MARQUÉS DE CARACENA.—SENTIMIENTO EN LA CÔRTE Y EN FELIPE IV.—FIN DE ÉSTE.

PORTUGAL.—**Estado de la guerra.**—Durante estos años (de 1644 á 1647), aunque tambien continuábamos la guerra con Portugal, se reducía ésta, como ántes, á simples correrías y escaramuzas, dando lugar á que Juan IV se preparára para resistir cualquiera tentativa fuerte por parte de España.

LOS PAÍSES-BAJOS.—**Desventajas en éstos.**—Mas no era en Portugal ni en Cataluña donde Francia tenía el mayor empeño por aniquilar nuestro poder, sino en los Países-Bajos, en los cuales, unida con la república de Holanda desde 1644, nos iban ambas sucesivamente quitando nuestras mejores plazas, por más que algunas parecieran inconquistables. Y aunque, en vista de tan importantes pérdidas, é impotente el go-

bierno español para seguirlas por sí sólo conteniendo, pidió, como tenía derecho, auxilios al Imperio, con los cuales se rescataron algunas plazas, también se perdieron otras, concluyendo aquella campaña por una muy reñida batalla cerca de Lens, que al fin quedó por los franceses, con gran pérdida de alemanes y españoles (1647).

Reconoce España la independencia de Holanda. —

Convencida, aunque tarde, la España de su impotencia para seguir sosteniendo aquella guerra, no dudó entrar en la paz general de Europa, llamada de Westphalia (1648), la cual puso término á la guerra de *Treinta años*, por la cual reconoció la independencia de las provincias unidas de Holanda, quedando libre la navegacion y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. Tal fué el definitivo término de aquella guerra, que, sostenida desde Felipe II por conservar en nuestros dominios unos países que, por su situacion geográfica, nunca nos debieron pertenecer, nos consumió durante cerca de un siglo los caudales de América y lo más florido de nuestra juventud. Pero no fué esto sólo, pues agotados nuestros recursos en aquellas regiones, los catalanes pudieron sublevarse, se perdió el Rosellon, y recobrando su independencia el reino de Portugal, la unidad ibérica volvió á fraccionarse, sin que podamos calcular hasta cuándo. Y por fin, si hubiera terminado allá nuestra dominacion, ménos mal, pues todavía nos quedó la Flándes, que tantas guerras nos ha de costar, hasta que también se emancipe ó pase á otro más natural dominio.

ITALIA. — Causas de la sublevacion de Sicilia y Nápoles (1). — Natural era, y estaba muy en armonía con la condicion de los individuos y de los pueblos, que, en vista de la decadencia de nuestra monarquía dentro y fuera de la Península, la Italia probára también recobrar su independencia. Por otra parte, el cardenal Mazarino, sucesor en el cargo y política de Richelieu, no omitía medios de ninguna clase para sostener y aumentar nuestros enemigos en aquella parte. Y si á todo esto añadimos los vicios de que adolecía nuestra administracion, la enormidad de los impuestos, que, contra sus fueros, se les exigía, la corrupcion de los agentes de nuestro gobierno, precisamente cuando las circunstancias de la metrópoli exigían más

(1) *Masaniello*, por el DUQUE DE RIVAS, 1848.

contemplacion y moralidad para apartar todo lo que pudiera causar el menor descontento, fácilmente nos explicaremos la insurreccion de Sicilia y Nápoles.

Sublevacion de Sicilia. — En efecto, perdida nuestra superioridad en Saboya y el Milanésado, y tomadas las plazas de Piombino y Portolongone por los franceses, preparaban éstos una expedicion contra Nápoles, cuando las desacertadas medidas del virey de Sicilia, Marqués de los Velez, para aliviar el hambre que affigia á sus habitantes (1646), dieron ocasion á una sublevacion en Palermo, que pronto se propagó á todas las ciudades de la isla, quedando sólo fiel la de Mesina. Mas, gracias á este asilo y á haberse puesto luégo los nobles de parte del Virey, pudo éste con promesas acallar la insurreccion (1647).

Sublevacion de Nápoles. — Con semejante pretexto tuvo lugar en el mismo año la sublevacion de Nápoles; pues como el virey, Duque de Arcos, gravára con un grande impuesto la venta de la fruta, ordinario alimento del pueblo, se alborotó éste contra aquella medida, y de exigencia en exigencia, abrumado el Virey, los napolitanos concluyeron por declararse independientes, constituyéndose en república, cuya direccion dieron á Enrique de Lorena, Duque de Guisa, descendiente de los Angevinos, y que, por lo mismo, conservaba sus pretensiones al reino de Nápoles. Declaradas por el de Guisa algunas provincias, parecia resuelta la cuestion de la independencia de aquel reino, sobre todo cuando apareció en su puerto una escuadra francesa en su ayuda.

Vuelve Nápoles á la obediencia de España. — Mas si bien los franceses habian sido los principales motores de aquella rebelion, los celos con que el cardenal Mazarino veia el engrandecimiento de la casa de Lorena hicieron que este auxilio no fuera más que aparente; y retirada la escuadra francesa, sin apénas resistir á la de D. Juan de Austria, que, conociendo el secreto, la habia atacado, las cosas comenzaron á cambiar de aspecto. En efecto, descontentos los napolitanos de la vanidad, soberbia y vida licenciosa del de Guisa, á quien, por otra parte, veian abandonado de la Francia, por la cual le habian llamado, comenzaron á decaer de ánimo; cuya circunstancia sabida aprovechar por el Virey y D. Juan de Austria, lograron éstos que tanto la capital como todo el reino fueran volviendo á nuestra obediencia (1648). De esta manera, y recobradas tambien las plazas de Piombino y Portolongone por el mismo D. Juan

de Austria, España, en medio de su decadencia, conservó todavía la superioridad en Italia.

LOS PAÍSES-BAJOS. — Ventajas de los españoles. — Si con mucha satisfacción para la Francia, como que ésta las fomentaba, España sufría tantas rebeliones dentro y fuera de la Península, efecto de lo mucho que tenía que gravar á sus provincias, también llegaron á Francia, con el mismo pretexto, iguales ó parecidas sublevaciones, que, á su vez fomentadas lo mismo por España, nos sirvieron, como ántes á aquélla, para que nuestras armas recobraran en los Países-Bajos la superioridad que tanto tiempo hacía venían perdiendo. En efecto, encendida entre los franceses la guerra llamada *de la Fronda*, durante la cual cada partido llamaba en su defensa las tropas que el Gobierno tenía empleadas en las guerras exteriores, los españoles recobraban en Flándes á Saint Venant é Iprés (1649), venciendo otras veces también á los ejércitos franceses. Mas no fué esto sólo, sino que pasaban á nuestro servicio los generales franceses, como Turena y Condé, quien entregado decididamente á los españoles con sus tropas, y nombrado generalísimo de las de Flándes (1652), tomó, ayudado del archiduque Leopoldo, á Rocroy (1653).

Vuelven á decaer. Don Juan de Austria. — Mas, desgraciadamente, la poca armonía y celos que se despertaron entre nuestros generales, y la defección de los regimientos lorenenses desde la prision de su duque, fueron debilitando nuestras fuerzas, que, vencidas primero en el sitio de Arras, perdieron sucesivamente á Quesnoy, Catelet, Landrecy (1655) y Saint Gullain. Siguióse á estos desastres la retirada del mando del archiduque Leopoldo, reemplazado por D. Juan de Austria (1656), quien inauguró su gobierno con la brillante victoria de Valenciennes, despues de la cual Luis XIV trató de paces con España, aunque no se ajustaron.

Alianza entre Francia é Inglaterra contra España. — Así las cosas, cuando había tenido lugar la gran revolución de Inglaterra, la cual, decapitado su rey, se constituyó en república con Cromwell á su cabeza, como protector de ella. Y los demas soberanos de Europa, léjos de fijarse en la trascendencia que tales sucesos habían de tener en sus destinos futuros, se disputaban la amistad del Protector, quien, en la competencia entre Luis XIV y Felipe IV por atraérselo, se decidió por la Francia, con la esperanza de apoderarse de nuestras colonias que pudiera. En efecto, aliado con Francia, ya que no pudo

apoderarse de Méjico, lo hizo de nuestra preciosa Antilla la Jamaica (1657), que desde entónces pertenece al dominio inglés.

Pérdidas que nos causan en Flándes.—Pero las miras de ambas naciones, al ajustar su alianza, se dirigian principalmente contra Flándes, donde, unidos franceses é ingleses, tomaron á Bourbourg y Saint Venant, Mardik y Dunquerque, de las cuales estas dos pasaron á Inglaterra. Y apoderándose sucesivamente de várias otras muchas ciudades, parecia que toda Flándes iba á perderse, como se prometian los franceses, cuando comenzó á negociarse la paz, que al fin se ajustó con el nombre de los Pirineos, como verémos.

CATALUÑA. Sumision de ésta.—Entre tanto, continuaba la guerra de Cataluña, pero tibiamente, ya por el cambio verificado en los ánimos de los catalanes, como hemos dicho, ya porque Francia y España habian elegido otro campo para medir sus fuerzas, cual era Flándes. Tratando nuestro gobierno de aprovechar tan buena disposicion de los catalanes, procuró hacer un esfuerzo para acabar de una vez aquella guerra, y sitiada Barcelona por mar y tierra, al cabo de quince meses de resistencia, volvió á la obediencia de España (1652). A la toma de Barcelona se siguió la sumision de casi todo el Principado, como si hubiera estado esperando este suceso para decidirse, y el Rey les conservó todos sus fueros y privilegios, gracia que no podian prometerse ni debian esperar. Sin embargo, todavía los franceses siguieron sosteniendo la guerra, pero con tibieza por una y otra parte, puesto que el resultado era previsto.

PORTUGAL.—Carácter que toma la guerra.—Tambien habia continuado la guerra de Portugal, aunque, como siempre, reducida á simples correrías, hasta que muerto Juan IV (1656), su viuda, la Regente, ardiente decidida por la independencia de su reino, provocó ella misma á los castellanos, quienes, obligados así á tomar decididamente la ofensiva, penetraron por Éxtremadura y tomaron á Olivenza, tantas veces sitiada sin fruto. Pero rehechos los portugueses hasta venir á sitiar á Badajoz, hubo necesidad de mandar un grande ejército que, levantado el sitio de ésta, penetró en Portugal y puso á su vez tambien sitio á Elvas; mas acudiendo otro ejército portugues le obligó á levantarlo y replegarse á Badajoz (1659).

Paz de los Pirineos.—En vista de los sucesos que hemos referido y del estado á que éstos nos habian traído, fácilmente se comprende lo necesario que á toda costa era llegar á una

paz que ya hacía tiempo debía haber hecho la España si su dignidad le hubiera permitido admitir las proposiciones de su rival la Francia. Mas ahora que ésta no se hallaba ménos deseosa, si no tan necesitada de ella, natural era que ambas naciones vinieran en un arreglo, siquiera la nuestra fuera la más perjudicada, el cual se verificó con el nombre de *paz de los Pirineos*, por haberse firmado en la isla de los Faisanes, sita en medio del río Vidasoa, límite entre España y Francia (1659).

Condiciones de la paz. — Constaba el tratado de ciento veinticuatro artículos, entre los cuales eran los más importantes: el casamiento de la infanta María Teresa, hija primogénita de Felipe IV, con Luis XIV, previa renuncia de aquélla á la sucesion en la monarquía española, mediante la promesa de darle en dote quinientos mil escudos, la cesion del Rosellon, Conflans y parte del Artois á Francia, debiendo ésta restituir las demas conquistas hechas en la última guerra; el pacto explícito de no dar la Francia auxilio alguno á los portugueses y várias otras obligaciones respecto al mutuo comercio entre ambas naciones. Tal fué aquel tratado tan célebre en nuestra historia, llamado *paz de los Pirineos*, el cual, ajustado entre el cardenal Mazarino y D. Luis de Haro, puso fin á la guerra que ya hacía veinticinco años sosteníamos con Francia, paz tan deseada como necesaria, por la cual, si bien no podíamos prometernos otra cosa, no deja de verse palpablemente una vez más la decadencia á que ante su victoriosa rival habia llegado la España de Carlos I, de aquel monarca que, sujetándole en Pavía, conservaba la espada de su regio prisionero Francisco I. Pero la vida de las naciones, como la de los individuos, tiene sus períodos de crecimiento, virilidad y decadencia, y la España no habia de gozar privilegio ante la ley general á que la Providencia, en sus fines, tiene condenados á todos los pueblos.

Matrimonio de María Teresa. Muerte de Mazarino. — Al año siguiente (1660) se verificó el estipulado matrimonio de María Teresa, y en 1661 murió el cardenal Mazarino, cuya astuta política, continuadora de la inflexible de Richelieu, luchando tan ventajosamente con la imprevisora y desacertada de nuestros ministros Olivares y Haro, llamados, por nuestra desgracia á resistirlos, tan calamitosa fué para la España como próspera para la Francia, á la cual elevaron á aquella altura sobre los destinos de Europa que hasta

estos tiempos ha conservado. ¡Tanto influye en los destinos de una nación la acertada ó errada elección de los consejeros de sus reyes!

Continuacion de la guerra de Portugal.— Desembarazada España de la guerra de Cataluña y las demás que cesaron por la paz de los Pirineos, no dudaba que, reducido además Portugal á sus propias fuerzas, su reconquista era segura. Y no debía pensar de otra manera, si, faltando la Francia abiertamente á dicho tratado, no hubiera auxiliado, y más que ántes, á aquellos rebeldes, á quienes también la Inglaterra ayudó por todos los medios. En efecto, cuando todos preveían, y hasta la misma vigorosa Reina regente temía, que la nueva independencia de Portugal había tocado su término, vióse á la pérfida corte de Francia, sin pararse ante las reclamaciones y protestas de nuestro embajador, no sólo mandar soldados y más que de éstos, oficiales que instruyeran á los reclutas portugueses, sino que para comprometer también á la Inglaterra en su ayuda, sugirió á la Reina de Portugal el matrimonio de la infanta Catalina, su hija, con Carlos II de Inglaterra, ya repuesta en aquel trono la dinastía de los Stuardos, á cuyo enlace verificado se siguieron, en efecto, la alianza y auxilios de Inglaterra contra España, teniendo ésta desde ahora que luchar con tres naciones en esta guerra.

Se encarga la guerra á D. Juan de Austria.— Entre tanto el gobierno de Madrid, hechos sus preparativos, mandó á D. Juan de Austria con tres cuerpos de ejército por diversas fronteras, al paso que una escuadra recorría las aguas de Lisboa, mas ninguno de los tres hicieron cosa notable en toda aquella campaña (1661), mientras la escuadra sufrió un fuerte destrozo por una tempestad. Por este tiempo murió el ministro D. Luis de Haro, el sucesor de Olivares en su valimiento, aunque ménos tirano y soberbio que éste, siquiera no le recomendarán sus talentos ni ménos los militares. Sucedióle en su cargo el cardenal Sandoval.

Batalla de Estremoz.— Abierta la siguiente campaña con Portugal (1662), se emprendió ésta con todo el furor y barbarie con que guerra alguna haya podido hacerse; pero con pocos resultados. No así en la siguiente (1663), pues penetrando D. Juan de Austria con buen ejército por el Alentejo, tomó á Évora y Setubal y amenazó á Lisboa; pero encontrándose cerca de Estremoz con el ejército aliado, poco menor en número, tuvo lugar una batalla tan reñida como fatal para España, tan-

to por la pérdida de 8.000 hombres como por las plazas que cayeron luégo en poder de los portugueses.

Decaimiento de nuestras armas. — Desde ahora, aunque reducida la guerra á simples correrías como ántes, los castellanos llevaron casi siempre la peor parte, aunque en esto pudo influir la ojeriza con que la Reina miraba á D. Juan de Austria, y por lo tanto, la escasez de recursos, como éste decia, miéntras, como si aquí no los necesitáramos, la misma Reina, más austriaca que española, instigaba á Felipe IV á que mandára al Emperador un ejército de 12.000 hombres y 6.000 caballos para su guerra con los turcos, cuyo número se comprometió á sostener en Alemania.

Derrota del Marqués de Caracena. — Destituido D. Juan de Austria y encargado de la guerra el Marqués de Caracena, marchó éste con otro grande y florido ejército, sacado de Italia, Alemania y Flándes. Puso sitio á Villaviciosa; mas encontrándose con el de los portugueses, se trabó otra grande batalla, que nos fué tan funesta como la de Estremoz.

Sentimiento en Madrid y en Felipe IV.—Fin de éste. — Recibida la noticia en Madrid, fué general la indignacion contra el Marqués de Caracena, acusándole de inepto, presuntuoso, cobarde, etc. Y en cuanto al Rey, fué tanto el sentimiento que le causó, que cayó desmayado al suelo. Desde entónces se llenó de melancolía por este suceso, la cual le aumentaban los recuerdos de su vida y desaciertos pasados, hasta que una disentería puso fin á sus dias en el 17 de Setiembre de 1665, á los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de reinado. En su testamento dejaba por heredero á su hijo el príncipe Carlos, de cuatro años de edad, bajo la regencia de la reina doña Mariana, asistida de un consejo. Al nombrar el órden de suceder á la corona para dado el caso de no tener sucesion su hijo, excluyó expresamente á su hija doña María Teresa.
